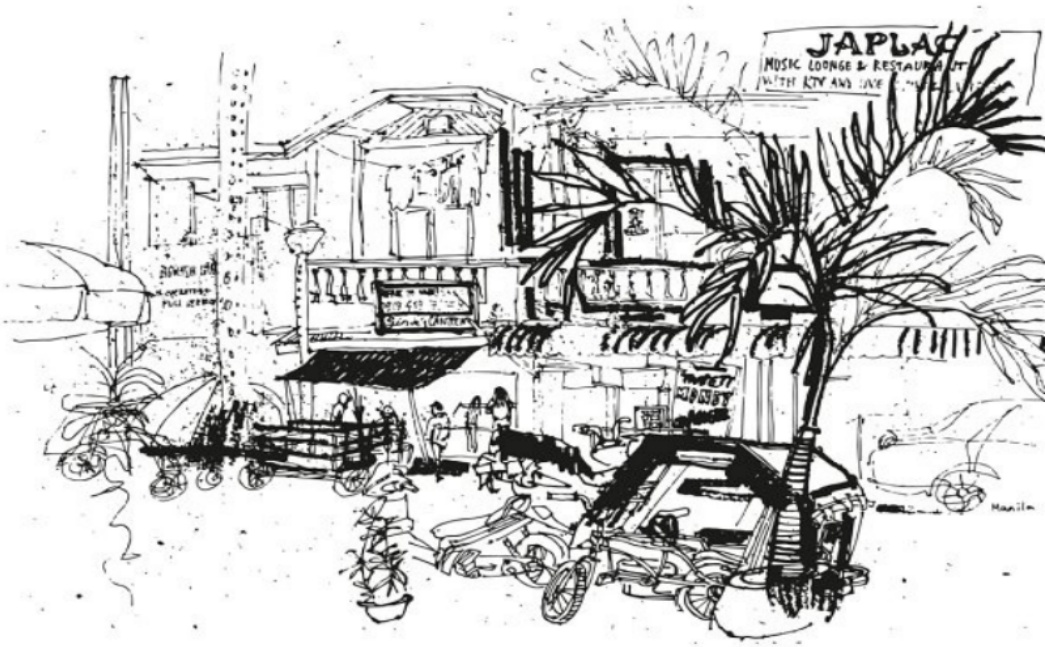
Javier de Pedro

La perla del Oriente

Recuerdos del inicio del Opus Dei en Filipinas



Rialp

JAVIER DE PEDRO

LA PERLA DEL ORIENTE

Recuerdos del inicio del Opus Dei en Filipinas

EDICIONES RIALP
MADRID

© 2023 *by* Fundación Studium
© 2023 *by* EDICIONES RIALP, S. A.
Manuel Uribe 13-15, 28033 Madrid
(www.rialp.com)

Preimpresión / eBook: produccioneditorial.com

ISBN (versión impresa): 978-84-321-6327-2
ISBN (versión digital): 978-84-321-6328-9

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright.*
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir, fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE

PORTADA

PORTADA INTERIOR

CRÉDITOS

ÍNDICE

1. UNA LLAMADA TELEFÓNICA
   - Prehistoria
   - Ordenación sacerdotal
   - El equipo
   - Unos días junto a san Josemaría

2. UN HOGAR EN FILIPINAS
   - La sociedad que nosotros encontramos
   - La ciudad
   - La Doctrina Social de la Iglesia
   - Errores de novatos

3. PRIMEROS TIEMPOS
   - Un amigo de la primera hora
   - Visitantes inesperados y curiosos
   - La vida en C. Ayala
   - Un sueño razonable y un encargo fuera de nuestro alcance
   - La nueva sede de Maynilad Cultural Center
   - Un curso de retiro de estudiantes
   - Fr. Joe Cremades
   - Inolvidables días romanos
   - Apostolado

4. PRIMEROS TIEMPOS DE FR. JOE CREMADES
Apostolado con universitarios
Una convivencia en San José, Mindoro
La propiedad soñada
Callado crecimiento del trabajo apostólico

5. EL *CENTER FOR RESEARCH AND COMUNICATION* (CRC)
Latag Study Camp
Cursos de verano, crecimiento y conflictos en el mundo en que vivíamos
Una sede para el CRC
Una noche digna de recuerdo
Colinas entre Batangas y Laguna

6. LOS PROYECTOS SE VAN HACIENDO REALIDAD
Banahaw Study Center
Refuerzos
El programa Máster en Economía Industrial
La casa de convivencias y retiros

Agua, terrazas y árboles
La primera fase del proyecto
El árbol crece, crece entre mis manos
Un tifón excepcional
Visitantes
La hacienda de Calauan

7. 1970-1972: DOS AÑOS MÁS
El taller de José Antonio Ortoll
La construcción del edificio; convivencias y otros medios de formación espiritual
Imágenes y vasos sagrados recuperados para el culto
Un nuevo Maynilad Study Center

Apostolado en tiempos de tormenta
Kulyawan, un club de chicos de bachillerato

8. *MAKILING CONFERENCE*, SACERDOTES, Y *LAUAN*
Comienzo de la labor con sacerdotes diocesanos: un gran amigo
El primer curso de retiro espiritual para sacerdotes
Unos días romanos
Lauan Study Center, un nuevo centro
The Philippine Science High School

Una gran idea
Más historias de Hernan

9. ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS
Edificios y terrenos
El 26 de junio de 1975
Labor con sacerdotes
Ladrillos
Fr. Ramón Dodero y otros arquitectos
Los primeros sacerdotes filipinos del Opus Dei
Un recuerdo aislado
Tiempo de madurar

10. HONG KONG
Viajes a Hong Kong
El Catholic Center
La Iglesia de Hong Kong
Continuará

ARCHIVO FOTOGRÁFICO

AUTOR

1.
UNA LLAMADA TELEFÓNICA

YA CON NOVENTA AÑOS —y salvando las distancias— siento, como el apóstol Juan, el impulso interior de escribir «lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y han palpado nuestras manos» (1 Jn 1,1) con un corazón agradecido, para pasar a los más jóvenes un valioso legado familiar.

Estos recuerdos, en los que mi anciana memoria se permite idas y venidas en el tiempo que procuro explicar para que el lector no se pierda, me han salido extensos y ocupan dos libros de razonable tamaño: en el primero hablo de nuestras andanzas en Filipinas a partir de 1964, y en el segundo de la expansión apostólica que desde esas islas realizamos a partir de 1977 por Hong Kong, Macao, Kuala Lumpur, Singapur, Johor Bahru, Taipéi, Colombo, Surabaya, e incluso Shanghái, Beijing, Cantón, Ho Chi Minh, Guam y Hawai; siempre empujados por la gracia de Dios y el constante desvelo de san Josemaría y sus sucesores al frente del Opus Dei; aunque me permito en este primer libro iniciar el segundo al poner ya un pie en Hong Kong en el último capítulo…

En el momento en que escribo estas líneas estoy aliviado por haber conseguido finalizar mi labor de cronista antes de terminar mis días en la tierra, con cierta ilusión de verlas convertidas en libro y con la preocupación de no haber sabido transmitir al lector al menos un poco del entusiasmo con el que tuve la inmensa suerte de vivir en primera persona todo lo que cuento. Soy un testigo agradecido, he disfrutado —y disfruto— como un chaval al contemplar las maravillas que ha hecho Dios con mi pobre aportación y me considero un afortunado con todas las letras. Espero que se note.

Es poco lo que tengo que decir de mí mismo: nací en una familia profundamente cristiana, me eduqué en un colegio centenario de los padres escolapios, a los que debo mucho, comencé en Bilbao los estudios de ingeniería industrial y recibí allí mi vocación al Opus Dei; más tarde marché a

Barcelona para cursar los últimos años de carrera e implicarme hasta las cejas en el apostolado con jóvenes obreros y empleados. Luego me trasladé a Sevilla como director del Colegio Mayor Guadaira, una etapa de mi vida de la que conservo entrañables recuerdos y donde me uní a un grupo de arquitectos e ingenieros en torno a una sociedad profesional que tomó el nombre de ARQUINDE.

En Sevilla conocí personas de extraordinaria valía de las que aprendí mucho; entre ellas estaba Jesús Arellano, catedrático de Metafísica en la universidad, dotado de una incomparable profundidad y capacidad de diálogo, que amaba la verdad, la libertad y la belleza... Y en Sevilla comenzó mi aventura oriental.

A mediados del año 1961, cuando yo tenía 31 años, me avisaron: «Te llama don Amadeo de Fuenmayor desde Madrid»; descolgué el teléfono y después de los saludos, me preguntó si podría pasarme un día por la capital: «Tengo algo importante que hablar contigo». Respondí que sí. Don Amadeo era entonces el delegado de España en el Consejo general del Opus Dei[1], con sede en Roma; persona de exquisita corrección y de sonrisa amable, sacerdote y catedrático de Derecho Civil.

Ya en Madrid me dijo: «Me ha dicho el Padre[2] que te pregunte si estás dispuesto a recibir la ordenación sacerdotal e ir con un pequeño grupo a comenzar la labor de la Obra en Filipinas». El Padre, como acostumbramos a referirnos al que hace cabeza en el Opus Dei, era en ese momento el fundador, san Josemaría. Sin dudarlo un momento, respondí que estaba dispuesto.

Me indicó que debía completar los estudios eclesiásticos que tenía ya avanzados. Dejé entonces los proyectos en marcha en manos de mis colegas y me trasladé a Madrid a vivir en un centro situado en la calle Conde de Peñalver. Pronto escogí como tema para la tesis la seguridad social del clero secular.

Prehistoria

Detrás del plan de san Josemaría de comenzar la labor apostólica en Filipinas existía una larga historia. A menudo mostró un notable conocimiento de temas filipinos, debido en parte a su antigua amistad con el padre dominico Silvestre Sancho. Se conocieron en 1935. En febrero de 1936, el padre Sancho había sido nombrado rector de la Universidad de Santo Tomás de Manila y marchó a Filipinas, pero hacia el final del año 1941 hizo un viaje a España, donde tuvo que permanecer por una década a resultas de las hostilidades del Pacífico; residía en Madrid y visitaba con frecuencia a san Josemaría en un centro situado en la calle Diego de León n.º 14, para charlar con él. San Josemaría le confió las clases de Teología Moral de los primeros fieles de la Obra que se preparaban para recibir la ordenación sacerdotal. Esta intensa relación duró hasta 1946, año en que san Josemaría trasladó su domicilio a

Roma; pero cinco años más tarde, el padre Sancho fue nombrado Maestro de la Provincia dominicana del Lejano Oriente que comprendía, además de Filipinas, los territorios de misión de Hong Kong, Taiwán y el Fukien, y varias regiones españolas, tarea que le obligaba a hacer viajes periódicos a Roma. Esa circunstancia les permitió a ambos renovar sus encuentros, hasta el comienzo de los años setenta. Estos contactos debieron proporcionar a san Josemaría abundante información sobre la vida de las Islas, tanto acerca de cuestiones profundas como de detalles anecdóticos, que sacó a relucir en sus conversaciones con nosotros: peculiaridades del clima tropical, los tifones, el calor, los cocodrilos, los muebles engastados en madreperla o las conchas gigantescas.

Por mi parte, con ocasión de un curso de retiro en Pozoalbero, en las afueras de Jerez de la Frontera, conocí a Antonio Beteré. Antonio, ya de avanzada edad, había creado una empresa de ámbito nacional que producía camas, colchones, somieres, almohadas, etc. En otras palabras, artículos de dormir. Me contó que en su lejana juventud dormía en la banca de la cocina y, por ser pobre, no podía ir a la escuela, razón por la que sabía poco de muchas cosas, aunque la vida le había enseñado mucho de dormir. Me comentó que las camas que habíamos instalado en Pozoalbero eran elegantes, pero excesivamente bajas —era la moda del momento— para las personas mayores y las señoras en estado de buena esperanza, que necesitaban sentarse en la cama antes de acostarse; él estaba dispuesto a cambiárnoslas, corriendo con todos los gastos, oferta que agradecimos de corazón.

Poco más tarde, en los días finales de mi preparación para recibir la ordenación sacerdotal, Antonio me habló de Fausto Santaolalla. La familia de su esposa era propietaria de una considerable finca arrocera en Porac, un pueblo de la provincia de Pampanga, en Filipinas. Como otras familias de origen semejante, habían sufrido las consecuencias de la segunda guerra mundial en sus personas y en sus propiedades, y no habían recibido del gobierno japonés la reparación de guerra que los aliados vencedores les habían impuesto, con la excusa de que España había permanecido neutral en la contienda. Para colmo de males se había introducido en la provincia una insurrección de carácter agrario e inspiración marxista, que el gobierno encontraba difícil controlar.

Desmoralizados, decidieron regresar a la madre patria, dejando atrás generaciones de profundas raíces filipinas, y en España conocieron la Obra. Hacia 1954, Fausto y su esposa pensaron que las tierras de ultramar podrían proporcionar un buen futuro a su extensa familia joven y al mismo tiempo ofrecer una oportunidad para comenzar la labor apostólica de la Obra en el archipiélago. En 1954, diez años antes de que la Obra comenzara su labor estable en el país, Fausto hizo un viaje exploratorio a Manila, llevando consigo una maleta repleta de ejemplares de *Camino, El valor divino de lo humano,* y otras publicaciones que de algún modo expresaban el espíritu que

el Señor había entregado a san Josemaría. Regresó a España entusiasmado y dispuesto a llevarse la familia a Filipinas, pero una inesperada enfermedad le llevó a la tumba. En ese viaje habló de la Obra con mucha gente —Dios se lo habrá pagado—, en su mayoría criollos y mestizos, entre ellos Ramón Cuervo, los hermanos Claparols, Alberto Balcells, y Beni Toda; parte de esta información se la debo a Ramón, uno de los primeros supernumerarios filipinos; el resto, sin embargo, viene de una fuente más directa.

Al pasar yo por Roma camino de Manila, en diciembre de 1964, san Josemaría pidió que pusieran a mi disposición un cartapacio que contenía datos de Filipinas, entre los que me encontré un par de cartas que san Josemaría había escrito a Alberto Balcells —hermano de Alfonso y de Santiago, dos de los primeros que conocieron la Obra en Barcelona en los años 40—. Alberto había contraído matrimonio dentro de una familia de terratenientes de Bacolod, en la Isla de Negros, y sentía afecto por la Obra y por san Josemaría, a quién había tratado años antes. Animado por Fausto, escribió una carta a san Josemaría en la que le decía que, junto con un grupo de amigos, estaba dispuesto a colaborar para que la Obra instalara en Filipinas una residencia de estudiantes universitarios. San Josemaría respondió agradecido, y les propuso que pensaran no en una sino en dos, porque sus hijas irían también pronto a Filipinas. Años más tarde, Fr. Joan Portavella se hizo amigo de Alberto, y cuando le sugirió que contemplara la posibilidad de ser supernumerario, él le respondió con una expresión del más puro sabor catalán: «Ayudamos, pero no entramos»; su lugar en la Obra era cooperar.

Dentro del cartapacio encontré también cartas de un grupo de intelectuales católicos indonesios que, convencidos de la importancia del quehacer intelectual en los años del nacimiento de su joven nación, habían fundado una universidad católica, que proponían que dirigiera el Opus Dei. San Josemaría agradeció su oferta, pero les contestó que, de momento, no estábamos en condiciones de aceptarla; medio siglo más tarde se iniciaría la labor de la Obra en Indonesia.

Comenzar en el archipiélago parecía, sin embargo, un proyecto *sine die,* hasta que desde los Estados Unidos comunicaron a san Josemaría que había varios filipinos que hacían estudios de posgrado en la Universidad de Harvard y participaban en los medios de formación, y que tres de ellos habían pedido la admisión en la Obra gracias al trato con el capellán del club católico de la Universidad, Guillermo Porras.

Don Guillermo, Fr. Bill en América, era un mexicano que gozaba del raro privilegio de la doble nacionalidad mexicana y estadounidense, ya que su familia poseía un inmenso rancho que se extendía en ambas riberas del Río Grande. Cuando los caprichos de la guerra fijaron la nueva frontera internacional en el Río Grande, se encontró con un pie en México y el otro en los Estados Unidos. Historiador de profesión, Guillermo viajó a Sevilla a trabajar en el Archivo de Indias, fuente indispensable de documentos de la historia americana colonial; allí conoció la Obra y pidió la admisión como

numerario; años después fue ordenado sacerdote y se trasladó a Boston, donde el apostolado de la Obra estaba todavía en sus comienzos. Fr. Bill no solo era un sacerdote piadoso y de buena doctrina sino que, con su elegancia, calibre intelectual y sentido del humor, encajaba bien en el ambiente de Harvard. Eso debió mover al cardenal Cushing a nombrarle capellán del Club Católico de la Universidad. Allí conoció a muchos estudiantes, de entre los que salieron varios de los primeros norteamericanos del Opus Dei.

En 1958, Plácido Mapa, mientras preparaba su doctorado en Economía, comenzó a participar en los medios de formación espiritual que se impartían en *Tremont House*, una residencia de estudiantes promovida por el Opus Dei en Cambridge, próxima la Universidad de Harvard. Pronto se convirtió en el primer supernumerario filipino. El año siguiente llevó por Tremont a Bernie Villegas, que sería el primer numerario filipino. Una vez obtenido su doctorado en Economía, Plácido regresó a Manila para trabajar en Citibank y casarse con Chona, su novia de siempre. El día en que dejaba Boston se tropezó en la calle con un joven de rasgos filipinos, nacido en Cebú, llamado Jess Estanislao, que acababa de llegar a la ciudad y andaba en busca de un lugar donde alojarse. Le dijo Plácido que la habitación que había ocupado hasta aquel día podría estar vacante, y así Jess vio resuelto su problema. Plácido se ocupó de presentarle a Bernie. Jess también pidió la admisión como numerario en Boston. Entre los tres pusieron en contacto con la Obra a un buen número de estudiantes de posgrado, varios de los cuales llegaron a ser hombres de importancia en el país. Uno de ellos, Ben Ilano, recibió la vocación religiosa y se quedó en América.

Plácido había invitado a cuatro filipinos a asistir a un curso de retiro predicado por Fr. Dick Rieman, el primer sacerdote estadounidense de la Obra: de entre ellos, Tony Ozaeta recibió siete u ocho años más tarde la vocación como supernumerario y otro, Tony Ayala, estudiante de Georgetown y gran amigo de Plácido, fue desde entonces un cooperador tan implicado y entusiasta que hasta su propia esposa se imaginaba que era miembro de la Obra. También León González, un filólogo amable y sonriente que tradujo *Camino* al tagalog, había conocido la Obra en una breve estancia en Harvard y pidió la admisión como supernumerario tan pronto como los primeros llegaron al país.

Ordenación sacerdotal

En el verano de 1962 dediqué unos meses al estudio de la Teología en la gris y verde calma de Santiago de Compostela. Compartí cinco semanas con un grupo de hombres maduros de la primera y segunda generación del Opus Dei, que habían convivido con san Josemaría. Las largas conversaciones de sobremesa fueron casi siempre un intercambio de recuerdos personales de los tiempos vividos junto al Padre. Era poco lo que hasta aquel entonces se había

publicado sobre la historia de la Obra, pero lo que escuché en aquellos días corresponde fielmente a lo que pertenece ya al dominio público. Aquel intercambio de experiencias personales me hizo consciente de la importancia de la tradición oral como fuente de verdad; pero como la memoria puede desvanecerse por el paso del tiempo me di cuenta igualmente de la necesidad de ponerla por escrito.

Para la preparación próxima de la ordenación sacerdotal, un grupo de 26 numerarios del Opus Dei nos concentramos en un centro situado en el número 3 de la calle Vitruvio, en Madrid, donde a lo largo de un par de meses recibimos la necesaria preparación inmediata, además de cumplir con los días de retiro por entonces prescritos en el Derecho Canónico; mientras tanto, leía todo lo que caía en mis manos sobre mi nuevo país. Durante el verano del 1963 pasé unos días en Molinoviejo (Ortigosa del Monte, Segovia), echando una mano en la atención de una convivencia especial de sacerdotes de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz procedentes de varias diócesis de España que se preparaban para ir a la prelatura de Yauyos, en las alturas de los Andes. La Santa Sede había encomendado su atención al Opus Dei.

Recibimos las órdenes menores y el diaconado de manos de José María García Lahiguera, viejo amigo y confesor de san Josemaría. Era por entonces obispo auxiliar de Madrid y más tarde fue arzobispo de Valencia. Nos las administró en la capilla de las Oblatas de Cristo Sacerdote, una congregación femenina que él había fundado y que tenía su sede en la Ciudad Lineal. Casimiro Morcillo, arzobispo de Madrid y amigo de san Josemaría desde los años treinta, nos administró la ordenación sacerdotal en la basílica pontificia de San Miguel, una bella iglesia barroca en el corazón del Madrid de los Austrias, puesta bajo la jurisdicción del nuncio. Los nuevos sacerdotes nos esparcimos pronto por el mundo: Argentina, Australia, Bélgica, España, Estados Unidos, Filipinas, Francia, Italia, Japón, Nigeria... Apenas volvimos a vernos, excepto en unas pocas ocasiones.

Durante las semanas de Vitruvio conocí a Chema Estrada, un filipino que veintitantos años más tarde pediría la admisión como supernumerario en Filipinas; y a través de él me puse en contacto con toda su familia. Su abuelo había sido uno de aquellos hombres de Cantabria que el marqués de Comillas, fundador de la Compañía de Tabacos de Filipinas, llevó al valle de Cagayán, al norte de Luzón, para supervisar las plantas de tabaco. Su padre fue funcionario del cuerpo diplomático —pienso que agregado cultural en Roma — y se casó con una respetada profesora de filosofía: tuvieron cinco hijos varones, y tras la temprana muerte del marido doña Josefa tuvo que gobernar su familia con la entereza de la mujer fuerte del *Libro de los Proverbios*. El mayor, Alberto, estudió medicina en la Universidad de Navarra y emigró a los Estados Unidos; el segundo, Antón, fue presidente del *Asia Institute of Management*. Venía luego Ángel, hispanista y poeta; detrás Chema; y por fin Francis, que entonces terminaba su bachillerato: ellos también aparecerán más adelante. Chema había conocido en Barcelona a Bernie Villegas, que le habló

de la futura labor apostólica en las Islas y le animó a que me visitara en Madrid, algo que hizo puntualmente; tuvimos una breve conversación que sirvió de punto de partida para mi primera amistad con una familia filipina.

Celebré mi primera Misa solemne el día de la Asunción de Nuestra Señora en la parroquia de Santa María de Tolosa, mi villa natal, y unos días después otra en Sevilla, rodeado de amigos y colegas. Estos se percataron de que al comienzo de mi aventura asiática íbamos a necesitar muchas cosas, y decidieron adquirir lo necesario para instalar el primer oratorio de la Obra en Filipinas. Hasta ahora conservo una larga lista de los que colaboraron, a los que siempre he estado agradecido.

Particularmente conmovedora es la historia de la pintura que se instaló en el primer retablo del país. Antonio, que en su juventud había sido adicto al opio —aunque en su madurez consiguió desengancharse—, participó en un curso de retiro que prediqué en Pozoalbero. Me dijo que en su finca tenía varios cuadros de motivos religiosos de la Escuela Sevillana, me llevó a verlos y me pidió que escogiera el que más me gustara: escogí una Inmaculada Concepción del siglo XVII. No era *obra de autor* y estaba algo deteriorada, pero era una buena pintura e inspiraba devoción.

Al llegar el cuadro a Filipinas, como era de buenas dimensiones, necesitaba un marco, y lo encargamos en una tienda especializada del distrito de Ermita. Pasaban los días sin que el encargo estuviera terminado, hasta que uno de nosotros decidió pasarse por la tienda para investigar la causa del retraso... en el preciso momento en el que el dueño del establecimiento intentaba venderlo a un turista. El cuadro presidió nuestro primer oratorio en la calle de María Y. Orosa, y más tarde pasó a un oratorio de un centro de mujeres de la Obra.

EL EQUIPO

El Padre había nombrado consiliario (vicario regional) a José Morales Marín, nacido en las Islas Canarias en una familia relacionada con la exportación de plátanos. Abogado de profesión, doctor en Teología e inclinado al trabajo intelectual, era más bien reservado y mesurado en el gesto, y en aquellos años del Concilio Vaticano II compartía con otros muchos el deseo de renovar el lenguaje y los métodos de la Teología; se comprende que, al erigirse la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra, fuera llamado a ocupar una cátedra; a partir de entonces publicó un buen número de libros, y en el entorno de habla castellana es una autoridad sobre la vida y obra de san John Henry Newman. Además de los dos sacerdotes vendrían dos jóvenes ingenieros, uno de ellos agrónomo, José Rivera, que aparecerá frecuentemente en estos recuerdos, y el otro, Nando, ingeniero de minas, que murió joven en un accidente de aviación.

Bernie llevaba a Jess una ventaja académica de un par de años y, como

parecía oportuno que ambos regresaran juntos al país, san Josemaría le sugirió que pasara un tiempo en Barcelona trabajando en el IESE, para familiarizarse con el funcionamiento de las obras corporativas del Opus Dei. Bernie había adquirido un compromiso con *De La Salle College*, que había facilitado sus estudios en Harvard, y debía regresar al comienzo del curso escolar de 1964 para poner en marcha un nuevo departamento de ciencias económicas; por eso, y con su tesis doctoral todavía inacabada, Jess regresó con él a la espera de que el grupo que venía de España —que nos incluía a los dos sacerdotes— obtuvieran los visados.

Los de Madrid solíamos reunirnos en un centro situado en la calle Gurtubay y visitábamos cada semana el Consulado filipino, en el que una empleada sonriente nos decía que aún no había llegado nada en la valija diplomática sobre nuestra solicitud. Quien llevaba de ordinario la voz cantante en aquellas reuniones de Gurtubay era José Rivera, el más antiguo de la Obra nacido y educado en Filipinas; tanto su padre como su abuelo habían sido directores residentes en Manila de la Compañía de Tabacos de Filipinas, aunque al tiempo de nuestra llegada al país, habían regresado definitivamente a España.

José había nacido en el Hospital de Santiago de los Españoles de Makati, una ciudad adyacente a Manila. Estudió bachillerato en un colegio internacional, y en Filipinas se encontraba como en su casa. Hoy es ciudadano filipino. En nuestras reuniones recordaba su niñez y adolescencia en Manila; cuando era niño, las fuerzas japonesas de ocupación internaron a toda la familia en un improvisado campo de concentración en el campus de la Universidad de Santo Tomás, del que consiguieron escapar en las confusas horas finales de la ocupación; recordaba cómo, en su viaje de retorno a España, vio sumergirse a los pescadores de perlas cuando su barco hizo escala en Colombo, y pasearon por el mercado de esclavos en Djibuti.

Para preparar sus futuros estudios universitarios en España, José ingresó como interno en un colegio de Zaragoza, donde cursó su último año de bachillerato. Debió ser allí donde conoció el Opus Dei. Una vez terminada su carrera de ingeniero agrónomo, trabajo por algún tiempo en Torrealba, una escuela familiar agraria de Córdoba promovida por un grupo de personas cercanas a la Obra y dedicada a formar y enseñar a capataces a detectar y tratar las plagas. Cuando José fue invitado a retornar a su país de nacimiento respondió con generosa alegría, aunque hay que decir que sus recuerdos juveniles ya no se ajustaban a la realidad. Todo cambiaba velozmente.

José nos pasaba diapositivas de la Manila de su niñez, de la Luneta, el Puente de España, el Malecón y la Escolta, pero sobre todo de reuniones sociales, en cuidados jardines en los que camareros con chaqueta y guantes blancos servían deliciosos canapés; era la situación en que había vivido en el pasado, y no la modesta realidad, que gracias a Dios nos esperaba, y que él abrazó con alegría y fiel amor a su vocación y a su país natal.

Volare!, el título de la conocida canción de Domenico Modugno, era el *ritornello* de las cartas que Bernie nos escribía. Tan pronto como terminó su doctorado no pensaba sino en volar a casa para sembrar la semilla del Opus Dei en su tierra filipina. Su familia tuvo un papel importante en los tiempos iniciales de la Obra en el país. Su padre, doctor en medicina, era un caballero amable y educado, que había ocupado posiciones de responsabilidad en el Ministerio de Salud Pública; su madre, Chabeng Malvar, era dentista de profesión, que ejerció por muchos años en el Colegio de la Asunción —su alma mater—, prestigiosa institución de educación femenina regida por religiosas; fue para nosotros una segunda madre, discreta y eficaz. El abuelo materno de Bernie, Miguel Malvar, fue el último general revolucionario en rendirse a las tropas americanas que invadieron las islas, razón por la que, pocos meses después de nuestra llegada, fue declarado héroe nacional.

Medio siglo más tarde, cuando Chabeng rondaba los cien años y yo vivía en Shanghái, le envié una felicitación de Navidad, como todos los años, a la que ella respondió con una carta en letra limpia y elegante; era un texto largo y sobrenatural, un verdadero testimonio personal. Me explicaba que cuando nos recibió en su casa, lo hizo porque éramos amigos de su hijo. Pero que, poco a poco, fue contemplando el crecimiento de las labores apostólicas que íbamos acometiendo, *Maynilad* y *Banahaw*, ambos centros de estudiantes, el *Center for Research and Communication* (CRC), escuela de Economía industrial y centro de investigación, y sobre todo la casa de convivencias y retiros *Makiling*, empresa en la que colaboró en cuanto estuvo de su mano. Y en Roma, durante la beatificación de san Josemaría, comprendió que el Señor se había servido de su modesta ayuda para poner los cimientos del Opus Dei en el Oriente Asiático. Murió a los 102 años, rodeada de una numerosa familia en la que muchos forman parte de la Obra.

La familia Villegas vivía en la proximidad de *De la Salle College*, una de las instituciones católicas que contribuyeron a educar cristianamente a la clase media, y que tanto influyó en el desarrollo del país. Bernie había sido un alumno distinguido de aquel *College*, hoy universidad.

En julio de 1964, Bernie regresó a Manila a cumplir su compromiso con el *College,* y algún tiempo después lo hizo Jess, sin haber completado todavía su tesis doctoral. Mientras tanto, los de Madrid nos sentíamos al borde de la desesperación; en Filipinas nos esperaban con urgencia, porque ya habían conocido a varias personas que consideraban su posible vocación a la Obra. Pero en el consulado filipino la sonriente secretaria nos decía, semana tras semana, que «en la última valija no ha llegado nada»; la valija parecía ser la misteriosa causa del retraso, pero probablemente había otras razones.

La República Filipina era todavía una joven nación independiente y su gobierno sentía la necesidad de controlar la inmigración, sobre todo la de ciudadanos chinos, en un momento histórico en el que el futuro del país aparecía todavía incierto: había graves tensiones en China y en las naciones circundantes, por lo que se habían establecido medidas inmigratorias

restrictivas. Existían, sin embargo, dos naciones, los Estados Unidos y España con las que, por razones históricas, las Filipinas mantenían lazos especiales; con ellas el gobierno había acordado conceder una cuota máxima de cincuenta visados anuales de residentes permanentes, número insignificante para la demanda americana, ya que tenían muchos intereses económicos que proteger. Pero para los españoles no solía completarse; la lentitud de los procesos parecía deberse, sobre todo, al intento de desanimar a los ciudadanos extranjeros que deseaban afincarse de modo permanente en el país. Quizás influyera también el hecho de que la burocracia estaba todavía en periodo de rodaje. Nos hubiera gustado obtener la ciudadanía filipina, pero, en aquel entonces, conseguirlo era un sueño.

Por fin, en noviembre de 1964, José Morales y Nando obtuvieron sus visados y volaron a Manila, donde Bernie y Jess llevaban viviendo varios meses. Al final de diciembre, José y el autor de estas líneas obtuvimos los visados, y un buen amigo nos regaló los pasajes del avión. La embajada filipina exigía que lleváramos placas torácicas de rayos X, que debían obtenerse del único doctor filipino domiciliado en Madrid. El doctor resultó ser muy amable y rápido, por lo que a mediados de diciembre los dos rezagados volamos a Manila vía Roma.

Unos días junto a san Josemaría

Al igual que los previos viajeros, José y yo fuimos invitados a pasar unos días cerca de san Josemaría, que nos abrumó con sus manifestaciones de afecto paternal; como ya escribí, nos entregó un cartapacio con documentos de la prehistoria de la Obra en el país, pero apenas nos dio más instrucciones, haciéndonos así sentir que depositaba en nosotros su confianza y nos animaba a abandonarnos en la providencia de Dios.

Un día, a media mañana, don Javier Echevarría nos preguntó si nos gustaría asistir a la misa que san Josemaría iba a celebrar; el Padre solía celebrar solo, con la única presencia de un ayudante. En aquel oratorio dedicado a la Santísima Trinidad, que es como el corazón del Opus Dei, a solas con Dios y con don Javier como ayudante, José y yo vivimos unos momentos de profunda intimidad con el Señor.

En otra ocasión el Padre nos llevó al oratorio de Reliquias y nos explicó en detalle el significado de varias de ellas en la historia de la Obra. Luego nos dirigimos al oratorio de Pentecostés, donde nos mostró el sagrario y las misericordias de los asientos del coro; nos dijo finalmente que las cruces de palo destinadas a cada nueva región y al primer numerario de cada país estaban guardadas en una arqueta conservada en la base del altar. Aunque José era consciente de que Bernie había recibido ya la suya, le dijo al Padre que él era el numerario más antiguo nacido en Filipinas. San Josemaría, movido por su encantadora sencillez, le entregó una segunda cruz de palo.

En la tertulia en la sala de estar apareció un día Francesco Angelicchio, el primer italiano de la Obra, que había acompañado a Pablo VI en su viaje a la India. Uno de los muchos regalos que el Santo Padre había recibido fue una campanilla de típica factura india, que regaló a don Checco, como familiarmente le llamábamos. Él se la entregó a san Josemaría, que la puso en nuestras manos.

En las horas finales de nuestra estancia romana esperábamos recibir su bendición, y quizás alguna indicación útil para los comienzos. Nuestro avión partía de Fiumicino a primera hora de la tarde y, poco antes de partir, subimos a la galería del Fumo, un torreón desde el que se divisa la cúpula de San Pedro. Allí nos esperaba san Josemaría, acompañado de don Javier. Nos preguntó si habíamos comido —no era todavía el mediodía— y respondimos que... confiábamos que nos dieran de comer en el avión. Pidió de inmediato a don Javier que nos trajeran algo. A buen seguro estaba preparado de antemano, porque en unos minutos apareció una tortilla de patatas, embutidos, una botella de vermut y frutas. Nos sentamos en una mesa adosada a la pared mientras el Padre, en pie, nos daba conversación. Nos dijo entonces que cuidáramos las normas de piedad, que estuviéramos unidos y fuéramos alegres y sinceros; con un poco de guasa, nos recordó que los trópicos son cálidos y húmedos y debíamos cambiarnos de ropa con frecuencia. Disponer de la ropa suficiente no era una falta de pobreza. Nos animó también a usar una colonia varonil o un desodorante, pues oler mal era una falta de caridad con los demás. Nos divirtió su sentido común y su atención al detalle casi maternal, y con sus palabras hizo desaparecer toda tensión.

Nos dijo también que al llegar a Manila visitáramos al señor nuncio, monseñor Martini, buen amigo del beato Álvaro «y mío también», y le diéramos un gran abrazo de su parte. Así lo hicimos, días después. Nos dio su bendición de viaje y... *Volare!*

Llegamos a Fiumicino con el tiempo justo y tuvimos que correr hasta la puerta número trece, al final de una larga galería. Para no sobrepasar el peso permitido llevábamos como equipaje de mano un montón de libros, entre ellos algunas publicaciones de la Comisión Nacional de Productividad de España, con la que yo había tenido algún contacto y que pensaba que podrían sernos de alguna utilidad; un par de volúmenes se me cayeron de las manos, pero no hice intento alguno de recogerlos...

[1] En el gobierno del Opus Dei, el prelado cuenta con la colaboración de un consejo de mujeres, la Asesoría central, y otro de hombres, el Consejo general.

[2] Mientras vivía en la tierra, por costumbre se llamaba al fundador del Opus Dei, “el Padre”. Luego se designa del mismo modo a sus sucesores.

2.
UN HOGAR EN FILIPINAS

LLEGAMOS A MANILA EL 23 de diciembre por la tarde. Don José Morales y Jess Estanislao nos esperaban en el aeropuerto con los brazos abiertos. Caminamos lentamente con las maletas en las manos a lo largo de la pista de aterrizaje hasta una modesta construcción de madera con techo de metal ondulado que servía de terminal de viajeros. Aunque el clima ofrecía la típica caricia del invierno filipino, sentí mucho calor, enfundado en mi única sotana de lana negra rematada por un cuello romano de plástico; dudé de mi capacidad de soportarlo más de un par de meses, a lo que hay que añadir que Jess hablaba tan poco castellano como yo inglés.

Nos recogieron en un Volkswagen azul "escarabajo" que habían adquirido por ocho mil pesos gracias a la ayuda de Juan Antonio Massó, de paso por el país camino del Japón en viaje de negocios. Pocos años después, Juan Antonio se ordenó sacerdote y fue el consiliario de Australia hasta su muerte; también el coche aguantó más de veinte años.

Mi primera impresión de la ciudad fue encontrarme entre barracas, talleres de vulcanización de neumáticos y calles con grandes socavones, vestigios de la guerra; alguien comentó que parecía una ciudad después de un bombardeo, y en realidad lo era, el de la Segunda Guerra Mundial. Los pocos coches que circulaban eran viejos, inmensos Chevrolet o Studebakers, pura lata con formas futuristas, que tragaban gasolina como si fuera agua y que, a falta de piezas de repuesto, se paraban averiados en cualquier esquina; pero todo ello quedaba suavizado por la sonrisa de los muchos niños y la alegría bulliciosa del tiempo navideño: flores de pascua, multicolores faroles de papel y muchos villancicos.

Llegamos pronto a calle C. Ayala, corta y sin fondo. La casa que nos habían preparado era modesta en apariencia y espartana en mobiliario, pero al cruzar la puerta nuestros ojos se tropezaron con un ingenuo árbol de Navidad hecho de algodón hidrófilo. Nuestra casa estaba próxima al *College de La*

Salle, donde Bernie era profesor, punto de referencia crucial en los comienzos de la labor apostólica en Filipinas. Llamamos *Maynilad* a nuestra casa, primer centro del Opus Dei en el país.

La vecindad era característica de la clase media de la Manila de la postguerra: casas con tapias altas y portones metálicos de entrada, construidas con bloques de cemento en la primera planta y madera en el piso superior; grandes volúmenes que protegían del calor, tejados de hierro galvanizado de fuerte inclinación, medias aguas sobre los amplios ventanales para defensa de las lluvias torrenciales y un mobiliario simple. Había casi siempre un altar con imágenes de la Virgen, el Sagrado Corazón, y el Niño Jesús de Praga. Pocas aceras estaban pavimentadas, pero el celo de Chabeng había convertido las nuestras en pequeños jardines con gladiolos rojos y amarillos mezclados con plantas, nuevas para mí, de hojas gigantescas. En ausencia de nombre conocido, las bauticé como orejas de elefante. De los vecinos solo recuerdo al Sr. Tony Dimalanta, un ingeniero de talento que había hecho su carrera profesional en los Estados Unidos y había regresado a Filipinas con el deseo de servir a su país.

Nuestra casita estaba construida frente al solar de la residencia de la familia Villegas. No sé lo que Bernie había explicado a sus padres; pero ellos, con la generosidad característica de este país cristiano, ofrecieron a aquellos desconocidos extranjeros que iban a trabajar con su hijo en servicio de la Iglesia, una parte de su propiedad abierta a la calle. Tenía pavimentos de losetas de cemento coloreadas en la planta baja y entablados de madera tropical dura en la superior, techos altos, sólidas puertas y barandillas en madera, y muebles robustos. Y, como decoración de la casa principal, placas en bronce que atestiguaban los progresos académicos de la extensa familia, desde el jardín de infancia hasta la Universidad. También había una pintura moderna de cierta calidad que representaba al general Malvar en traje de faena; detrás de la vivienda familiar había otra construcción sencilla de dos plantas, destinada al personal de servicio.

El mayor de los hijos era José, abogado de profesión e inclinado a la política, al que seguían Teresita, Bernie, Ernie, profesor de la universidad estatal, Ponciano, y las dos chicas pequeñas, Victoria y Severina. La casita que nosotros ocupamos era una réplica de la casa principal a escala reducida. Había sido diseñada por Francis Arcenas, el arquitecto esposo de Teresita, y remodelada poco antes del regreso de Bernie, pues un tifón tardío se había llevado su tejado.

Antes de nuestra llegada, Jess y Bernie recibieron varias visitas de Salvador Martínez Ferigle, Fr. Sal en América, un científico valenciano que había acompañado a José Luis Múzquiz en los primeros pasos de la aventura norteamericana. En 1962 había sido ordenado sacerdote y san Josemaría le había pedio que visitara a aquellos hijos suyos que comenzaban a sembrar la semilla de la Obra en el Pacífico occidental, Japón, Australia y Filipinas. Cuando llegó por primera vez a Manila, coincidió en el aeropuerto con el

editor jefe de una publicación de la Iglesia —*The Centinel*—, que tomó fotografías e hizo una reseña de la visita de Fr. Sal en la primera página de la publicación; en su segunda visita, Fr. Sal acompañó a Bernie y Jess durante una temporada, y les ayudó a pintar las paredes de la planta baja de la casa de un color un rojo chillón muy valenciano o muy americano, o tal vez *muy* ambas cosas.

La planta alta de la casa tenía tres habitaciones de doble uso, uno de día y otro de noche, y un diminuto oratorio. La primera era la oficina de trabajo del consiliario, con una mesa despacho y el único armario común que guardaba nuestras escasas posesiones. Además contenía una cama metálica plegable, oculta durante el día por una cortina de bambú. La sala de estudio disponía de una mesa metálica plegable y cuatro sillas, que había que sacar por las noches al pasillo para extender un par de camas metálicas, que se plegaban durante el día; las camas consistían en un somier metálico instalado sobre un armazón de tubo dotado de cuatro patas, producto del ingenio de los artesanos chinos de la Calle Pinpín.

El oratorio, de cinco o seis metros cuadrados, podía unirse a la sala de estudio plegando un tabique de tablillas. Y todos tan contentos. La peculiaridad de la sala de estudio es que su única y alta ventana abría al estero "Tripa de gallina", un arroyuelo que sirve de alcantarillado y desagüe de los chaparrones tropicales, y que recoge también un poco de materia maloliente. Para evitar malos olores, Bernie y Jess habían ajustado al ventanuco un pequeño y curioso acondicionador de aire. El déficit de la balanza de pagos y el deseo de industrializar el país habían movido al gobierno a establecer políticas restrictivas a la importación que dificultaban adquirir hasta los objetos más comunes del menaje doméstico. Como la industria local estaba todavía en sus primeros pasos, Bernie y Jess adquirieron en Cartimar, un rústico centro comercial lleno de vida, un artefacto antediluviano. El cacharro necesitaba un transformador de voltaje imposible de adquirir en el mercado, y acudieron a un electricista bien intencionado. Este, a falta de acero magnético, dotó al transformador de placas extraídas de botes de conservas aisladas con goma de árbol, que humeaba cuando el ingenio comenzaba a funcionar. Los que ocupábamos la habitación dudábamos si asfixiarnos de calor o de humo, por lo que, de ordinario, llegábamos al acuerdo de apagar la máquina tras unos minutos, abrir la ventana y dormir lo antes posible, algo no difícil dada nuestra juventud.

Nos despertábamos cada mañana a las cinco en punto, ya que una buena mujer que lavaba su ropa en el riachuelo encendía a esa hora su radio a pleno volumen. Sonaba entonces el himno nacional, seguido de noticias en tagalog, de las que yo solamente era capaz de extraer el nombre del presidente filipino, Diosdado Macapagal, cada vez que era nombrado: este era siempre el patriótico final de nuestro sueño.

La señora Villegas se ocupaba eficazmente del gobierno de la casa con la ayuda de dos muchachas, Inday y Bulilit ("la bajita"). Barrían los suelos con

una escoba sin mango, los pulían con la mitad de una cáscara de nuez de coco y revolvían el polvo con un plumero que dejaba más plumas sueltas que polvo recogía. Conseguir una línea telefónica era imposible, pero el electricista de la señora Villegas nos pasó una extensión "no muy legal" de su propio teléfono; también otras personas desconocidas participaban del uso de la línea, y no era raro que las conversaciones entre las personas que utilizaban las líneas compartidas se extendieran por encima de la media hora.

La comida me resultaba razonablemente familiar, aunque no comprendiera inicialmente por qué la carne de vacuno o de cerdo se servía en diminutas porciones. Pronto entendí que era costumbre comer todo usando la cuchara y uniendo el arroz con la vianda.

Hacíamos cada día nuevos descubrimientos. El maíz era para mí comida de gallinas, hasta que descubrí que sabía muy bien. La carne y el pescado se servían con *atzara.* Pensé que era cabello de ángel, pero era cabello de calabaza en vinagre. En el desayuno aparecía de vez en cuando el *champurado*, un arroz con chocolate que se tomaba acompañado de pececitos llamados *dilis.* Estas y otras sorpresas pronto perdieron novedad y se hicieron parte de nuestra vida diaria.

Lo más sorprendente era el *balut,* un huevo de pato empollado y escaldado al baño María cuando el animalito estaba ya a punto de abandonar la cáscara. Se come como viene, y a veces, con sus tiernas plumitas, su pequeño pico y sus ojitos, y se bebe el líquido que lo envuelve; lo cierto es que estaba muy rico. Cuando en viaje a mi tierra natal vasca conté esta historia a mis amigos, uno de ellos me miró muy serio y me preguntó: «¿Y tú comes eso?». Le dije que me gustaba mucho, a lo que me respondió muy serio: «Eres un hombre sin principios». Al recordarlo he pensado que a veces consideramos como principios lo que son solo materias opinables.

«¡Qué calor hace!». Repetíamos a menudo la frase, esperando quizás que nevara en algún día navideño, hasta que Bernie sentenció: «A partir de hoy en Filipinas hará calor todos los días y no debemos esperar un descenso de temperatura».

No acababan de llegar los objetos litúrgicos embarcados en España que me habían regalado, por lo que no teníamos oratorio propio. Hacíamos la visita al Santísimo en Singalong, una antigua y acogedora iglesia franciscana. Su única obra de arte era un ángel de mármol blanco de tamaño natural, que soportaba la pila de agua bendita, que los devotos besaban de pies a cabeza; en cuanto a la santa Misa, don José Morales había comenzado a celebrarla en la parroquia de San Isidro, en la Avenida Taft, no lejos de la casa. Yo me uní a él. Monseñor Cruz, su párroco, era un venerable sacerdote al que ayudaban dos simpáticos coadjutores, el padre Emilio y el padre Severino. Estaba en construcción una iglesia de nueva planta y, mientras tanto, se las arreglaban como podían para usar lo que quedaba de la antigua parroquia. Al terminar de celebrar nuestras misas nos ofrecían como desayuno un par de huevos fritos con sardinas viejas, junto con la amigable compañía de los coadjutores. Nos

servía el desayuno un hombre ya mayor, de cuyo arrugado rostro arrancaba un largo cabello que se reunía en el plato con sus dedos, junto al aceite de los huevos fritos. La aprensión de don José Morales me divertía. Estos recuerdos, borrosos en su lejanía, me llevan a una reflexión: el tremendo cambio que el país ha experimentado en medio siglo y el nivel de identificación con él al que hemos llegado con el paso de los años.

Don José Morales celebró la Misa de Gallo en casa de los Villegas con toda la familia, y con la hermana, el cuñado y los sobrinos de Jess Estanislao; tuvimos al final la adoración del Niño, utilizando una ingenua talla de madera adquirida en Paete, de dudosas proporciones anatómicas. Una atmósfera de amabilidad y buen humor envolvía la casa, haciéndonos sentir que habíamos llegado a una nueva familia y a una nueva patria. Luego vino la cena: un inesperado cocido de garbanzos, espagueti y maíz con hielo, manzanas importadas de América y queso de bola holandés. Al terminar, el doctor Villegas, todo calma y sonrisas, llenó la sala de música con su violín, y hubo villancicos, dulces y bromas hasta la madrugada. Aquella Navidad nos unió para siempre con la tierra y el pueblo filipino.

La sociedad que nosotros encontramos

Por todas partes había niños, muchos niños. A la llegada de Magallanes a las islas en 1521 se estima que la población debía rondar entre medio millón y un millón. En el censo de 1850 recogido por el padre Buzeta, debía haberse multiplicado por diez, y eran ya once millones al final del siglo; la población debe hoy rondar los cien millones.

Entre las formas de convivencia humana, Tonnies estableció una secuencia que hoy en día se considera clásica, la que va de comunidad a sociedad. A pesar de sus cien millones de habitantes, las Filipinas encajan mejor en la primera que en la segunda forma de sociabilidad; lo que importa, sobre todo, son lo que Bulatao llama «las suaves relaciones personales».

Adaptación y afecto prevalecen a menudo sobre el orden, y en ocasiones incluso sobre el deber, y los sentimientos fácilmente están por encima de la legalidad. No me atrevo a decir que todo esto sea positivo, pero sí que la cultura filipina posee algo extraordinariamente valioso, con frecuencia ignorado en el llamado mundo desarrollado.

En cierto modo, el país es una sociedad matriarcal en el que las mujeres, fuertes, educadas y emprendedoras pero gentiles y respetuosas, llevan de ordinario la batuta. Son piadosas y amantes de sus hijos, lógica consecuencia de una tierna devoción mariana y un verdadero apego cariñoso a Jesús Niño. Su imagen llegó de las manos de los primeros navegantes españoles, y es venerada no solo en la ciudad de Cebú, donde se conserva la talla tan conocida en todo el país, sino en todo el archipiélago y en muchísimos hogares.

La familia se extiende profunda y largamente. Un primo de una lejana provincia puede presentarse sin previo aviso en un hogar de los alrededores de la gran ciudad, tratando de entrar en una de sus universidades; se le recibe sin reservas, porque donde comen ocho, comen nueve. Y siempre hay un rincón en la sala de estar donde dormir.

El aprecio por la educación es universal. Los padres hacen sacrificios indecibles para proporcionársela a sus hijos, y si los mayores saben que han agotado los recursos familiares, se sienten obligados a financiar la educación de los pequeños. Esto explica por qué un país de recursos modestos tiene una elevada proporción de graduados universitarios, aunque la mayoría de las instituciones educativas sean privadas, tengan ánimo de lucro y no reciban subvención del Estado. Es natural que su nivel de calidad sea mediano, pero suficiente para producir una amplia, aunque modesta, clase media. Las Filipinas son un caso de estudio. Millones de emigrantes, el 10 % de su población, con formación universitaria en su mayoría, devuelven al país millones de dólares al año para construir nuevos hogares, educar a las nuevas generaciones, y cuidar de los mayores.

Otra singular característica del país es su amor por la música. En cualquier reunión de estudiantes se espera que casi todos canten y algunos toquen la guitarra o el piano. No es una moda, ya que viajeros extranjeros del XIX dejaron admirados testimonios del amor del pueblo filipino por la música: un comerciante inglés que llegó hasta Tayabas, entonces capital de la actual provincia de Quezón, dejó escrito con admiración cómo la hija del hacendero que le alojó en su casa tocó en su honor, en un piano de cola, una reciente composición de Cesar Frank recién llegada de París.

A esta somera introducción hay que añadir la gran facilidad para imitar y para transformar cualquier situación tensa en una broma. Un ejemplo: durante las misas en inglés o en tagalog, la respuesta al «el Señor esté con vosotros» es «y también contigo». El cardenal Sin, famoso por su sentido del humor, comentó que un día, al comenzar la misa en la catedral, le pareció que el micrófono no funcionaba al decir esas palabras, y susurró a su ayudante: «Algo está mal con el micrófono», a lo que el pueblo respondió: «Y también contigo».

La ciudad

La destrucción producida en Manila por la segunda guerra mundial fue indescriptible. Intramuros, el centro histórico de la ciudad, con las mansiones de los comerciantes, las iglesias y universidades, fue arrasado por la aviación americana en su afán de destruir la moral de las fuerzas japonesas de ocupación. Y una vez ocupada la ciudad, los buldóceres de los nuevos ocupantes no dejaron piedra sobre piedra. Se salvó la iglesia de San Agustín, la más antigua del país, un hecho providencial si se tiene en cuenta su

proximidad con el ayuntamiento, el palacio del gobernador y la catedral, que quedaron totalmente destruidos.

El resto de la ciudad sufrió también los horrores de la guerra, y la independencia del país concedida poco tiempo después por los Estados Unidos, tampoco facilitó su reconstrucción, que hubo de hacerse deprisa y con escasos medios. Se improvisaron construcciones de urgencia de poca calidad. Empobrecidos provincianos y refugiados de la guerra, que pensaban que la capital podría ofrecer a sus hijos un futuro mejor, llegaron por centenares de millares y construyeron chabolas allí donde encontraron un pedazo de tierra disponible; en las calles, los bombardeos dejaron cráteres que asemejaban a los de la luna, y no existían ni iluminación nocturna ni luces de tráfico.

Los inefables *jeepneys* y los decrépitos autobuses atestados de humanidad proporcionaban un transporte público barato, pero incómodo. Los *jeepneys,* en vías de extinción, eran y todavía son el fruto de la capacidad de improvisar del pueblo filipino; restos de la guerra del Vietnam, de segunda mano y con muchos años de vida, pensados en principio para cuatro pasajeros, fueron transformados en los talleres filipinos para acomodar a una docena de personas sentadas al tresbolillo; era difícil subir y bajar de ellos, tenían una lámina de plástico como única protección contra la lluvia y estaban decorados con pinturas ingenuas de colores chillones, y expresiones mezcla de piedad y picaresca; pero el viaje es barato, giran en ángulo recto y llevan a todas partes.

Hace cincuenta años, la actividad comercial de la ciudad estaba centrada en los alrededores de la calle Escolta y en el distrito de Binondo, donde florecían los negocios de los chinos: muebles, tejidos, herramientas, imprentas, "pedazos" importados nadie sabe de dónde; sobreviven allí venerables reliquias del pasado, como la Pansitería San Jacinto con sus fideos fritos, su arroz Shanghái, *lumpiang prito* —rollitos de primavera fritos— y camarón rebozado. El distrito de Ermita y Malate eran recintos residenciales de antes de la guerra, con su cuidado césped frente a las fachadas abiertas a la calle, que tras la guerra elevaron altas tapias como defensa de los frecuentes robos. También el distrito de Paco se había convertido en una mezcla de antiguas mansiones y barracas, e incluso se podían ver vestigios de un pasado esplendor en Santa Mesa Heights, Manga Avenue, y en algunas zonas de Quezon City, como New Manila y las calles dedicadas a los Boy Scouts fallecidos en un accidente de aviación. Y quizás en alguna otra zona.

Al tiempo de nuestra llegada, la *Ayala Corporation* comenzaba a dejar su impronta de inspiración americana en San Lorenzo Village, con villas elegantes y cuidados jardines, y en las primeras mansiones del opulento Forbes Park. En la recién abierta Ayala Avenue se habían construido cuatro o cinco edificios de altura. Los jóvenes de 2022 no reconocerían la Manila de 1964, y a menudo muestran escepticismo cuando oyen descripciones del pasado.

Durante muchos años se llamaba a Manila *la perla del Oriente*, y en los últimos años de la presencia española las casas tenían agua corriente, había

luz de gas en las calles, tranvías, y el ferrocarril llevaba viajeros hasta Pangasinán, en el lejano norte de Luzón. En Intramuros tenían su sede la antigua y noble Universidad de Santo Tomás, el Colegio del Ateneo y el de San Juan de Letrán para varones, y varios colegios femeninos, como la Consolación. Y funcionaba también una Escuela municipal de Artes y Oficios. En los teatros se representaba *zarzuela* o *Vaudeville,* e incluso ópera italiana, y en los dos hipódromos tenían lugar temporadas de carreras de caballos. Junto al río Pasig se alzaba Malacañang, la residencia del gobernador. Los americanos construyeron el Agrifina Circle, centro político de la colonia, el edificio de Correos, la Universidad de Filipinas del Estado, el Army-Navy Club y el Gran Hotel Manila, cuyo vestíbulo de entrada era el salón donde caballeros con traje blanco de lino y sombrero jipijapa bailaban con bellas herederas vestidas a la moda de París. Viejos tiempos gloriosos.

La depresión de 1929 no afectó excesivamente a la economía del país, pero fue seguida por la segunda guerra mundial, la ocupación japonesa, la difícil reconstrucción tras la independencia, la guerrilla comunista de los Huks[3], la crisis monetaria, la corrupción… y un crecimiento urbano incontrolado. Y el bombardeo.

Había pocas librerías: el enorme almacén de libros de texto americanos y papelería del *Philippine Education* bajo el puente de Ayala, el *Catholic Trade* en la calle Oroquieta dedicado a libros religiosos, imágenes y artículos litúrgicos, llevado por los padres del Verbo Divino, y un cierto número de librerías de viejo en *Claro M. Recto Avenue*. Solo más tarde se inauguró una librería cultural de corte liberal, en United Nations Avenue, antes conocida como *Avenida de Isaac Peral*.

Los buenos restaurantes se contaban con los dedos de las manos: el *Army-Navy* y el *Casino Español*, abiertos especialmente a las colonias extranjeras; el *Madrid* en el *Highway 54*; la *Cucina Italiana* y el *Swiss Inn*, y a un nivel inferior el muy popular y familiar *Aristocrat*; que me perdonen si he olvidado alguno; los buenos restaurantes se cuentan hoy por muchos centenares.

He escrito estos recuerdos para dar gracias a Dios y también a san Josemaría, que quisieron sembrar la semilla del Opus Dei en esta tierra en un momento crucial de su transformación social y de su crecimiento económico, y son también ocasión de mirar al futuro con ojos optimistas y realistas a la vez: en medio siglo se ha hecho una gran labor, la ha hecho el Señor «con cuatro chisgarabís», como gustaba decir san Josemaría, si bien resta todavía un trabajo inmenso por realizar, que Él ha dejado confiadamente en nuestras manos.

La Doctrina Social de la Iglesia

Como nos había encarecido san Josemaría en Roma, visitamos al nuncio, monseñor Martini, que nos recibió con verdadero afecto. Su residencia y la

oficina de la Nunciatura estaban y todavía están en la Avenida Taft, en una casa grande con sabor de pasado, construida en un solar de dos mil metros cuadrados con techos altos y maderas sólidas. El edificio no era especialmente bonito, pero sí espacioso y digno.

El nuncio nos explicó que un problema que debía solucionarse era que los políticos eran a menudo miembros de familias poderosas, que buscaban más su beneficio personal que el bien común. Las circunstancias históricas, la ocupación americana entre otras, habían demorado la recepción de la doctrina social de la Iglesia en el país. Durante años, el pensamiento católico, minoritario y representado por un sector pobre de la población, no tuvo un peso real. La tensión por obtener la independencia era vista como la tarea primordial. El liberalismo en un amplio sector de la burguesía acomodada y la repatriación de muchos religiosos a su país de origen... Todo ello había contribuido a que las clases dirigentes, quizá siguiendo una vieja tradición prehispánica de gobierno, consideraran la política democrática como un juego de poder en el que unos ganan y otros pierden, y en el que el amor sentimental hacia la patria hacía escasa referencia al bien común. Hubo notables excepciones, pero la gran mayoría de la población, católica y piadosa, apenas fue consciente del contenido ético que llevaba consigo la actividad política.

San Josemaría nos había enseñado a ver en nuestro nuevo país virtudes, no defectos. Virtudes que, dicho sea de paso, eran y son muchas: son los hijos de la tierra y no los extranjeros, y menos aún los sacerdotes, los que deben corregir lo que necesite corrección. Por mi parte, de todas aquellas conversaciones saqué la convicción de que teníamos que ayudar a difundir la doctrina social de la Iglesia en la gestión pública, tarea a la que muchos fieles de la Prelatura del Opus Dei han contribuido con sus iniciativas, publicaciones y cursos, aunque quede todavía mucho por hacer.

Errores de novatos

No pienso detenerme demasiado en las equivocaciones divertidas, cometidas por los recién llegados; pero no puedo dejar de escoger algún botón de muestra para que se vea el buen humor con el que nos fuimos haciendo filipinos.

En la Embajada filipina de Madrid nos habían indicado que al llegar a Manila debíamos presentar en la oficina de la Cuarentena las placas de Rayos X de tórax que nos habíamos hecho antes de partir. Los que nos precedieron nos dijeron que esta oficina estaba en la zona portuaria, y allí nos dirigimos José Rivera y yo. Preguntamos por la Oficina de la Cuarentena, pero nadie parecía saber nada de su existencia. «¿Cuarentena?», preguntaban los interpelados. Les explicamos que era una oficina médica, y alguien nos encaminó a un edificio en el que se alojaba una clínica de emergencia para los obreros del puerto.

Saludamos al doctor Tuazon, un amable anciano sentado frente a su mesa de despacho. José Rivera le explicó que en la embajada filipina de Madrid nos habían indicado que debíamos depositar la placa de rayos X en su oficina, lo que indudablemente no era cierto. El buen doctor reaccionó con un amable gesto de inocencia, pero nosotros insistimos y se sintió obligado a aceptar nuestras placas. José le explicó que queríamos que estampara un sello en nuestros pasaportes a lo que contestó que no tenía sello; José revisó entonces los cajones de su mesa de despacho y —¡buena suerte!—, con gran admiración por su parte, encontró un sello que estampó en nuestros pasaportes. El bueno del doctor Tuazon, aliviado por nuestro descubrimiento, nos dio un fuerte apretón de manos y nos acompañó a la puerta con gesto triunfal. La única conclusión práctica es que en una nación joven lleva tiempo montar una eficiente burocracia.

Para llegar al corazón hay que hablar el lenguaje del interlocutor, y nuestro conocimiento del inglés no era uniforme: José Rivera y don José Morales se defendían razonablemente, lo que no fue óbice para que se dieran algunas situaciones divertidas. Recuerdo una conversación entre José y Raymundo, un recién graduado en *De la Salle College* que venía por el centro: le preguntó José qué hacía en la oficina, a lo que él contestó que la mayor parte de su tiempo lo ocupaba en escribir a máquina (*most of the time I type*); «*so* —contestó José—, *are you a typewriter?*». Que en buen castellano significa: «¿Eres una máquina de escribir?».

Yo era el peor de todos, a pesar de haber estudiado inglés en el bachillerato —donde el profesor que nos lo enseñaba no era capaz de hablarlo — y también en la escuela de ingenieros. Era capaz de leer y entender un texto, pero no de hablar. Me asignó Bernie un maestro, amable pero no muy eficaz, que era todo lo que podíamos pagar.

Con ayuda de esas clases, yo solía dedicar varias horas al día a preparar meditaciones; concretamente, las necesarias para predicar un curso de retiro completo, algo que me parecía posible con la ayuda de un buen diccionario; el resultado era pensamiento español con palabras inglesas de pronunciación dudosa, que intentaba fijar con la ayuda de su correspondiente transcripción fonética internacional. En este retiro, penosamente trabajado, dediqué una meditación a la vida oculta del Señor, y cuando llegó el momento no recordaba si Nuestra Señora cabalgó sobre un *donkey* (un burro) o un *monkey* (un mono): elegí la segunda opción...

La interminable lista de mis equivocaciones se suavizaba por la tolerancia filipina de nuestro primer supernumerario local, que solía corregirme con fineza: «Padre, esto que ha dicho se puede entender, pero aquí preferimos decirlo de este otro modo...». Las equivocaciones nos divertían mucho, pero pronto aprendimos inglés y las peculiaridades de la cultura local... y también a reírnos de nosotros mismos. Un buen sendero para crecer en humildad.

[1] Los Huks, *Hukbong Bayan Laban sa Hapon* o *Hukbalahap* fueron originalmente guerrilleros comunistas filipinos contra el régimen japonés. Estos últimos ocuparon Filipinas en 1942 hasta 1945. Sin embargo, los Huks extendieron su rebelión hasta 1946.

3.
PRIMEROS TIEMPOS

NO RECUERDO MUCHO DE los comienzos de la labor con profesionales de habla inglesa que, por lógicas razones, estaba a cargo de don José Morales. Además de Plácido Mapa, que había pedido la admisión en Boston, estaba también León González, profesor universitario y traductor de *Camino* al tagalog, que lo había hecho antes de mi llegada. Bernie y Jess trataron también a algunos profesionales cuyos nombres recuerdo, pero no llegué a conocer. Entre tanto, yo dedicaba mis esfuerzos a ponerme en contacto con personas para las que traíamos cartas de presentación, que presumía que hablarían castellano; entre ellos se contaba Ramón Faustman.

UN AMIGO DE LA PRIMERA HORA

Por la entrañable amistad que nos unió y los frutos producidos por nuestro temprano encuentro, quisiera dedicar unas líneas a la familia Faustman. El padre de Ramón había sido gerente de La Dinamita, propiedad de Cross S. A., situada en Galdácano, Vizcaya, una verdadera institución del País Vasco. Ramón estudió Derecho y Economía en Deusto y se había casado con Eladia Lago (Ladi). Formaron una familia estupenda y numerosa, y Ramón tuvo una destacada posición en la sección comercial en los Altos Hornos de Vizcaya S. A. Un tío suyo soltero había sido propietario único en Filipinas de una gran empresa comercial titulada Gutiérrez Hermanos, que tenía una red de barcos y almacenes en el archipiélago. La ocupación japonesa destruyó sus posesiones, además de comerse más de diez mil cabezas de ganado vacuno también suyo que pastaban en la isla de Burías; al ser la compañía de titularidad española no recibió compensación alguna del gobierno japonés, y al final de la guerra se encontraba en una situación ruinosa.

El viejo propietario no quería rendirse al destino y pidió a uno de sus

sobrinos que le ayudase a sacar adelante la empresa. Tras varias peripecias, Ramón se trasladó a Manila con toda su familia, se puso al frente de la empresa... y tampoco él fue capaz de sacarla adelante. La familia experimentó situaciones dolorosas que sobrellevó con dignidad y espíritu cristiano. Amigos de la colonia española que le apreciaban le ofrecieron el puesto de secretario ejecutivo de la Cámara de Comercio Española, con una oficina presentable y un sueldo ajustado, pero suficiente para mantener su numerosa familia. Debieron entonces trasladarse a un piso bajo de una casa de dos plantas, acogedora pero modesta, que el buen gusto de Ladi convirtió en un verdadero hogar. Estaba situada en el distrito de Paco, que antaño se consideraba elegante, pero que ahora era una confusa mezcla de barracas y viviendas de anteguerra en decadencia. Sufrieron en silencio la incomprensión de algunos parientes españoles, que desde su lejanía sospechaban que los habían estafado.

Tanto Ramón como Ladi mantuvieron siempre un tono de dignidad, cordialidad y buen gusto, no hablaron mal de nadie, ni se quejaron de su suerte. Hicieron todo el bien que les fue posible y nos prestaron una providencial ayuda en los comienzos de la labor del Opus Dei en Filipinas, presentándonos a las familias Cuervo y Lorenzo, de las que se hablará más adelante.

A pesar de la confusión de los tiempos, sus hijos crecieron como buenos profesionales y buenos cristianos. El mayor, José Ramón, estudió arquitectura y fue uno de los primeros estudiantes que asistieron a los medios de formación espiritual en la casa de C. Ayala. Al cabo de unos años emigró a los Estados Unidos con su familia y perdimos el contacto con él.

Ramón y su hijo José Ramón fueron protagonistas de una hermosa obra de misericordia. En los años del gobierno del presidente Ferdinand Marcos tuvo lugar en Manila una reunión internacional del Banco Mundial, y el gobierno sintió la necesidad de adecentar la ciudad limpiándola de barracas; se habla de hasta un millón de ellas a resultas de los desplazamientos humanos provocados por la segunda guerra mundial, y muchas de ellas eran visibles en las zonas de tránsito de los notables visitantes.

El gobierno ganó al mar una gran extensión de tierra en la bahía de Manila, donde se construyeron notables edificios representativos que hoy en día embellecen la ciudad, y hoteles de las cadenas internacionales, necesarios para acomodar a los dignitarios y a sus acompañantes. Se hizo una redada de millares de chabolistas que habían ocupado ilegalmente tierras de valor urbanístico y cuya presencia desdecía del tono de los acontecimientos, y se les situó donde se pudo, sin las mínimas condiciones de habitabilidad.

Uno de estos lugares fue una colina llamada *Sapang-palay*, situada en el municipio de San José del Monte, Bulacán, a unos 25 kilómetros del centro de Manila. Las máquinas abrieron pistas en las arcillas rojas del lugar y cada familia recibió unos 100 metros cuadrados de terreno en los que los camiones del gobierno depositaron sus misérrimas propiedades. En la cumbre de la colina se construyó un depósito para distribuir el agua elevada de un arroyo,

que nunca acabó de funcionar debidamente porque los habitantes de las chabolas próximas a la tubería la perforaron para ahorrarse viajes. Y nada más: ni escuela, ni mercado, ni iglesia, ni transporte público, y menos aún puestos de trabajo; pero enseguida, manos caritativas de voluntarios, comunidades religiosas, instituciones de la Iglesia, parroquias, etc., se pusieron manos a la obra.

Ramón movilizó a un grupo de amigos dispuestos a dedicar sus fines de semana a construir viviendas de emergencia diseñadas por su hijo arquitecto. La extensión de las viviendas era la de las placas de hierro galvanizado que regalaba una empresa productora. Una cementera situada en Norzagaray les entregaba gratis cemento a granel que los voluntarios debía recoger en barricas igualmente regaladas. Solo podían construir lo básico: los techos, las paredes y suelos de cemento, sin puertas ni ventanas, pero al menos permitían a los *barraquitas* no dormir al raso en los días de lluvia y ponerse a trabajar con un mínimo de esperanza. Debían completar sus casas con su propio esfuerzo y lo hicieron; Ramón y sus amigos entregaron más de un centenar de estas viviendas provisionales: *Sapang-palay* es hoy un pueblo filipino más. Ramón les entregó plantas de guindillas que podían cultivar en el resto del lote, y semana a semana les compraba la cosecha, solo unos pocos pesos, pero valiosos para ellos. Inició con otros voluntarios una escuela profesional. Unas monjas montaron un taller de costura y construyeron una capilla, y un emprendedor ilocano hizo un muro de defensa en la colina y montó una gallera.

Cuando, años más tarde, Ramón solicitó la nacionalidad filipina, que quizás le permitiera recuperar sus propiedades, unos centenares de los habitantes de las barracas acudieron voluntariamente a las deliberaciones del Congreso sobre su petición para explicar que Ramón era un hombre bueno que amaba los pobres del país. La petición fue concedida, pero era ya tarde para Ramón. Cinco ataques de corazón consecutivos le hicieron perder el habla y la movilidad. Yo solía visitarle con frecuencia, le metía con su silla de ruedas en un diminuto Mínica, y le llevaba a tomarnos un café en la incipiente urbanización de *Greenhills*, algo que Ramón agradecía con alegres gruñidos.

Cuando le visitaba, era yo quien tenía que llevar la voz cantante. Pero en una ocasión, al recordarle que en nuestra niñez cantábamos himnos a la Virgen en el mes de mayo en nuestros colegios, al entonar uno de ellos observé con sorpresa que Ramón, que no podía hablar, podía cantar los himnos uno detrás de otro. Y estuvimos un buen rato cantando.

Al fin, sus hijos se desparramaron por el mundo, por América y Australia, y los más afortunados ayudaron a sus padres a volverse a su querido 'bocho', a Bilbao; alquilaron en Guecho un entresuelo y allí Ladi, que había hecho tanto por la Obra, pidió la admisión como supernumeraria. Pronto murió Ramón y, años más tarde, leí en las páginas de *Romana* (boletín oficial de la Prelatura) que también ella había fallecido. Me acuerdo de ellos a diario al celebrar la Misa. Que Dios les pague su generosidad.

Con la espontaneidad propia del pueblo filipino, los vecinos se dejaban caer por nuestra casa de C. Ayala a husmear, preguntándose qué habría detrás de aquella novedad. Un buen día, un señor de avanzada edad, padre de un hijo y una hija religiosos, se presentó de improviso en nuestra casa dispuesto a lanzar una batería de preguntas de no fácil respuesta, ya que sus modelos mentales correspondían a instituciones que poco tenían que ver con el Opus Dei. En un momento, quizás desanimado por su falta de puntería me espetó: «Ya veo, ustedes son como las teresianas». Aunque yo las conocía bien, traté de averiguar cómo clasificaba este señor a tan venerable institución y le pregunté qué eran las teresianas, a lo que me respondió que eran «unas monjas que iban a la peluquería»; le respondí que eran unas católicas muy buenas, y que hacían una gran labor; pero que el Opus Dei no se ajustaba a esa definición... ni tampoco las teresianas.

Otro inesperado visitante fue el señor nuncio. Parece ser que deseoso de saber lo que estábamos haciendo y dónde vivíamos. Se presentó en C. Ayala, junto al estero *Tripa de Gallina*, donde se topó con un grupo de universitarios preparados para asistir a una clase de formación, les dio una larga charla y se volvió feliz. Tuvimos también otros ilustres visitantes, de los que haré mención más adelante.

Siempre hemos pensado que fue providencial que entre los que comenzamos la labor apostólica de la Obra en Filipinas hubiera desde el principio algunos filipinos. Si hubiéramos sido todos de procedencia extranjera, construir los cimientos y recoger los frutos habría llevado mucho tiempo. Con filipinos como avanzadilla, la Obra estaba inculturada desde el primer momento, y los que llegamos primero nos encontramos con una labor en marcha.

El prestigio profesional de Bernie y Jess, doctores en Economía por *Harvard,* resultó un factor decisivo. El pueblo filipino admiraba la cultura y la creatividad de la gran nación americana y, para los estudiantes, *Harvard* era lo mejor. Estaban convencidos de que la ciencia económica pondría a la joven nación en línea con los países avanzados. La eficacia apostólica del prestigio profesional de los primeros resultaba evidente, como tantas veces nos había repetido san Josemaría. Por otro lado, *De La Salle College* era uno de los centros de enseñanza mejor cualificados del país; sus titulaciones en ingeniería, contabilidad y un prestigioso curso que combinaba el comercio con las artes liberales, preparaban futuros dirigentes de empresa y ponían en contacto a estudiantes que pronto tendrían responsabilidades profesionales de relieve.

Como cabeza del nuevo departamento de Economía, Bernie gozaba de una autoridad moral que —con naturalidad y sin hacer presión— le permitía invitar a los alumnos interesados en las actividades de formación humana y cristiana ofrecidas por el centro. Este estaba cerca de las puertas del College,

lo que les permitía caminar de puerta a puerta, un detalle importante en una ciudad en la que el transporte público era, cuando menos, problemático. Jess también sacaba tiempo para dedicarlo a los muchos estudiantes que venían por la casa, y su importante posición en una institución del gobierno dedicada a la estadística y al planeamiento económico le hacían especialmente atractivo para los jóvenes que miraban al futuro del país; además, buenos amigos del claustro del College aportaron su granito de arena, y pronto se llenó la casa a tope. Clases, círculos, tertulias y excursiones contribuyeron a formar en ellos un ideal cristiano de presencia en el mundo que llevó a algunos a plantearse su vocación como numerarios o supernumerarios, y a preparar un extenso grupo de futuros cooperadores.

La vida en C. Ayala

Vivimos la primera mitad de 1965 en C. Ayala rodeados de estudiantes de *De La Salle College*. Bernie y Jess llevaban ya varios meses incorporados a sus tareas profesionales. Pasadas las fiestas navideñas, José y Nando se lanzaron a la calle en busca de un empleo. José encontró uno en San Miguel Corporation, donde decidieron entrenarle como futuro maestro cervecero; se levantaba temprano para llegar en punto a apretar un botón, operación sin la cual, según él, la planta no podía funcionar; algún tiempo más tarde le propusieron trasladarse a una planta situada en Hong Kong, por lo que José decidió cambiar de empleo. En Tabacalera, donde su abuelo y su padre habían sido altos ejecutivos, le recibieron con los brazos abiertos, y allí trabajó durante varios años a cargo de dos grandes haciendas agropecuarias en el Valle de Cagayán, donde viajaba con frecuencia; en cuanto a Nando, consiguió un empleo con Elizalde y la compañía. Cuando los cuatro volvían a casa cada tarde se encontraban con docenas de estudiantes que les esperaban para recibir medios de formación.

En el mes de mayo, se organizó en Roma una convivencia de sacerdotes dedicados a atender a mujeres de la Obra. Se consideró conveniente que yo asistiera. No teníamos dinero para el pasaje de avión, pero José lo consiguió de un tío suyo. La víspera de mi partida a Roma, me despertó mientras dormía el agudo dolor de una apendicitis; la casa se puso en pie de guerra, pero no consiguieron una cama disponible en los pocos hospitales que conocíamos.

Bernie pidió ayuda de su padre, que apareció con su habitual semblante sonriente: «Fr. De Pedro, ¿qué le ocurre?». Me auscultó y me llevó en su coche a un hospital público, cuyo director era amigo suyo. Don José Morales llamó a Roma, explicó la situación, y le dijeron que fuera él en mi lugar. Y así cambié mi viaje a Roma por un viaje al quirófano. Al fin y al cabo, un viaje es siempre un viaje.

El hospital estaba abarrotado y el director ordenó que instalaran para mí una cama en su propio despacho. La operación tuvo éxito, pero un par de días

más tarde tuve que ser trasladado a otro hospital, porque la herida se había infectado y no podían atenderme adecuadamente en aquellas condiciones.

De regreso a C. Ayala, me indicaron que alguien debía llevarme cada día al hospital público para hacer la cura de la herida, y como el resto de los numerarios tenían que ir a su trabajo, me pasaba el día en cama a la espera de que, a su regreso, José me llevara al hospital. Allí, de la mano del doctor Mendoza y por los largos corredores atestados de pacientes, buscaba un rincón adecuado para realizar su tarea, que ordinariamente tenía lugar en un pasillo.

Una vez restablecido, vino a visitarme el Dr. Villegas. «Fr. De Pedro —dijo—, el director del hospital no quiso cobrar nada; por lo tanto, que le lleven a darle las gracias y a entregarle un regalo». Y, dicho esto, puso en mis manos el regalo *personal* que yo debía llevar al director. A partir de aquel momento, el Dr. Villegas fue mi segundo padre en tierra extraña.

Durante mi convalecencia, un día me encontraba solo en casa cuando alguien llamó a la puerta. Me puse algo encima del pijama, bajé a abrir y allí me encontré con el coche del presidente de la nación, matricula número 1, acompañado de una larga escolta motorizada. Del coche descendió un caballero impecablemente vestido que preguntaba por mí; era Gregorio López Bravo, un supernumerario español, entonces ministro de Industria, que venía a Filipinas en visita oficial. Pidió a su chófer que le llevara a la calle C. Ayala. Con su mejor buena voluntad le llevó a *Ayala Avenue*, una gran avenida en el distrito de negocios de Makati, donde no pudo encontrarnos; le dijeron que cerca del puente de Ayala había una calle Ayala, pero tampoco tuvo éxito su búsqueda. Pero al final le llevaron a nuestra pequeña casa en C. Ayala. Subí a Gregorio a mi habitación y nos sentamos en la cama plegable, el único lugar disponible; estaba visiblemente conmovido, como si viviéramos un episodio más de la primera cristiandad.

UN SUEÑO RAZONABLE Y UN ENCARGO FUERA DE NUESTRO ALCANCE

Por aquel entonces nos dimos cuenta de que nuestra casa de la Calle C. Ayala no era un instrumento adecuado para la labor apostólica, ya que no nos permitía hacer labor con profesionales, y no podía albergar un oratorio digno. Esperábamos de un momento a otro la llegada de los objetos de culto embarcados en España. Soñábamos con una casa grande, sin saber si había alguna disponible en la proximidad de *De la Salle College*, que abastecía nuestra labor apostólica con estudiantes universitarios. Tampoco sabíamos si seríamos capaces de pagar la renta.

Entonces recibimos una nota de san Josemaría en la que nos animaba a adquirir un pedazo de tierra donde construir un centro de convivencias y retiros, «que sería muy útil para el descanso y la formación de numerarios y supernumerarios y, para todos vosotros, un segundo hogar (...); bastarían tres

o cuatro hectáreas en un lugar tranquilo, si es posible fresco, y no excesivamente lejos de Manila».

Comenzamos a buscar ese terreno en nuestro coche azul, recorriendo los alrededores de Manila pero sin encontrar nada que pudiera ofrecer una esperanza. Hasta que un día fui a tomar un café con Ramón Faustman. Pensaba que a él, como veterano de las Islas, quizá se le ocurriera algo. Y acerté.

Me dijo que me iba a presentar a una persona que quizás pudiera echarnos una mano; unos días más tarde nos reunimos él y yo con Ramón Cuervo en el Army Navy Club, un amable recuerdo del periodo colonial americano. Ramón era un hombre de ascendencia española, un caballero cristiano que, aunque joven, era ya padre de nueve hijos. Se había educado en el colegio de Letrán de los padres dominicos y había sido un popular jugador de baloncesto; se casó con Montse Calero, que pertenecía a una familia que se dedicaba a la venta de propiedades; siguió esa línea de trabajo y se convirtió en un primer espada en la profesión. Ramón y Montse se cuentan entre los primeros supernumerarios, y varios de sus hijos pidieron años más tarde la admisión como numerarios. Al explicarle el proyecto durante la comida, Ramón sonrió y me dijo que «con una familia tan grande, no tengo dinero para ayudarles, pero cada persona que se siente agradecida al Señor por las cosas buenas que de Él ha recibido, desea hacer en su vida algo bueno por otros. Tengo experiencia en este campo y este será mi proyecto... Hoy mismo comienzo a buscar una buena propiedad». De este modo tan sencillo el encargo de san Josemaría dio sus primeros pasos.

También por aquel tiempo, recibimos una notificación de la empresa naviera diciendo que el cargo embarcado en España seis meses antes, estaba a nuestra disposición en la oficina de la aduana en el área portuaria. Como el resto de los residentes de la casa tenía que irse a su trabajo y yo ya estaba repuesto, me lancé a recogerlo con mi precario inglés. Al llegar a la aduana, bien entrada la mañana, me encontré con una multitud esperando a que llegaran los empleados aduaneros. Cuando por fin llegó el que se ocupaba de mis asuntos, delegó en un inspector la comprobación del contenido de las dos grandes cajas, facturadas como efectos personales. En la primera, se topó con ropas, libros y latas de sardinas, botes de aceitunas rellenas y botellines de Jerez que unos amigos andaluces me habían regalado. Al abrir la segunda, aparecieron los objetos de oratorio.

El inspector me remitió a su jefe, que me dijo que tenía que pagar una gran suma de dinero en concepto de impuesto de importación, a lo que contesté que en la embajada filipina de Madrid me habían asegurado que los objetos religiosos estaban exentos de impuestos; él me respondió entonces que, para obtener esa deducción de impuestos, nuestro grupo tenía que estar previamente registrado bajo un cierto Decreto del gobierno en materia religiosa, a lo que contesté que habiendo llegado recientemente a Filipinas y al tratarse de una nueva institución, no podíamos registrarla hasta que

hubiéramos instalado dignamente una capilla con esos objetos. La discusión se había detenido en tablas, hasta que el oficial me preguntó si yo formaba parte de una corporación religiosa. Incapaz de aclarar la situación, sucumbí a la tentación y le dije que sí, consciente de que el Opus Dei no era propiamente tal cosa. Después de una mañana de dificultades lingüísticas, culturales, y administrativas, afortunadamente sucedió que al inspector no le importaban en absoluto las sutilezas canónicas. Nos entregaron gratis nuestras cosas, pero el jefe, que era un bromista simpático, me pidió que le regalara un rosario, y le di el mío. Aplicó su firma a los papeles, recogimos nuestras cosas, las pusimos en el diminuto coche que José usaba, y al llegar a casa... comprobamos que no disponíamos de espacio donde meterlas: necesitábamos una casa más grande.

Rezamos y buscamos infructuosamente hasta que un día vimos una casa de dos pisos en alquiler, vacía y de buen parecer. Llamamos al timbre de la puerta y nadie abrió, hasta que un vecino nos dijo que sus dueños vivían en una propiedad adyacente. Allí nos encontramos con la señora Katigbak, encantada de arrendarla a un precio razonable, sobre todo para sacerdotes. Al visitarla saltamos de gozo porque, sin ser una mansión y aunque le faltaba alguna habitación que parecía necesaria, iba a funcionar mucho mejor que la modesta casita que la generosidad de la familia Villegas nos había ofrecido hasta ese momento.

La nueva sede de Maynilad Cultural Center

Estaba situada en la calle María Y. Orosa, en el distrito de Malate, que durante el periodo de la Commonwealth Americana era un distrito exclusivo y burgués, con casas que se abrían a la calle y con un césped bien cuidado; había sufrido cierto deterioro, pero aún conservaba un tono amable. Aunque no tan cercana del *De La Salle College* como la antigua casa, no resultaba difícil para los estudiantes desplazarse hasta la nueva. Las fachadas principal y posterior daban a dos jardines con césped y plantas tropicales. La casa tenía algunas habitaciones amplias, de las que una podía acoger un oratorio digno y otra una sala de estudio, y cuatro habitaciones más pequeñas, de las que una podía servir como dormitorio y despacho del consiliario y otras dos podían utilizarse para círculos y clases, y podían acomodar a dos o tres personas en camas mueble, convenientemente disfrazadas de día como estanterías.

A los pocos días de alquilar la nueva casa, pero sin habernos trasladado aún a ella porque carecíamos de muebles, recibimos la noticia de que el cardenal Ildebrando Antoniutti, viejo amigo de san Josemaría, había sido designado legado pontificio para las celebraciones del cuarto centenario de la cristianización de Filipinas, y había mostrado el deseo de visitarnos. Su secretario personal era don Julio Atienza, un sacerdote numerario.

Su interés en visitarnos era razonable, aunque nosotros tuviéramos poco que ofrecerle. Concluimos que, con unas sillas de jardín y un servicio de té en

el porche de la nueva casa, podíamos ofrecerle una bienvenida con la que dar una buena impresión. Una tarde estábamos de tertulia en el antiguo centro, cuando don Julio nos anunció que el cardenal quería vernos al día siguiente. Pedimos prestados un sofá, unas sillas de ratán y un servicio de té, y compramos en Dulcinea una docena de pasteles que Inday y Bulilit, las chicas que se encargaban del servicio, prepararon con el té en la cocina. En el momento previsto, de nuevo el coche presidencial acompañado de una gran escolta de motoristas, se detuvo en frente de la casa, llenando de curiosidad a nuestros vecinos. Saludamos a Su Eminencia, lo acompañamos al porche y servimos el té.

Fue una reunión agradable y familiar hasta que el cardenal se levantó y dijo: «Vamos a ver la casa». La primera puerta que abrió era la de una habitación vacía, la segunda la del comedor también sin muebles, donde Inday y Bulilit se llevaron la mano de Su Eminencia a sus frentes con un gentil gesto filipino de respeto, conocido como el *mano po.* Comprendió el cardenal la situación y no mostró interés en visitar más habitaciones vacías, aunque pareció conmoverse con nuestra pobreza de comienzos y con el afecto de las sencillas chicas del país.

Para amueblar nuestra nueva casa adquirimos algunas piezas de segunda mano en subastas organizadas en los garajes de sus casas por los americanos que abandonaban el país, y electrodomésticos también de segunda mano comprados en las bases americanas. El resto lo hicimos fabricar en la carpintería del colegio salesiano en Mandaluyong y, con la ayuda de Andoy, el fiel carpintero de la señora Villegas, transformamos el garaje en vivienda de la futura Administración: así se denomina a la zona que utilizan las mujeres de la Obra, con una total separación con los varones, para atender los servicios domésticos. Y estábamos felices.

Tan pronto como recibimos los objetos del oratorio comenzamos su instalación en la mejor habitación de la casa. Mejoramos el altar del primer centro y utilizamos como retablo la pintura de la Inmaculada Concepción que me habían regalado en Sevilla. Había espacio suficiente para quince personas. La verdad es que quedó muy bien. Invitaba a rezar porque estaba instalado con amor. Como en los meses anteriores habíamos sufrido varios robos, en los que los rateros se llevaban lo poco que encontraban, antes de poner el oratorio tomamos la precaución de instalar un primitivo sistema de alarma que, gracias a Dios, dio resultado.

Con el nuevo edificio existía ya la posibilidad de comenzar una labor de finalidad apostólica y naturaleza cultural, que nos permitiera fomentar la llamada que el Señor dirige al cristiano corriente a santificar su trabajo ordinario y su vida familiar, buscando su unión con Él y la perfección humana en las actividades de la vida diaria. Necesitábamos chicos que pidieran la admisión como numerarios y sirvieran de soporte y fundamento de las demás actividades apostólicas, y para ello la prioridad era la formación espiritual y humana de los estudiantes universitarios. Con este propósito optamos por

transformar nuestra casa en un centro cultural que ofreciera, con tono familiar, no sólo actividades de formación cristiana sino también otras de formación académica y cultural. La nueva casa pronto se llenó de caras jóvenes: Próspero, Chito, Jimmy, Mario, y otros muchos que recordamos con afecto.

En aquellos meses varios recibieron la vocación, además de Peter, que había pedido la admisión en los últimos meses en la casa de la calle C. Ayala. El 2 de octubre de 1966 lo hizo Fernand Cruz, buen estudiante de artes liberales y excelente pianista, hoy sacerdote numerario, y al día siguiente Víctor Abola, un contable cualificado y hoy un respetado economista y profesor universitario. Les siguieron Luis Uson, que unos años más tarde se hizo cargo de una empresa editorial dedicada a libros de formación cristiana, entre ellos las obras de san Josemaría, y Rolando Santo Domingo, al que el Señor se llevó al cielo en Barcelona unas semanas después de su ordenación sacerdotal, en un accidente de automóvil.

Rudy Ocol, nuestro primer supernumerario joven, apenas terminada su carrera de ingeniero se casó con Vigi y emigró a Canadá. Allí, en su casa en los alrededores de Toronto, se formó un club de chicos y se organizaron círculos y clases doctrinales. Hoy, con su *tribu* de nietos, es un testimonio viviente de los comienzos del Opus Dei en el país.

A pesar de las limitaciones de espacio y de personas, en los años iniciales del nuevo *Maynilad Cultural Center*, se iniciaron un buen número de actividades de calidad. Entre ellas, un Día de las Artes del Sudeste Asiático, sesiones de cineclub y una exposición de pintura que exhibió obras de jóvenes en una época en la que aún eran promesas y más tarde serían artistas importantes. También se organizaron sesiones de técnicas de estudio, cursos de liderazgo, conferencias y seminarios de temas económicos, uno de ellos dedicado a profesionales de la prensa económica, etc. No faltaron excursiones a la montaña y a la playa, que ayudaron a nuestros domesticados estudiantes urbanos a descubrir los maravillosos paisajes del país. Estas actividades contribuyeron a recuperar muchos amigos del viejo *Maynilad*, a conocer a nuevos estudiantes y a engrosar el número de participantes en los círculos, las meditaciones semanales, los retiros y, en general, la labor de formación espiritual y humana.

Poco después de ocupar el nuevo *Maynilad Cultural Center*, san Josemaría nos pidió que buscáramos una casa para las mujeres de la Obra, que pronto vendrían a trabajar en Filipinas. Los sacerdotes intentamos encontrar una casa amplia, agradable y suficientemente próxima a *Maynilad,* para facilitar su atención sacerdotal y el trabajo de administrar el centro de varones. La señora Katigbak nos mencionó que una hermana suya tenía en la Calle León Guinto una buena casa que había puesto en venta; los sacerdotes la visitamos y quedamos encantados, hicimos un apunte a mano de la casa y tomamos fotografías, que pudo ver san Josemaría: se alegró de que fuera bonita y de que estuviera protegida por robustas rejas de los posibles rateros

de los que le habíamos descrito en alguna ocasión.

Alguien nos informó que la decana del Departamento de Castellano de la Universidad de Filipinas, Miss Buenaventura, había conocido la Obra en el transcurso de un viaje a los Estados Unidos en el que cayó enferma y tuvo que ser hospitalizada. Sola y en un entorno extraño, recibió la visita afectuosa de unas mujeres de la Obra, y se encariñó con ellas. Nos llegó no sé cómo la noticia, y fuimos a visitarla en su bungaló en el campus de la Universidad de Filipinas. De fundación estatal en la época de la Commonwealth americana, la Universidad tuvo siempre un espíritu liberal, y ella, con un grupo de cristianos comprometidos, mantuvo con firmeza y claridad el testimonio de su visión cristiana. La sala de estar de su casita, abierta a la vegetación tropical y protegida de los insectos por tela mosquitera, estaba presidida por una imagen del Sagrado Corazón de Jesús de tamaño natural, y en su interior merodeaban los gatos que le hacían compañía; presintiendo que un día tendría que ceder la batuta, nos presentó a una compañera de claustro, la señorita Lina Antonio, de la que nos dijo que era «pequeña pero valiente». La Universidad de Filipinas ha sido un manantial de vocaciones para la Obra y varios miembros de su claustro de profesores son hoy miembros del Opus Dei.

Mientras don José Morales dedicaba su esfuerzo a estudiantes universitarios, yo, que aún no estaba listo para predicar en inglés, comencé a trabajar con profesionales de habla castellana, ahora que la nueva sede ofrecía un mínimo de capacidad y buena presencia. Pío Vergés, director en Manila de la Compañía de Tabacos de Filipinas, presentado por Luis Valls, fue uno de los amigos de la primera hora. Había tenido algún contacto en los comienzos de la labor del Opus Dei en Barcelona, en el apartamento de la calle Balmes. José Rivera conectó con él y Pío se sintió feliz de encontrarse de nuevo con la Obra; nos hicimos muy amigos, con una amistad honda que duró hasta su muerte. En su casa conocí a Sebastián Irusta y a Carlos Arbide, ambos ingenieros, y como ya contábamos con la amistad de los Ramones, Faustman y Cuervo, pensamos en organizar un retiro mensual en castellano. Fueron ellos quienes invitaron a otras personas de seria vida cristiana y ascendencia social, entre otros los señores Ortigas, Ortoll, Cabarrús, Olives y Berenguer. Nos fue fácil llenar el pequeño oratorio, y varios de ellos, incluido Pío, contribuyeron con generosidad a poner en marcha diversas labores.

Un curso de retiro de estudiantes

En octubre o noviembre organizamos por primera vez un curso de retiro para los chicos que asistían a los medios de formación. Lo iba a predicar don José Morales, pero la víspera por la mañana se sintió incapaz de levantarse de su cama plegable. Pedimos ayuda a un amigo y nos envió al doctor Fernández, un viejo médico español. Tan pronto como oyó decir al sacerdote, tendido en su cama plegable, que debía padecer insolación, el buen doctor le respondió

que sería el primero en sufrir insolación en Filipinas. La humedad aquí es tan alta que absorbe los rayos ultravioletas, explicó; y luego sentenció: «Este Padre no bebe, este Padre no bebe». Su problema era de deshidratación. Tuvo que guardar cama, y me tocó a mí predicar mi primer retiro en inglés...

Tuvimos el retiro en la propiedad de unos parientes de Bernie llamada "Casa Montaña", en el pueblo de Tagaytay. A unos cuarenta kilómetros de Manila, las laderas cubiertas de mangos y cocoteros y plantaciones de piña se empinan hasta los 700 metros de altitud. En la cima, los ojos se abren a un inmenso cráter volcánico de unos treinta kilómetros de diámetro transformado en el lago Taal, del que surgió un nuevo volcán que creó una pequeña isla en la que se abren nuevos cráteres: el panorama es majestuoso.

La casa no ofrecía demasiadas facilidades, pero el lugar era fresco, estaba rodeado de árboles, y bañado por la brisa del Pacífico. Para las meditaciones y acciones litúrgicas pedimos permiso para utilizar una pequeña capilla rural a unos pocos centenares de metros de la casa. Teníamos las charlas y conversaciones personales, con sabor evangélico, sentados sobre la hierba de un prado cercano. Fue allí donde dije lo del mono. El grupo de unos trece componentes respondió con generosidad a la gracia de Dios y varios de ellos pidieron más tarde la admisión en el Opus Dei.

Casi al mismo tiempo organizamos en Baguio City, la capital de verano del Gobierno, un curso de retiro para profesionales de habla castellana. A unos 250 kilómetros al norte de Manila se asienta en una plataforma de montaña poblada de pinares que disfruta de una permanente temperatura primaveral. Sebastián Irusta solicitó de don Manuel Elizalde, el presidente de la Compañía de la que era el ingeniero jefe, el uso de sus casas de descanso. Ocupaban un jardín de unos 6000 metros cuadrados poblado de pinos y magnolios en flor, desde el que se contemplaba la ciudad a vista de pájaro. Las viviendas eran de estilo colonial americano, bien equipadas, y sus habitaciones estaban caldeadas por chimeneas alimentadas por aromática madera resinosa. Vergés, Cuervo, Irusta, Faustman y alguno más rezaron y disfrutaron de aquel regalo del Señor.

Fr. Joe Cremades

Don José Morales fue reclamado por la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra y sustituido como consiliario en diciembre de 1965 por don José Cremades, que venía de los Estados Unidos donde, como era costumbre, había sufrido una metamorfosis y era ahora, y lo sería hasta su muerte, "Fr. Joe". Le había conocido en Barcelona a su paso hacia el Colegio Romano de la Santa Cruz al comienzo de los años cincuenta. Había nacido y se había criado en Jijona, una pequeña villa alicantina que abastece de turrón —dulce de almendras, clara de huevo y miel de abejas—, sin el que resulta concebible celebrar la Navidad en cualquier hogar español. Más aún, Fr. Joe

pertenecía a la familia que producía el famoso turrón marca "El Almendro" que, en su modesta e *imparcial* opinión, era el mejor de todos.

En sus años de estudiante universitario en Valencia se alojó en la residencia universitaria de Samaniego, una labor del Opus Dei, donde pidió la admisión como numerario en mayo de 1950. En los años siguientes pasó por Zaragoza, Roma, Oviedo y Madrid entre estudios y doctorados en Derecho Civil y Canónico, y se ordenó sacerdote el 8 de agosto de 1959. Después de su ordenación, se embarcó en un petrolero que le llevó a Norteamérica, donde vivió cinco o seis años, aprendió inglés con acento yanqui, y después de un breve tiempo en Boston echó una mano a la incipiente labor apostólica en Madison, iniciada poco tiempo antes por don José Luis Múzquiz. Tres numerarios vivían en un enorme caserón, temporalmente cedido por el obispo del lugar, rodeado por una extensa vecindad de afroamericanos. Hacían casi todas las comidas en McDonald's, excepto los días de fiesta, que se iban a celebrarla a un restaurante de verdad. Al cabo de unos meses se trasladó a Chicago, y allí trabajaba en la Comisión regional[1] de la Obra en Estados Unidos cuando, a sus 34 años, san Josemaría le pidió que se trasladara a Filipinas.

Tanto por su celo y experiencia de gobierno como por su correcto inglés, su presencia entre nosotros representó un considerable refuerzo para la labor de apostolado en marcha. Bernie y Jess movilizaron a sus amigos, y en una tarde de diciembre tuvimos, con poco éxito, el primer retiro en inglés para profesionales. Plácido Mapa estaba en Washington representando al país en el Banco Mundial, y León González tenía clases de tarde, así que tuvimos un solo asistente, un conocido economista llamado Armand Fabella, que se despidió después de la primera meditación. Estábamos a punto de cancelar el resto cuando se presentó el arquitecto Francis Arcenas, cuñado de Bernie: pensó Fr. Joe que lo adecuado era emplear un tono de voz intimista, ya que en el oratorio había solo tres personas. Y al final del retiro le preguntó a Francis si le había gustado, a lo que respondió que apenas había entendido nada, porque estaba más bien sordo. Pero esa circunstancia no fue obstáculo para que descubriera poco después su vocación como supernumerario. Muy fiel y ya mayor, debe tener muy claro que la gracia de Dios actúa de modos insospechados.

La distribución de la casa necesitaba algunos ajustes y la señora Villegas nos envió a su carpintero, Mang Andoy, el mismo que había construido la casita de la Calle Ayala. Andoy era serio, ordenado, y eficaz, y se trajo como ayudante a un carpintero de Cebú llamado Jesús, que tenía un simpático sentido del humor. Un buen día José le preguntó si era católico, a lo que respondió que 'por supuesto', y le contó que en varias ocasiones algunos miembros de una secta local le habían invitado a que se les uniera, pero les contestó que no podía cambiar porque ya era… 'redentorista'. Lo que quería dejar claro es que todos los miércoles iba a rezar a nuestra Señora en la iglesia del Perpetuo Socorro en el distrito manileño de Baclaran, donde los buenos

sacerdotes redentoristas del Divino Redentor, y sobre todo Nuestra Señora misma, hacían una formidable labor pastoral.

Inolvidables días romanos

Quiso la providencia que la operación de apendicitis me impidiera asistir a la mencionada convivencia especial en Roma, pero el Padre dispuso que en su lugar acudiera a otra organizada para consiliarios en las primeras semanas de enero de 1966. Días antes tuve que cumplir un encargo en Japón, al que hago referencia tan solo porque allí pillé un buen resfriado, y don Fernando Acaso tuvo que acompañarme a comprar un abrigo ligero, el único del que dispusimos durante años los que vivíamos en Filipinas.

Mi viaje a Roma fue una oportunidad de vivir junto a san Josemaría, más fructífera e intensa que ninguna otra previa o posterior. Una experiencia única, en la que el Padre abrió su corazón a sus hijos mayores en los que depositaba su confianza. No recuerdo la duración exacta de la convivencia, calculo que sobrepasó las dos semanas.

Muchos de aquellos consiliarios, a los que conocía bien y quería mucho, disfrutan ya en el cielo con san Josemaría, el beato Álvaro y don Javier. Dejo constancia de algunos de sus nombres, según vienen a mi memoria: José Ramón Madurga, Álvaro Calleja, Sito Par, Rafa Ramis, Alberto Raventós, Marcelino Díaz de San Pedro, Guillermo Magro, Luis Antonio Gorostiza, Alberto Taboada, Roberto Lozano, Rafa Fiol, Vicente Pazos, Emilio Bonell, Florencio Sánchez Bella, Cormac Burke, Nuno Guirao, Luigi Tirelli, Javier González, Quico Planell y Dick Stork. Cuento veintidós y pido perdón por mis posibles omisiones o excesos de memoria. Con algunos de ellos me he vuelto a encontrar, de otros no sé mucho; quizás yo, que era un intruso, sea uno de los últimos supervivientes. Veo en aquellos días una anticipación de la exclamación que años más tarde salió del corazón y de la boca de san Josemaría: «Ahora la Obra está ya en vuestras manos». El Padre nos cubrió de afecto, puso el acento en lo esencial, nos alertó de los nubarrones que se cernían sobre la Iglesia, de los lobos voraces, y nos ofreció un maravilloso ejemplo de cómo unir el brazo fuerte de un padre con el corazón tierno de una madre: «Tendréis que dar mucha cuenta a Dios de lo que habéis vivido en estos días».

El espíritu de la Navidad llenaba las calles y las plazas romanas, y lo mismo sucedía en Villa Tevere, el conjunto de casas que alberga la sede central de la Obra. Decoraciones de buen gusto y escenas navideñas ocupaban rincones de las diferentes casas y en el *soggiorno della Casa del Vicolo,* una gran sala de estar, un bellísimo *presepio* romano nos hizo compañía en los días iniciales de la convivencia.

En su deseo de alegrarnos la vida, indicó san Josemaría que, de acuerdo con la costumbre italiana, la *Befana* nos trajera regalos bien pensados, aunque

sabía que en varios de nuestros países de origen los habíamos recibido ya el día de Navidad; quiso que todo, decoraciones, música y comida fueran muy romanos y a la vez muy universales, recordándonos que de vuelta a nuestros respectivos países todo debía ser igualmente muy local, sin que disminuyera un ápice el espíritu católico.

Un día de aquellos nos encontrábamos reunidos después del almuerzo en la sala de estar cuando san Josemaría le sugirió a don Javier que pidiera a la Administración unas tazas de café y unas copas de coñac. Aplaudimos con aire divertido, y san Josemaría comentó: «Todos vosotros hubierais podido ser personas de relieve en la vida social de vuestros países si el Señor no os hubiera pedido que lo dejarais todo y le dedicarais vuestras vidas; y ahora, estáis todos tan contentos porque vuestro Padre os ofrece una copa de coñac»; ese fue el tono sobrenatural y humano de aquellos días inolvidables.

En otra ocasión pidió a don Javier que pusiera en el tocadiscos la canción *Aprite le finestre,* ganadora años atrás del Festival de San Remo. El mensaje de la canción invitaba a abrir las ventanas de la habitación porque era ya "la primavera del amor". Le escuchamos emocionados al oírle que había dado instrucciones de que, si fuera posible, pusieran esa canción en el tocadiscos cuando estuviera en su lecho de muerte.

El Padre mostró especial afecto por Fr. Cormac, que venía de Nairobi. Al saludarle, observó algo especial en su mirada y, sin hacer comentario alguno, le invitó a almorzar con él y con el beato Álvaro en el pequeño comedor adyacente al del Consejo general donde ambos hacían de ordinario su frugal comida según su prescripción médica. Apenas terminaron, san Josemaría hizo llamar a la numeraria auxiliar que había servido la mesa y le preguntó: «¿Cómo ves a Fr. Cormac?»; a lo que ella respondió: «Padre, tiene los ojos saltones». San Josemaría, que otorgaba crédito total al sentido común de su hija, quería confirmar su propia observación; Fr. Cormac debía haber contraído alguna enfermedad tropical.

Horas más tarde le llamó para decirle que habían adquirido a su nombre un billete de avión para Madrid, donde le recogerían para llevarlo a la Clínica Universitaria de Navarra «donde te pondrán bien, y luego puedes venirte a Roma y quedarte conmigo todo el tiempo que quieras».

Manifestó su preocupación por nuestra falta de comodidad, diciéndonos que en Villa Tevere estábamos subarrendados, si bien la mayoría de nosotros nos encontrábamos allí mucho más a gusto que en nuestras propias casas. Nos comentó que los estudiantes del Colegio Romano no disfrutaban de las condiciones deseables para un período formativo, dormían en literas, carecían de bibliotecas e instalaciones deportivas y casi de espacio para estirar las piernas. Soñaba con construir en los alrededores de la Ciudad Eterna un conjunto de edificios que sirviera de sede al Colegio Romano, con el aspecto de un *pueblecito* italiano, con casas de dos pisos, patios, plazuelas, fuentes, jardines y campos de deporte: era una urgencia paternal que le comía el alma, y que se hizo realidad diez años más tarde gracias a sus heroicos esfuerzos, a

los del beato Álvaro y a la colaboración de todos los de la Obra.

Apostolado

En una tertulia en la que cada uno contaba anécdotas del apostolado en su país, san Josemaría callaba y escuchaba en oración; se puso luego en pie y comentó en voz alta: «A veces me decís: Padre, en nuestro país los chicos no muestran interés en adquirir formación y no vienen; y yo os digo que, si ellos no vienen, vayáis vosotros donde estén ellos».

El eje en torno al que giraron aquellos inolvidables días fue su largo comentario de una carta suya, epístola más que carta, titulada *Videns eos* [2]. A lo largo de muchas horas nos abrió su alma, nos hizo ver la triste situación en la que se encontraba la Iglesia durante el postconcilio, el persistente malentendido de la genuina secularidad que el Señor quería para su Obra, y la necesidad de fidelidad en aquellos tiempos de prueba: todo fue sólido, profundo, poderoso y preciso, en ocasiones cargado de emoción, y siempre mostrando una exquisita caridad hacia las personas.

Quiso además concelebrar la santa Misa con todos los consiliarios, además de con los sacerdotes del Consejo General; el inesperado anuncio nos llenó de gozo, y en especial a mí, el más indigno de aquel trato, presente allí tan solo por una apendicitis; como decía san Pablo, “un abortivo”; cada día concelebramos ocho sacerdotes, presididos por el Padre, como un testimonio vivo de la unidad del Opus Dei en torno a la Eucaristía y a la cabeza visible de la Obra.

[1] La Prelatura se distribuye en áreas o territorios llamados regiones. Al frente de cada región —cuyo ámbito puede o no coincidir con un país— hay un vicario regional, con sus consejos: Asesoría regional para las mujeres y Comisión regional para los hombres.

[2] El *Istituto Storico San Josemaría Escrivá* y Ediciones Rialp han publicado recientemente esta carta, tanto en rústica —de bolsillo—, como en una edición crítica y anotada, preparada por Luis Cano, 2020, *Cartas (I)*.

4.
PRIMEROS TIEMPOS DE FR. JOE CREMADES

APOSTOLADO CON UNIVERSITARIOS

Después de aquellos inolvidables días, regresé a Manila a reanudar la labor apostólica. El curso de retiro del diciembre anterior había servido de punto de partida de la labor apostólica con universitarios en el nuevo *Maynilad Study Center*. La casa estaba de ordinario llena de gente joven dedicada a estudiar y a participar en actividades formativas, o comprometidos en los programas e iniciativas de Bernie y Jess. Formaban un grupo de buenos amigos con formación religiosa y con piedad, si bien no era fácil discernir si poseían o no la capacidad de entrega para recibir la vocación al Opus Dei: de hecho, tres o cuatro que pidieron la admisión no perseveraron, como si se repitiera la historia vivida por san Josemaría en los comienzos.

El primero que perseveró fue Pete Dimaculangan, estudiante de la Universidad de Santo Tomás. Procedente de provincias, de clase media, piadoso, serio en el cumplimiento de sus deberes y entrenado a vivir una vida sobria, Pete estudiaba contabilidad y tenía el sentido del humor típico de un buen filipino. Era oriundo de Lucban, un pueblo fundado por los franciscanos en las laderas altas del volcán Banahaw. Es una villa célebre por su festival de la cosecha en la fiesta de san Isidro Labrador, en el que las fachadas de las casas por las que pasa la procesión del santo se adornan con tapices de colores hechos de arroz, frutas y verduras, y en la que los carabaos —raza de búfalos domésticos filipinos— se arrodillan al paso de la imagen. Su madre, residente en Manila, apoyaba sin reservas su vocación, y sus tías maternas de Lucban, viudas o solteras, se sentían orgullosas de él. José Rivera y yo fuimos con él una tarde de domingo a darnos un paseo por el césped que rodea un embalse que abastece de agua a la ciudad, *La Mesa Dam,* y acabamos en un chiringuito tomándonos una Coca-Cola. Una vez instalados, Peter sacó del bolsillo unas monedas, las introdujo en la ranura de una caja de música y comenzó a morderse los labios y menear las caderas al ritmo de la música, con profunda

sorpresa de José.

Una convivencia en San José, Mindoro

Al final del curso escolar 1965-1966 planeamos por primera vez un curso de verano, y pedimos ayuda a Pío Vergés, que se sintió encantado en ofrecernos varias posibilidades, aunque pensaba que la mejor era una propiedad de la Compañía de Tabacos de la que era gerente, situada en el término de San José, un pueblo de la Isla de Mindoro. Un lugar que, según él, encantaba a sus hijos.

La isla de Mindoro es grande, montañosa y poco poblada, y en ella sobrevive una minoría étnica de recogedores de lo que el bosque ofrece. La casa que ponía a nuestra disposición estaba rodeada de 600 hectáreas de balsas dedicadas a la concentración de sal, y situada sobre una duna abierta a muchos kilómetros de playa de arena blanca absolutamente vacía. Dentro del mar, abundaban los campos coralinos; por otra parte, las balsas de agua de mar de alta concentración salina impedían cualquier vegetación en muchos kilómetros a la redonda.

Para completar la concentración del jarabe salino, existía una planta de destilación al vacío manejada por un reducido número de operarios que trabajaba día y noche, y generaba una característica música de fondo. El producto acabado se almacenaba en un enorme silo de paredes inclinadas, alimentado en su cúspide por una cinta trasportadora que servía también para mover la sal a un pantalán proyectado sobre el azul del mar, en el que anclaban los barcos japoneses que se la llevaban a su país.

Nuestra vivienda era una casa de madera sin pintar, con tejado de hierro galvanizado y sin otros paramentos que paneles de tela metálica que nos protegían de los feroces mosquitos. Mirando hacia la tierra firme, las balsas de salitre asemejaban un paisaje lunar, y como telón de fondo se alzaban unas poderosas montañas azuladas cubiertas de jungla.

Comíamos cada día deliciosos pescados acompañados de arroz blanco y nada más, y por la noche, atraídos por la luz de la casa que se filtraba a través de la malla metálica, millares de ranas y sapos saltaban contra ella como los pájaros de la famosa película de Hitchcock. En los alrededores se ocultaban serpientes y ratas grandes como gatos, una de las cuales se comió una parte de una carta de san Josemaría que habíamos traído con nosotros para comentar.

Aparte de las peculiaridades de la fauna local, que nos resultaban más divertidas que ninguna otra cosa, el lugar transmitía paz y pobreza de espíritu, tal vez también porque nuestro único contacto con el resto del mundo era un avión de hélice que aterrizaba en la pista de tierra batida del aeropuerto de San José una vez al día, lugar de pasto de carabaos el resto del tiempo. El espacio para los pasajeros en el aeropuerto consistía en un banco de madera cubierto por una tejavana, como el de las paradas de autobús.

Aparte de los libros y los objetos litúrgicos necesarios para celebrar Misa, trajimos un par de ventiladores eléctricos que Pío nos había recomendado llevar. Nadie mostró extrañeza por ello. También hay que decir que compartimos el viaje con un pasajero que, entre su equipaje de mano, llevaba un par de gallinas vivas.

Los participantes en el curso éramos cinco. Bernie se retrasó un par de días debido a sus obligaciones académicas. Lo recogí en el aeropuerto con el jeep de la Compañía de Tabacos, pero tuve que esperar un buen rato bajo la tejavana que servía de sala de espera: sentado a su sombra estaba también el arzobispo de Jaro, monseñor Cuenco, en tránsito a Manila. Me habló con afecto de la Obra en perfecto castellano, y me mostró su cruz pectoral adquirida en los Talleres de Arte Granda.

Casi todos los días íbamos a zambullirnos en el bello banco coralino, pero en ocasiones caminamos hasta Adela, donde exploramos los restos de un abandonado trapiche —una rudimentaria central azucarera— adosado a las ruinas románticas de una antigua hacienda.

En varias ocasiones nos visitó el padre Schmidt, un misionero alemán del Verbo Divino, que en la segunda guerra mundial había sido piloto de aviación; un sacerdote de gran corazón, que por aquellos días misionaba a un pequeño grupo de nativos perdidos en la jungla. En una ocasión nos recogió con su todoterreno y, después de unos treinta kilómetros por caminos de tierra, enfilamos la ruta hacia el poderoso Monte Halcón, por el lecho de un río, hasta un vado llamado Batuili; a ambos lados se alzaban montañas arropadas por un manto impenetrable de jungla tropical. Luego caminamos, cuesta arriba, hasta el lugar donde una catequista enseñaba catecismo en su dialecto a un grupo de personas de la etnia Mangyan.

Por consejo del padre Schmidt les llevamos unos sacos de sal que necesitaban para mantener la presión osmótica afectada por el sudor, y ropa usada, que apreciaban como defensa de las picaduras y espinas de la selva; correspondieron con trozos de bambú con signos escritos en un lenguaje propio, y pequeños violines de fibras tropicales que tocaban con destreza; cantaron el Padrenuestro en su lengua, pidieron la bendición del padre Schmidt e insistieron en que debíamos volver. Salimos de la jungla habiendo descubierto un rincón escondido del mundo en busca de Redención y abierto a la Gracia.

La propiedad soñada

Aunque no teníamos un peso, san Josemaría nos había pedido que pusiéramos en marcha un centro de conferencias y retiros. Confiados en el poder de su oración y de la nuestra, con la información que Ramón Cuervo nos iba ofreciendo, salíamos los fines de semana en nuestro Volkswagen en busca de la propiedad soñada. Ciertamente, nos preguntábamos qué sucedería si

encontrábamos un emplazamiento óptimo, pero confiábamos en que la providencia nos ofreciera una solución.

Visitamos en el pueblo de Novaliches la antigua residencia del difunto presidente Quirino, una villa agradable, pero pequeña y sin terreno suficiente; más hacia el sur, en Holiday Hills, descubrimos un amable valle rodeado de colinas verdes, pero ocupado por una extensa granja avícola. Los altos de Tagaytay eran frescos y tenían magníficas vistas, pero los que los conocían bien nos advirtieron que el agua potable era escasa, y el lugar inseguro.

En un largo viaje hasta el fondo de la provincia de Batangas, al sur de Manila, nos cruzamos con una colina plantada de mandarinas y limoncillos, que parecía ofrecer una bella posibilidad. Quedaba a una distancia razonable de la capital, sus vistas sobre el Volcán Makiling y la Laguna de Bay eran espléndidas, y se hacía sentir una agradable brisa. Ramón investigó y comprobó que la propiedad no estaba en venta, y varios vecinos de la zona mostraron preocupación por la seguridad del sitio, pues allí había sido secuestrada doña Aurora Quezon, la esposa del primer presidente de la Commonwealth; el lugar estaba en la ruta de los contrabandistas de cigarrillos americanos. Había que seguir buscando.

Un buen amigo me dijo que su suegro, don Manuel Elizalde, un magnate de origen navarro, poseía una extensa área cubierta de bosque en Alabang, en las proximidades de Manila; le visité y le expliqué el proyecto, pero me contestó que él nunca había puesto su pie en ella, que estaba en manos de sus socios. Ramón se entrevistó más tarde con el alcalde de Baras, un pueblo de la orilla oriental de la Laguna de Bay, bien dispuesto a donar una parcela para nuestro centro de conferencias; el lugar era idílico, con arrozales que descendían gentilmente desde las colinas de la Sierra Madre hasta las aguas de la Laguna. Los dos sacerdotes acompañamos a Ramón a visitar al alcalde que, visiblemente satisfecho, nos llevó a la embarrada orilla de la Laguna asegurándonos que estaba dispuesto a permitirnos rellenar unas hectáreas ganadas al mar. Nos quedamos sorprendidos por su oferta, que no nos interesaba en absoluto. Nos llevó luego a una casa del pueblo donde se celebraba algo que nunca supimos lo que era, el bautizo, quizás, de algún infante de una familia principal: los invitados iban y venían, comían y bebían, charlaban animadamente y se reían, y nosotros seguimos la corriente hasta que se nos acercó un caballero sonriente, posiblemente el dueño de la casa. Después de saludarnos efusivamente, nos preguntó si veníamos del Vaticano. Tratando de controlar la risa, Fr. Joe respondió que de alguna manera veníamos de Roma, pero que ahora residíamos en Manila.

Otro fin de semana viajamos hasta Cuenca, un pueblo con carácter, que reposaba al pie del volcán Maculot, en un bello paisaje, pero excesivamente lejos de Manila. Precisamente al final de aquel viaje interminable surgió la idea de poner en marcha un centro de investigación y publicaciones económicas, el *Center for Research and Communication* (CRC), del que hablaré más adelante. Seguíamos rezando y soñando, en busca de un terreno

para nuestra casa de retiros y diseñando un proyecto realizable de labor corporativa; y, mientras tanto, crecía día a día en extensión y madurez la labor apostólica con estudiantes y con profesionales.

Callado crecimiento del trabajo apostólico

Y mientras realizábamos esas infructuosas búsquedas de un terreno para una casa de convivencias y retiros, no dejábamos de conocer gente y de asombrarnos de su generosidad. Hacia final de 1965, Fr. Joe, casi recién llegado, tuvo sus contactos iniciales con Javier Calero y Jake Kliatchko, enviados por un sacerdote de la Congregación de los Oblatos de la Virgen María, el Padre Horgan, un irlandés con una hermana del Opus Dei. Javier y Jake tenían muchos amigos, la mayoría de ellos expertos en técnicas de mercado y publicidad. Habían sido entrenados en compañías multinacionales, y eran graduados jóvenes, ya casados, listos y con personalidad abierta: en concreto, Javier tenía fama de haber sido un estudiante travieso y dotado de un notable sentido del humor. Era ya un destacado profesional en el campo de la publicidad, y padre de varias hijas. Puso en contacto con Fr. Joe a un buen número de amigos y colegas, Manoling de León, Tony Mercado, Ramón Caballero y Héctor Bringas, entre otros. Todos ellos dejaron una huella en las vidas de sus amigos, y fueron un ejemplo vivo de la eficacia del apostolado de amistad, tan dentro del corazón de san Josemaría. Otros supernumerarios de aquella primera hora fueron Francis Arcenas, el ya citado arquitecto duro de oído, Tony Ozaeta y Joe Romero; y hacia la mitad de 1968 pudimos ya tener una primera convivencia de supernumerarios.

Por entonces conocimos también a José Antonio Ortoll, un leal cooperador, nacido en la familia de los antiguos propietarios de la finca donde hoy se asienta el centro de convivencias y retiros Castelldaura, próximo a Barcelona. En un rincón del extenso jardín de su casa, José Antonio instaló un taller de ebanistería en el que disfrutaba fabricando muebles de estilo de gran calidad, destinados a una selecta clientela, fruto de su buen gusto y esmerada educación. Colaboraba con él unas horas a la semana un arquitecto, Romeo Parás al que, siendo todavía un muchacho huérfano, listo y bien dispuesto, había financiado sus estudios de bachillerato y arquitectura, y que por ello le estaba agradecido; era él quién diseñaba partes de mobiliario, detalles y tallas decorativas a tamaño natural, que servían de guía a carpinteros y tallistas; tenía, además, a su disposición una buena librería de mobiliario clásico, y había adquirido un perfecto conocimiento de los distintos estilos; sin duda era difícil encontrar otro como él en el país: José Antonio y Romeo fueron para nosotros una providencial ayuda en la instalación de los oratorios que pronto brotarían como hongos.

Después de dos años de trabajar la tierra, el apostolado con universitarios había comenzado a producir frutos. Nunca daremos gracias suficientes al

Señor por la magnífica cosecha primeriza, que sirvió de sólido cimiento al posterior crecimiento de la Obra. Después de Peter Dimaculangan vino Fernand Cruz, oriundo de Lumban, provincia de Rizal, en la costa oriental de la Laguna de Bay. Era hijo único. Su madre era maestra y su padre empleado en el Banco Central. En la sala de estar de su casa tenían un piano que fomentó el talento natural de Fernand, que llegó a convertirse en un excelente pianista; que el Señor diera la vocación a su hijo único fue para ellos un sacrificio y una fuente de alegría, porque todos nosotros nos habíamos convertido ya en sus hijos.

Víctor Abola, que vino después, trabajaba en una compañía de contables, convencido de que era el mejor entrenamiento para familiarizarse con la administración de empresas; su padre era profesor de Derecho en la Universidad de Santo Tomás. Los hijos varones de la familia Abola, que eran muchos, eran grandes deportistas, de los que no permiten que nadie les gane. Ese espíritu deportivo se manifestó no solo en Víctor sino también en Caloy, el más joven del clan y ahora sacerdote numerario de la Obra. Vino luego Marciano Guzmán Malvar, pariente de Bernie, a través de un común antepasado. Nació, como Bernie, en Santo Tomás, en la provincia de Batangas. Era escritor por vocación, y había publicado libros de poesías antes de recibir la vocación al Opus Dei. Años más tarde, ordenado sacerdote, publicó un Catecismo de la Doctrina Cristiana de uso nacional, obra maestra por su precisión y sencillez; también se nos marchó al cielo hace ya años.

Algo más tarde llegó Rolando Santo Domingo, natural de la provincia de Cavite, que hablaba el dialecto chabacano, mezcla de términos españoles cogidos a oído y sintaxis tagala, nacido en el arsenal militar donde antaño se construyeron los galeones de la ruta de Manila a Acapulco. Tenía el rostro picado de viruela y un singular sentido del humor, y era muy popular entre sus compañeros de clase. Pidió más tarde la admisión Oliver Rojales, al que llamábamos Obay, contable también, que poseía un inmenso espíritu de servicio y era incapaz de controlarse cuando se le ocurría un ripio o un juego de palabras, que hacían las delicias de los oyentes. Sufrió las secuelas de una penosa enfermedad que dificultaba su movilidad, pero que nunca alteró su buen humor; y, por fin, Minch, hoy conocido como Fr. Minch Fabio, tranquilo, cariñoso y lleno de sentido común; fue, como su padre, un apasionado por la educación; y luego llegaron varias vocaciones más.

Por aquel entonces recibimos una carta de san Josemaría en la que nos decía que «el fenómeno pastoral del Opus Dei debía hacerse con la sangre y el dinero del país». Nos animaba a que formáramos bien a las nuevas vocaciones, y a su tiempo enviáramos al Colegio Romano a los que estuvieran mejor preparados: «aquí, se formarán bien a mi lado»; así lo hicimos, y gracias a ellos contamos pronto con un plantel de sacerdotes numerarios maduros haciendo el Opus Dei no solo en el país sino también en varios países circundantes.

5.
EL *CENTER FOR RESEARCH AND COMUNICATION* (CRC)

A COMIENZOS DE 1967, Fr. Joe, Bernie, Jess y yo, en un viaje que acabo de mencionar en busca del lugar donde edificar el centro de conferencias y retiros que nos pedía san Josemaría, llegamos hasta el pueblo de Alitagtag, en la provincia de Batangas. A la vuelta comenzamos a intercambiar ideas sobre la que pudiera ser una futura labor corporativa, capaz de proyectar una adecuada imagen del carácter secular del Opus Dei, de hacer una verdadera contribución al país y de ser un instrumento eficaz de apostolado; todo ello, teniendo en cuenta que éramos muy pocos y con posibilidades limitadas. Descartamos la idea de un colegio de segunda enseñanza o de un colegio universitario, pues excedían nuestros recursos humanos; éramos pocos, existían muchas instituciones de este tipo, y por la situación económica del país era difícil alcanzar un alto nivel de calidad. También desechamos el proyecto de montar una residencia universitaria, ya que la mayoría de los posibles residentes no podrían pagar lo suficiente para cubrir los gastos. Entreveíamos que lo único factible era comenzar con algo que poseyera rasgos diferenciales de lo ya existente: algo pequeño, pero de alta calidad.

Así llegamos a la conclusión de que lo que hiciéramos tendría que estar relacionado con la economía, ya que, entre Bernie, Jess y Plácido contábamos con el veinte por ciento de los doctores de esta ciencia en el país. Además, venían de Harvard, que gozaba de un prestigio extraordinario. A ese hecho había que añadir un buen número de profesionales de Economía que eran sus amigos y podrían echarnos una mano.

El único camino que parecía viable era montar un programa Máster en Economía Industrial, abierto a un grupo reducido de estudiantes que, a diferencia de los programas en macroeconomía que ya existían en otras Universidades, se orientara a la aplicación práctica de la microeconomía; es decir, la de las industrias, sectores y regiones del país. El plan de estudios

debería estar orientado a la adquisición de técnicas que proporcionaran un conocimiento de aplicación inmediata, a la formación del tipo de profesionales que el país necesitaba en su presente estado de desarrollo.

Además de la investigación, los futuros alumnos deberían ser capaces de publicar y transmitir sus hallazgos de modo claro y eficaz, de forma que pudieran ser vendidos por su valor práctico. El nombre de la institución podría ser algo así como Centro de Investigación y Trasmisión de los Hallazgos, *Center for Research and Communication* (CRC). En aquel momento y dentro de un Volkswagen habíamos inventado lo que más tarde sería conocido como un *think tank* asociado a un programa Máster en Economía Industrial.

Una institución basada en tales principios, ¿sería capaz de sobrevivir? Solo podríamos saberlo con certeza después de hacer un serio ensayo, comenzar con una sencilla oficina de investigación práctica de Economía industrial y buscar clientes para nuestros productos, con la esperanza de sobrevivir al cabo de unos meses. Como Bernie había contraído obligaciones con *De La Salle College*, Jess se ofreció a servir de conejillo de indias. Abandonó su prestigiosa posición en el PIA y solicitó autorización del Banco de Asia, del que era subdirector, para limitar su trabajo a media jornada. Aquel día se sembraron las semillas de la futura *University of Asia and the Pacific,* y ciertamente no sin una especial ayuda del Señor.

El comienzo fue modesto. Joe Romero, que había obtenido un grado Máster en Economía en el *London School of Economics*, llevaba ya tiempo en contacto con la Obra, si bien no estoy seguro si ya entonces había pedido la admisión como supernumerario; en cualquier caso, lo hizo por aquellas fechas. Joe nos ofreció el uso de unos metros cuadrados de oficina en un altillo del garaje del Corominas Building, propiedad de su esposa, situado en Colorado Street, justo en frente del *British Overseas Club*. Con unos muebles prestados y una gran mesa de despacho, fruto de la transformación del antiguo mostrador de la cocina de la casa de León Guinto, el lugar adquirió una cierta dignidad, y en septiembre de aquel año, la energía e inacabable espíritu de trabajo de Jess, Peter, Minch y Rolly comenzaron a producir proyectos, reportajes y análisis estadísticos. Pronto surgieron compradores, y unos meses más tarde Jess llegó a la conclusión de que era posible sobrevivir vendiendo investigación. Al comienzo de 1968 comenzó la segunda fase del proyecto.

Latag Study Camp

También por aquel tiempo se agudizó la necesidad de disponer de un instrumento para los chicos que venían por *Maynilad*. No existían en el país grandes casas de campo disponibles ni tampoco hoteles en arriendo, por lo que no nos resultó fácil encontrar una solución a nuestra necesidad. Hasta que un día, los padres de un chico que iba por *Maynilad*, hermano de Bobby Latorre, hoy sacerdote numerario, nos ofrecieron el uso de una pequeña casa

de campo. Además de la casa existían dentro de la propiedad una diminuta piscina, un granero, un almacén de aperos de labranza y una modesta casita de madera y bambú. Visitamos la finca y resultó ser otra "cueva de Belén", situada en el barrio de Latag de la ciudad de Lipa, a la que se llegaba por un kilómetro largo de pista de tierra que arrancaba de la carretera nacional. La única planta de la casa tenía unos cien metros cuadrados, con piso de cemento, un comedor-sala de estar, tres dormitorios pequeñitos, una cocina igualmente pequeña y un sencillo cuarto de aseo. Hacer uso de un lugar así no era cómodo, pero podía servirnos.

Alguien nos regaló quinientos pesos con los que añadimos una cubierta de esparto al piso de tierra de la planta baja de la casa de bambú y la transformamos en comedor. Y en la segunda planta construimos un altar, también de bambú, para usarla como oratorio. Compramos una docena de taburetes de plástico de uso alternativo, arriba y abajo según las necesidades del momento. En el granero y en el almacén montamos unas literas de madera, construidas por un carpintero. Pusimos colchones de paja, y conseguimos unos muebles sencillos para la sala de estar y las habitaciones del sacerdote y del director. Pienso que fue la casa de convivencias más elemental del mundo entero, pero la propiedad, de unos 4000 metros cuadrados, tenía cocoteros y unas acacias espectaculares, y el clima era fresco. El paisaje de fondo, con la línea montañosa del extinto Volcán Malarayat, llenaba el alma de paz.

Antes de comenzar a utilizarla fuimos a visitar al arzobispo de la diócesis, monseñor Olaila, para explicarle la Obra, pedirle licencias, y hablarle de nuestro proyecto con estudiantes. El arzobispo era no solo amable sino también informal, y se esforzaba en hacer la vida fácil a sus visitantes. Algún tiempo después tuvimos el primer curso de retiro para estudiantes. Había que pasar los taburetes del comedor al oratorio y viceversa. Lavarse no era problema, porque para eso estaba la piscinita, con unos pocos centímetros de agua. Las fincas porcinas de la vecindad nos enviaban oleadas de su peculiar aroma, las granjas de pollos nos despertaban con su kikirikí, y por las noches nos arrullaba el croar de las ranas. Pero los estudiantes, la mayoría procedente de familias acomodadas, disfrutaban de lo lindo en un entorno rural que desconocían, y sacaron de aquellos días de retiro verdadero provecho espiritual.

Cursos de verano, crecimiento y conflictos en el mundo en que vivíamos

Como el número crecía y algún sacerdote tenía que quedarse en la ciudad para atender las labores de hombres y mujeres de la Obra, tuvimos que organizar dos cursos de verano cada año. En 1967 uno de ellos tuvo lugar en Mindoro, y fue muy semejante al anterior. Organizamos el otro en una casa a medio construir que nos prestó un amigo en Tali Beach, en el pueblo costero de

Nasugbu. No había electricidad, el calor era insoportable y los mosquitos nos acribillaban por la noche. Al año siguiente, uno de ellos tuvo lugar en Baguio y el otro en Calauan.

La experiencia del curso de retiro de profesionales nos animó a pedir a don Manuel Elizalde permiso para utilizar de nuevo las casas que la Compañía tenía en Baguio para un curso de verano, y allí volvimos a disfrutar del aire fresco y reconfortante del altiplano. Fue el primer curso con un grupo ya numeroso de vocaciones recientes; días de piedad, estudio, descanso, formación en el espíritu del Opus Dei y buen humor; días de conocernos mejor y de transmitir tradiciones familiares, los mil detalles de la vida de san Josemaría, de la historia de la Obra y de su expansión por los cinco continentes, desconocidos para la mayoría de los asistentes. Subimos al Monte Santo Tomás, de casi 3000 metros de altitud; exploramos las cuevas en los que los antiguos pobladores de la tierra conservaban las momias de sus antepasados, y nos perdimos en el bullicio del mercado de la ciudad.

Fr. Joe me comentaba con frecuencia que pronto íbamos a necesitar un nuevo centro. Dos centros proporcionan la oportunidad de un cambio de ambiente, de separar la labor de estudiantes de la de los profesionales y permitía a la Comisión regional dirigir todo con un mínimo de sosiego e independencia. Se añadía a ello la enorme extensión del área metropolitana de Manila, y la distancia entre *Maynilad* y la *University of the Philippines,* el centro educativo de mayor relieve en el país. Por la situación del tráfico y la ausencia de adecuados medios de transporte, los quince kilómetros de distancia podían llevarnos varias horas de viaje. Pensábamos en un nuevo centro, en más sacerdotes, nuevos oratorios, en el establecimiento del CRC, y en la urgencia de poner en marcha la casa de convivencias y retiros que nos había pedido san Josemaría. Y éramos igualmente conscientes de que para enviar al Colegio Romano a algunos de los que iban pidiendo la admisión en la Obra, necesitábamos organizar un plan de estudios de filosofía y teología, que requería no solo dedicación sino, sobre todo, preparación de un claustro de profesores. Para ello necesitábamos al menos un par de sacerdotes, de los cuales uno debería ser un experto en filosofía.

En 1968 se empezaban a sentir en Filipinas los efectos de la revolución sexual, la ideología marxista y los problemas de la iglesia posconciliar. Se cernía una nube amenazante sobre la tierra filipina, pero había que mirar al futuro con ojos abiertos llenos de esperanza. Ese año fue el de la promulgación por el papa Pablo VI de la encíclica *Humanae vitae.* Tan pronto como fue publicada, la prensa liberal de todo el mundo y la local reaccionaron con violencia, oponiéndose a su magisterio y llegando incluso a insultos personales.

Sin embargo, a partir de ese año el mayor riesgo de la Iglesia filipina era la infiltración del pensamiento marxista bajo piel de cordero. Un grupo de profesores universitarios, en su mayoría de la *University of the Philippines*, pero también de otras, se habían afiliado al Partido Comunista chino y al ruso,

y pensaban que Filipinas era campo abierto para una subversión revolucionaria. Organizaron reuniones, manifestaciones multitudinarias por las calles y ocupaciones de edificios públicos, difundiendo el eslogan "abajo el colonialismo, el capitalismo y la burguesía". Supieron atraer a su causa algunas buenas gentes, entre ellos religiosos y religiosas, sobre todo extranjeros, a los que convirtieron en compañeros de viaje; los agitadores iban por los pueblos y las aldeas hablando a campesinos y pescadores, y animándolos a rebelarse contra esos enemigos de la sociedad. Fundaron una gran organización de estudiantes simpatizantes llamada *Kabataang Makabayan* (Juventudes Nacionalistas). Elementos marxistas se infiltraron en las organizaciones obreras y organizaron huelgas, y un grupo de ideología comunista organizó guerra de guerrillas en zonas montañosas. Como consecuencia, hubo constantes interrupciones de clases, y el activismo se mantuvo incansable hasta que el presidente Ferdinand Marcos, con el apoyo de los Estados Unidos, declaró la Ley Marcial el 21 de septiembre de 1972. El periodo de tensión social continuó todavía por un tiempo, que el presidente de la *University of the Philippines*, S. V. Lopez, describió como «los cuatro años apocalípticos». La situación afectó a nuestro apostolado con la juventud —sobre todo porque las huelgas se dejaron notar seriamente en el ritmo de los estudios— pero no lo paralizó, sino que, por el contrario, llegaron por esos años a la Obra muchos estudiantes.

Una sede para el CRC

Tras el breve periodo de prueba, Jess y Bernie se lanzaron a la aventura de crear una escuela de posgraduados que ofreciera un grado máster en Economía Industrial. La legislación vigente no contemplaba la existencia de instituciones que ofrecieran grados máster, a menos que ofrecieran también programas de grados universitarios. Además, de ordinario se exigía también que esas instituciones fueran acompañadas de un colegio de segunda enseñanza.

En aquel momento ni deseábamos ni éramos capaces de satisfacer aquellos requisitos, pero Bernie y Jess, conocedores de la cultura local, sabían que en el caso de existir buenas razones, con frecuencia la flexibilidad prevalece sobre la ley. Basándose en el carácter experimental del proyecto, solicitaron del Departamento de Educación una excepción a la norma, que les fue concedida; lo que se requería era un plan de estudios y un método pedagógico adecuado. También necesitábamos profesores y estudiantes, un lugar donde comenzar y dinero para instalarlo, y había que vender a la sociedad local una idea novedosa. O sea: teníamos el permiso, pero todo estaba por hacer.

Rolly Santo Domingo encontró en un periódico un anuncio que parecía prometedor, y fuimos a echarle un vistazo. Se trataba de un edificio construido

en la anteguerra por un arquitecto de prestigio que estaba situado en Malate, muy cerca de nuestro centro de la calle Florida. Tenía una fachada de diseño neoclásico mediterráneo e interiores que reflejaban el gusto local de las casas buenas del período: una gran sala de estar panelada en mahogany, con una lámpara de cristal de Bohemia en el centro y suelos de tarima de duras maderas tropicales; de ella arrancaba una monumental escalera que llevaba a la segunda planta. Algunas habitaciones mostraban cierto abandono, pero, en su conjunto, el edificio nos pareció caído del cielo. De acuerdo con Bernie y Jess, hice un programa para remodelar el interior: había que transformar el comedor en un aula de conferencias y clases, crear una biblioteca en el piso alto con capacidad para unos tres mil volúmenes especializados en prescripción legal, espacios para que los estudiantes dispusieran de puestos personales de trabajo, convertir la cocina en un archivo y centro de estadísticas e información, montar oficinas administrativas y mejorar la entrada y la sala de estar, para que pudieran utilizarse para recibir dignatarios, tener reuniones informales, charlas personales... Nuestro leal Andoy, el carpintero, puso las ideas en práctica, y Fr. Joe y yo nos dedicamos a buscar piezas decorativas para embellecer el lugar. En el taller de carpintería del colegio de Don Bosco nos fabricaron un largo pupitre escalonado en forma de U, capaz para dieciséis personas, con los correspondientes sillones tapizados, y la antigua cocina convenientemente modificada cumplió su misión como archivo de estadística.

No disponíamos de los tres mil volúmenes requeridos por la ley para poder ofrecer cursos de posgrado. Entre los libros personales de Bernie y Jess, los manuales de la Comisión Nacional de Productividad que había traído de España y los libros que nos prestó Plácido Mapa de su propia biblioteca, nos acercamos al objetivo; por supuesto, nadie los contó.

Una noche digna de recuerdo

La inauguración de la nueva institución iba a tener lugar el 15 de agosto de 1968, cuatro años después de la llegada de los primeros al país, y al mismo tiempo se celebraría un congreso de periodistas de economía procedentes del Sudeste Asiático. Al mediodía de la víspera de la inauguración, Andoy había terminado su tarea, pero había que limpiar el edificio. Todos nosotros, con la ayuda de algunos estudiantes que frecuentaban *Maynilad* dedicamos entero el 14 de agosto a limpiar, lavar y pulir lo que hiciera falta. Para sacar brillo a los suelos utilizamos el sistema que ya nos era familiar de la media cáscara de nuez de coco; era agotador. Jess y los dos sacerdotes nos dedicamos al largo corredor de la segunda planta, los sacerdotes a un ritmo tranquilo, y Jess más afanado. Cuando nos adjudicamos un descanso para tomar en *Maynilad* una cena ligera, Fr. Joe pidió a Peter que bendijera la mesa. Este, medio dormido como estaba, comenzó con el «Bendígame, padre, porque he pecado...», la

fórmula habitual de comenzar la confesión sacramental...

Eduardo Vaca, un cooperador con gran corazón, director de una empresa que montaba acondicionadores de aire de ventana, prometió donarnos las unidades que necesitábamos, y se comprometió a que sus hombres los instalaran una vez terminaran las obras de renovación. A las once de la noche, los aparatos estaban ya instalados pero no querían funcionar, y los electricistas querían irse a dormir. Teníamos que terminar la tarea, porque al día siguiente muy de mañana un buen grupo de periodistas de economía del país y países circundantes se iban a presentar a las ocho en punto, y habíamos sellado las ventanas para proteger la madera de las paredes. Después de unos momentos de tensión, prevaleció la buena voluntad de los técnicos y, ya de madrugada, fueron capaces de resolver el problema.

Más problemáticas fueron las consecuencias de una espontánea iniciativa de un chico de san Rafael. Alrededor de la medianoche se percató de que la gran lámpara de cristal sufría años de descuido y necesitaba una buena limpieza, y sin dudarlo ni consultarlo a nadie, se subió a una escalera de mano y removió una a una las lágrimas de cristal, antes de que nadie pudiera detenerlo. A la una de la mañana todas estaban limpias, pero no veíamos el modo de montarlas de nuevo: al final nos sobraron unas pocas, pero la gran lámpara relumbraba como si fuera nueva. A las cinco de la madrugada la casa apareció maravillosamente limpia y funcional.

De antemano, Bernie y Jess se habían ido a dormir porque tenían que llevar la voz cantante en los próximos tres días; los demás, incapaces de movernos o pensar, de puro cansancio, nos fuimos a casa a prepararnos para celebrar la fiesta de la Asunción de Nuestra Señora. El congreso fue un éxito total, comentado ampliamente por la prensa local, y una oportunidad de hacer nuevos amigos.

¿Y de dónde nos llegó el dinero para hacer estas cosas? Parecía imposible montar aquello con menos de 20 000 pesos, que en aquellos días valían 5000 dólares americanos; pero nosotros no disponíamos ni siquiera de una parte de aquel dinero. Algo nos vino de los Jaycees, una organización de dirigentes jóvenes que se reunían para establecer conexiones y dedicarse a proyectos sociales, de los que Javier Calero era dirigente. En esta ocasión organizaron en el recientemente inaugurado Manila Hilton Hotel, una cena presidida por el presidente de la nación para recaudar fondos para el proyecto, que fue un éxito y cumplió el objetivo. Así Javier Calero, Joe Romero, Eduardo Vaca, y Plácido contribuyeron a sentar los cimientos de lo que más tarde se convirtió en la Universidad de Asia y del Pacífico; y sobre todo hay que dejar constancia del esfuerzo y la generosidad de Bernie y Jess, que la soñaron y la hicieron posible.

En los meses finales de 1967, Ramón Cuervo nos anunció que aquellas colinas que tanto nos gustaban, en el borde mismo de las provincias de Laguna y Batangas, estaban a la venta, y había conseguido que fuéramos los primeros en la lista de compradores interesados. Recomendó prudencia, ya que había que comprobar cuidadosamente las características de los títulos de la propiedad y la presencia de inesperados litigantes, como hipotéticos hijos naturales. No todas las propiedades filipinas estaban protegidas por el sistema Torrens, introducido en el siglo XIX por la ley española, pero un simple paso en falso podía complicar el asunto enormemente. La investigación que se debía hacer de los documentos de la propiedad podía llevar tiempo, lo que entre tanto nos permitía buscar una fuente de financiación.

Ramón averiguó que la propiedad había sido heredada *pro indiviso* por varios hermanos y hermanas, razón por la que deseaban venderla. Estaba titulada y no se esperaban sorpresas. Su extensión era de once hectáreas, mucho más de lo que necesitábamos, hecho que podía resultarnos ventajoso, ya que cuatro de ellas, situadas a lo largo de la carretera, podían venderse para ayudarnos a financiar el resto. Los propietarios pedían 2,80 pesos por metro cuadrado pagados en metálico, lo que sumaba un total de 320 000 pesos. Estaba plantada de árboles de mandarina que habían sido atacados por "la tristeza", una enfermedad propia de los agrios, y se hallaban en estado terminal. Solo un par de majestuosos árboles de manga se alzaban en aquella especie de cementerio vegetal.

Como no teníamos ni un céntimo, Ramón sugirió que habláramos con Andrés Soriano, el presidente de San Miguel Corporation, una importante compañía productora de cerveza. Apreciaba mucho a Ramón Cuervo, que se solía ocupar de sus asuntos de terrenos. Conocía también desde antiguo a la familia de José Rivera, y a mí me habían invitado a comer alguna vez en su casa. Nuestra reunión con él fue precedida por una intensa oración por nuestra parte, porque era la única puerta abierta para poner por obra lo que san Josemaría nos pedía. Fr. Joe y yo habíamos preparado un informe con el plano de localización, el concepto y propósito de un centro de convivencias y retiros, una idea del volumen del proyecto y un anteproyecto de financiación.

El señor Soriano, acompañado de dos vicepresidentes de la compañía, escuchó atentamente nuestra explicación, echó un vistazo al escrito, asintió y comento: «La idea es excelente, pero ¿qué ponen ustedes en el proyecto?». En un abrir y cerrar de ojos, Fr. Joe contestó que nuestra contribución era «nuestra capacidad de maniobra». Familiarizado con este modo de mirar la realidad, el señor Soriano se rio y dijo que estaba de acuerdo con nuestra propuesta. Nos prestarían el dinero en metálico, unos 80 000 dólares de entonces, y una vez cerrado el trato, hipotecaríamos la propiedad en su favor y devolveríamos el crédito en cinco años con un interés mínimo.

Dimos gracias a Dios Nuestro Señor y también a los que proporcionaban aquella providencial ayuda. Se ofrecieron además a presentarnos a un banco local para que nos facilitara un crédito hipotecario para la construcción del

edificio. Aquella misma tarde y antes de la firma del contrato depositamos en la habitación de Bernie, entonces director de *Maynilad*, una maleta llena de billetes de banco. Como los ladroncillos nos habían visitado varias veces, Bernie no pegó ojo en toda la noche.

6.
LOS PROYECTOS SE VAN HACIENDO REALIDAD

Banahaw Study Center

Necesitábamos un segundo centro y, a pesar de los conflictos estudiantiles, queríamos orientar nuestro trabajo apostólico hacia los estudiantes de la *University of the Philippines.* Como de costumbre, resultaba más sencillo formular deseos que ponerlos en práctica. No era fácil encontrar un lugar próximo a esa universidad o bien comunicado con ella en transporte público, que ofreciera las condiciones requeridas. Recuerdo haber visitado, entre otras, una casa recientemente construida en un solar rodeado de arrozales.

Nada nos servía, y el asunto adquiría carácter urgente, ya que hacia el final del año en curso iba a llegar otro sacerdote, y necesitábamos un lugar donde acoger a los que habían pedido la admisión. Una vez más, Rolly leyó en un periódico un anuncio que ofrecía una "casa en alquiler apta para embajada", situada en Quezon City, una nueva ciudad fundada en el tiempo colonial americano como sede de las oficinas del gobierno, a la que se habían añadido varias zonas residenciales; estaba situada en Cubao, un estratégico cruce de avenidas: no estaba cerca de la universidad, pero sí bien comunicado con ella.

Una vez más, Fr. Joe y yo fuimos a echarle un vistazo. Estaba situada al comienzo de la calle N. Domingo, cerca de su intercesión con la Avenida Aurora, una vía principal, y al borde de una zona residencial donde las casas buenas se mezclaban con otras que no lo eran tanto; pero, en conjunto, el sector era agradable y había muchos jardines, aunque el solar contiguo a la trasera de la casa puesta en renta estaba ocupado por chabolas ilegales. Tocamos el timbre y una empleada del hogar abrió la puerta cochera de la que partía una rampa larga y empinada que llevaba hasta la entrada del edificio. Después de aparcar el coche, nos llevó hasta la dueña de la casa.

La dueña, Pilar Delgado, había construido tres o cuatro mansiones semejantes, con altos techos inclinados, buenos suelos de madera tropical, salas de estar con paredes empaneladas en mahogany y grandes dormitorios

con baño. Del jardín, de unos tres mil metros cuadros, habían segregado una pequeña casa moderna para un hijo casado, con entrada independiente. Había en el jardín césped, árboles de narra (caoba filipina), y espacio abundante para pasear. Doña Pilar nos pidió una renta razonable, y unos días más tarde cerramos el trato. Los de la familia Delgado fueron siempre buenos amigos nuestros y los contamos entre nuestros benefactores; años más tarde pudimos adquirir ambas casas.

Pusimos al centro el nombre del volcán *Banahaw*, el de una calle adyacente. La casa era espaciosa y poco a poco encontramos soluciones para acomodar el oratorio en el mejor emplazamiento y establecer áreas diferenciadas para vivienda, atención de actividades con profesionales y estudiantes, oficinas de la Comisión regional, etc.

Invitamos a nuestro amigo Ortoll a visitar la casa y tan pronto como la vio se ofreció a construir el oratorio por cuenta propia; Pío Vergés nos regaló el retablo, una copia del gótico tardío catalán de buena calidad, el sagrario y un cáliz. Quedó muy bien, digno, recogido y capaz de acomodar a unas cuarenta personas.

La casa tenía cierto empaque y condiciones para organizar actividades culturales, que dejaran clara la naturaleza secular del Opus Dei. Bernie inventó un Festival de Arte Navideño con un folleto en el que se hablaba del espíritu gozoso de aquellos días. Fue un éxito: se celebró en la espaciosa terraza del jardín, y entre los que actuaron contamos con el popular tenor Aurelio Estanislao y con los *Madrigal Singers*, un coro de fama internacional.

Refuerzos

Crecía la labor en las Islas, y tres años después de la llegada de los primeros, san Josemaría nos envió un par de sacerdotes más: Joan Portavella, Fr. John, que llegó en 1967, y José María de Torre —Fr. Joseph—, que lo hizo un año más tarde.

Era Fr. John un catalán de pura cepa, natural de Vic, que estudió Ciencias Químicas en la Universidad de Barcelona y descubrió allí su vocación al Opus Dei. Continuó sus estudios en Roma, fue ordenado sacerdote y marchó a Estados Unidos, donde ejerció su tarea pastoral durante nueve años. La mayoría de los hijos de la extensa familia Portavella eran divertidos y ocurrentes, y montaron en el ámbito doméstico un número circense en bicicleta: Juan se especializó en montar un monociclo que se llevó consigo a Roma, haciendo las delicias de san Josemaría y de los alumnos del Colegio Romano.

Casi en solitario, Fr. John comenzó la labor de la sociedad sacerdotal de la Santa Cruz en las provincias de Batangas, Laguna y Quezon, y ayudó al obispo de la diócesis de San Pablo, de reciente creación, a montar un seminario y crear su facultad. Un par de anécdotas reflejan su talante. Oyó un

día por radio que un temblor de tierra había provocado el desplome de las *Ruby Towers*, un edificio de seis plantas en un barrio modesto, y se apresuró a prestar a las posibles víctimas su ayuda pastoral; al cruzar un puente, observó que alguien, probablemente afectado por la catástrofe, intentaba suicidarse, y con palabras cristianas le convenció para que se bajara del pretil; en otra ocasión un hombre tendido en una acera, rodeado de un grupo de personas, parecía a punto de morir: se le acercó a ofrecerle auxilio espiritual hasta que alguien le gritó» «Por favor, muévase». Estaban filmando una película...

José María de Torre nació en Madrid. Su padre murió joven, enfermo de tuberculosis y se trasladó con su madre y su hermana a Barcelona, donde, siendo todavía un niño, contribuyó a la economía familiar con trabajos de doblaje de voces infantiles de películas americanas. En el instituto Menéndez y Pelayo, un buen sacerdote y profesor de filosofía encendió en él pasión por el saber filosófico y la cultura histórica, y encontró allí su vocación al Opus Dei. Marchó a Roma, obtuvo un doctorado en filosofía en la Universidad Pontificia del Angélico, uno de cuyos profesores, por quien tuvo siempre profunda admiración, fue el famoso teólogo dominico Garrigou-Lagrange. Trabajó en la secretaría personal de san Josemaría, fue ordenado sacerdote y durante trece años hizo labor sacerdotal en Irlanda e Inglaterra, países con los que siempre se sintió identificado.

Nos trajo a Filipinas conocimientos y capacidad para comunicar los principios fundamentales de la filosofía cristiana y de la teología a través de sus clases y de sus muchas y valiosas publicaciones, y se esforzó también por transmitir a variadas audiencias los principios fundamentales de la Doctrina Social de la Iglesia, contribuyendo así a la madurez intelectual de nuestra joven región. Falleció en 2018, después de una larga enfermedad llevada con acendrado espíritu sobrenatural.

De los Estados Unidos, donde había pedido la admisión como numerario, llegó también por aquel tiempo (1971), Johnny Ramos; había sido un pianista precoz. En los días de la ocupación japonesa, su familia se trasladó a su casa en Lingayen, en la provincia de Pangasinán, donde, aún niño, ocupaba sus horas en el piano. Un buen día alguien golpeó con fuerza la puerta de la casa y al abrirla sus moradores se sorprendieron al ver la temida figura de un oficial de las tropas enemigas. «Perdónenme —dijo este con tono amable—. Comprendo su temor, pero yo amo la música que oigo cada mañana al pasar frente a la puerta de su casa. ¿Puedo entrar?». Surgió así la amistad entre familia, niño y oficial, que les visitaba cada día cortés y agradecido. Una noche, protegido por la oscuridad, el oficial se presentó de improviso: quería advertirles que una flota americana se aproximaba a la bahía y dentro de pocas horas se esperaban bombardeos infernales; venía a suplicarles que buscaran un refugio en la montaña. Sabía que podía ser juzgado y condenado a muerte por divulgar información militar, pero prevaleció su lealtad hacia aquella familia, que le habían abierto confiadamente las puertas de su casa. Siguieron su consejo, pero nunca llegaron a conocer el final de la historia de aquel

hombre bueno.

El talento de Johnny fue pronto reconocido y creció como un producto típico de la *University of the Philippines,* inmerso en las actividades del campus, entre las que estaban sus recitales. En su deseo de llegar a ser un concertista profesional, se enroló en la *Catholic University of America,* en Washington D. C., en un curso de doctorado en piano. Allí conoció la Obra y pidió la admisión. Un acontecimiento inesperado trastornó sus planes: unos fuertes dolores en un nervio del cuello le obligaron a llevar un collar protector y limitaron su capacidad de tocar a nivel de concertista; pero no se desanimó, y en un intento de integrarse en la vida académica retornó a los Estados Unidos, donde obtuvo un doctorado en educación musical, que exigía un nivel inferior de ejecución al piano. Finalmente volvió a su *alma mater,* donde pasó el resto de su vida activa como decano de la Facultad de Música, dedicado a reorganizar el departamento, mejorar sus instalaciones, montar conciertos y hacer un fecundo apostolado personal.

El programa Máster en Economía Industrial

Otra valiosa contribución de América a Filipinas fue Bob Paluzska. En agosto de 1968, se había inaugurado en la calle de Jorge Bocobo la sede del *Center for Research and Communications* y al comienzo del año escolar 1969 el CRC ofreció por vez primera el programa Máster de Economía industrial, al que ya hice referencia.

Antes de ponerlo en marcha había que resolver varios problemas, de los cuales uno, y no el menor, era la escasez de información económica fidedigna, ya que la existente con frecuencia era retrasada o incompleta, y la Historia Económica del país estaba todavía por escribirse. Necesitábamos un centro de datos donde se pudieran unificar y evaluar las estadísticas que Bernie y Jess conseguían obtener de diferentes fuentes... y creamos el centro de información económica en la antigua cocina de la casa, a la espera de que personas cualificadas organizasen los materiales disponibles y los hicieran utilizables.

De los Estados Unidos nos enviaron a Bob Paluzska, un economista polaco-americano que había servido en los *marines*, las tropas de ataque de la Armada; contábamos con un amigo, Bob Atmosfera, que nos ayudó en cuestiones matemáticas, estadísticas y en econometría, y yo mismo tuve que echar una mano en Socioeconomía, Doctrina Social de la Iglesia y mediciones de Productividad, de las que tenía un regular conocimiento; así se completó la Facultad, con Bernie y Jess a la cabeza. Los estudiantes-investigadores del primer año fueron ocho: Victor Abola, Dondon Padaranga, que fue en su madurez ministro del Gobierno, Henry Brillo, Danny Escaño, Romy Borja, Tomy Padla, Philip Nery y Vaughn Montes. Con el tiempo, varios de ellos han hecho valiosas contribuciones a la economía en el Gobierno o en el sector privado.

Era un curso de dos años a tiempo completo, marcado por rasgos peculiares que le distinguían de cuanto se había hecho anteriormente en el país; no por afán de singularidad, sino como respuesta a lo que Bernie y Jess entendían que era una necesidad en aquel tiempo. Los estudiantes recibían becas completas y un estipendio que les permitiera sobrevivir y, a la vista de nuestros limitados recursos financieros, tenían que ganárselos con el producto vendible de sus trabajos de investigación. Nuestras escaseces nos llevaban a gastar el dinero con parsimonia. Bernie y Jess no querían dedicarse a estudios económicos especulativos que carecieran de utilidad en el presente nivel de desarrollo, sino a proporcionar conocimientos tangibles y aplicables a la microeconomía, poniendo el acento en los sectores industriales y agrícolas de las regiones del país.

Al año siguiente el grupo fue aún más numeroso y el espacio disponible estuvo al borde de la saturación. Varios de los graduados de aquel tiempo, entre ellos los doctores Rolly Dy, Alex Haw, Tom Aquino y Emil Antonio, han sido figuras de relieve nacional en sus respectivos sectores de trabajo, y han estado siempre identificados con el CRC: Emil se nos ha ido ya al cielo.

A ellos hay que añadir también al entrañable Joe McPherson, un licenciado por *Harvard University* que, después de pedir la admisión como supernumerario vino a trabajar a Filipinas, hizo apostolado, se ganó muchas simpatías y disfrutó cada segundo de su estancia entre nosotros. Fue patriarca de una extensa familia, y de vuelta a Washington dedicó su vida profesional a una innovadora y apasionante tarea educativa, *The Heights*[6]. Se nos marchó cielo hace poco tiempo.

El CRC adquirió pronto prestigio nacional y fue bien recibido por muchos empresarios; hizo una seria contribución al desarrollo económico y social de la nación y fue mencionado en varias publicaciones internacionales como un *think-tank* digno de confianza, pero su historia a partir de estos humildes comienzos hasta que se transformó en la *University of Asia and the Pacific* no pertenece ya al contenido de este libro.

La casa de convivencias y retiros

Tanto Fr. Joe, como yo, poseíamos un razonable conocimiento de las características y exigencias de un *Conference Center*, porque ambos habíamos estado envueltos de un modo u otro en proyectos similares, él en América y yo en España. Una somera revisión de la situación de la arquitectura filipina del momento no ofrecía motivos de optimismo y ambos temíamos no ser capaces de encontrar un arquitecto que se hiciera cargo de nuestras necesidades.

Los estragos producidos por la segunda guerra mundial y la transición de la arquitectura tradicional a la funcional, predominante en aquel tiempo, habían creado barreras que parecían insalvables. La norma constructiva

consistía en tejados de hierro galvanizado, suelos de baldosas de cemento malamente coloreadas, cerramientos construidos con bloques de cemento acabados con pintura de mala calidad y enormes ventanales metálicos de elemental diseño, atravesados por acondicionadores de aire de ventana. Nosotros necesitábamos materiales nobles y duraderos difíciles de adquirir, incorporar detalles arquitectónicos que embellecieran la estructura, instalar ventanales limpios que permitieran el contacto visual con la naturaleza, etc., aspectos todos ellos rara vez presentes en el diseño habitual del momento; es verdad que algunos arquitectos comenzaban a producir edificios de razonable calidad en el espíritu de la arquitectura funcional, pero lo que buscábamos no era eso; queríamos un edificio que rezumara humanidad, cuyos interiores llevaran calor de hogar y fueran capaces de aguantar el paso del tiempo y el de las modas.

Ramón Cuervo acudió de nuevo en nuestra ayuda, presentándonos a Manoling Mañosa, que también se ha ido ya al cielo, al que debemos una profunda gratitud por su apasionada y desinteresada dedicación al proyecto. Su padre fue un ingeniero hispano-filipino responsable de las obras hidráulicas que abastecen de agua a la ciudad, localizadas en la municipalidad de San Juan. Manoling era el mayor de tres hermanos arquitectos, que trabajaban juntos en una oficina conocida como *Mañosa Brothers,* que ha dejado en la ciudad notables edificios.

Había trabajado en Puerto Rico para la *American Housing Authority* y había hecho en España un curso de posgrado. Congenió desde el primer momento con nuestras ideas poco comunes y mostró una increíble tolerancia hacía nuestras sugerencias, incluidas en un amplio informe sobre la relación de las distintas áreas, el control de vistas y sonidos, las puertas de comunicación de atención a oratorios, comedores, etc., algo no siempre de fácil ejecución. Manoling interpretó nuestras sugerencias con mucha comprensión.

Al ser el dinero escaso, teníamos que construir por fases, de las que cada una permitiera utilizar ya una parte del edificio; y por el mismo motivo teníamos que construir sin intervención de un contratista, dependiendo a menudo de donativos de diversos materiales. Deseábamos acabados permanentes de los que pocos estaban disponibles en el mercado, ya que la política iniciada por el Gobierno de sustitución de productos importados por locales hacía que no fuera fácil, por ejemplo, adquirir equipos sanitarios, de cocina, o lavaderos de acero inoxidable.

Manoling concibió un proyecto bien pensado, con amplios patios porticados que protegieran de la lluvia y el calor, fachadas orientadas Este-Oeste para evitar el sol de mediodía y tejados de acusada pendiente, capaces de evacuar con rapidez los tremendos aguaceros tropicales y evitar a la vez los parapetos en fachada, que podían convertirse en frágiles embalses. En el interior, con la ayuda del buen gusto de José Antonio Ortoll, se pintaron varios techos con grecas de inspiración mexicana, se instalaron vigas vistas de

oscuras maderas tropicales, sólidas puertas talladas y celosías que permitieran la circulación del aire, creando al mismo tiempo ambientes recogidos. La sala de estar se cerraba con un ventanal panorámico abierto a la laguna y al volcán.

En cuanto al acabado de las fachadas exteriores, el arquitecto nos comentó que hacía más de un siglo que no se construían paramentos en piedra, y que sólo excepcionalmente se utilizaba el adobe. Un buen día, en un paseo por los alrededores del pueblo de Los Baños, vimos una cantera de grava caliza junto a la que se apilaban enormes depósitos de material de rechazo inutilizable, piedra de magma volcánico de sutiles colores rojizos y azulados, hoy conocida como piedra de Benguet. Cuando el arquitecto preguntó a los dueños por aquellos desechos de piedra, los propietarios de la cantera respondieron que «si la quiere se la lleva gratis». La instalamos como recubrimiento de fachadas exteriores que, medio siglo más tarde, siguen llamando la atención de los que vienen por primera vez.

En los patios interiores, utilizamos ladrillo rojo de taco, donado por Teng Puyat, un fabricante amigo, y lo alternamos con un empastado de polvo de adobe que soporta bien las inclemencias del tiempo. En los vanos, Ortoll nos sugirió construir falsos arcos decorados con dibujos geométricos.

Agua, terrazas y árboles

Necesitábamos agua, y nuestros amigos nos decían que no nos preocupáramos, que con 2500 litros de precipitación pluvial al año, el agua no es problema en Filipinas; pero pronto caímos en la cuenta de que en nuestros alrededores no existían ni pozos ni manantiales. Nos pusimos en contacto con Mr. Katigbak, un contratista de la ciudad de Lipa, bueno y servicial, propietario de una pequeña compañía de perforación de pozos, que utilizaba antiguas sondas de percusión; pero antes de comenzar a perforar, había que localizar el agua, y tanto él como otras personas conocidas nos recomendaron solicitar los servicios de un redentorista australiano, el Padre Tyter, residente en Lipa, que poseía un reconocido talento como buscador de agua; usando el término castellano, era un zahorí. El anciano y amable sacerdote disfrutaba ayudándonos y se sentía absolutamente seguro de sus talentos. Nos indicó varias posibles localizaciones de venas de agua y predijo su profundidad y su caudal, pero, por desgracia, ni una sola de ellas produjo una sola gota.

Cuando se encontrara el agua, habría que bombearla por encima de los tejados de los edificios a un tanque montado sobre una torre metálica, como era costumbre hacerlo en estos casos; pero no nos gustaba su presencia dominando el paisaje, así que pedimos al señor Katigbak que hiciera una perforación precisamente en la cima de la colina donde, por encima de los tejados de los edificios, podría ir enterrado un tanque. Lo hizo así pero tampoco en aquel lugar se encontró agua.

Nos invadió el desánimo y llegamos a pensar seriamente en construir una

gran cisterna que recogiera la lluvia caída en los tejados, e incluso consideramos la posibilidad de vender la propiedad. La percusión continuó por varios meses avanzando a paso de tortuga, hasta que el señor Katigbak nos anunció que se había topado con unas rocas muy duras y sugirió que contratáramos a un empresario que disponía de sondas rotativas con cabezas de carborundo que costaban 3000 pesos al día, una fortuna fuera de nuestro alcance: lo intentamos, pero la roca era tan dura que tampoco esta senda progresaba más de cinco pies diarios.

Entre tanto, Ramón Cuervo y Fr. Joe tuvieron que viajar a Roma por diversas razones. En sus conversaciones con san Josemaría le explicaron nuestra difícil situación; y él, sin perder la paz, les dijo que siguiéramos perforando y encontraríamos agua. Así que llamamos de nuevo al señor Katigbak, que volvió a golpear con su vieja máquina de percusión y, unos días más tarde, surgió un chorro abundante de agua fresca y limpia de unos cien metros de profundidad: nunca dudamos de que fue la oración de san Josemaría la que consiguió este favor. Ese acuífero abastece hoy a innumerables barriadas de viviendas y varios polígonos industriales que han transformado la economía de la zona.

Seguíamos construyendo por etapas con poco dinero. Un amigo de los primeros tiempos nos recomendó como director de obra a un competente ingeniero y buen cristiano llamado Mr. Willy Salvación; el encargado de los obreros sobre el lugar fue Mr. Escoto. Ambos colaboraron con eficacia, mantuvieron una actitud positiva al encararse con los inevitables problemas, les dieron soluciones prácticas y se cargaron de paciencia con nuestras dificultades para adquirir fondos y materiales, ya que les pagábamos de acuerdo con un porcentaje del trabajo ejecutado.

Las máquinas abrieron accesos temporales a la colina sobre la que se erigía el edificio, y en lo alto de la colina principal excavaron un gran agujero donde se enterró un depósito metálico de 40.000 galones. Hacía falta proteger la casa de las lluvias torrenciales con muros de contención de las pendientes aterrazadas, construidos con nuestras bellas piedras rojo-azules; los levantaron obreros ilocanos, expertos de construir terrazas de arrozales en sus montañas. No teníamos dinero para adquirir plantones para reforestar la propiedad, y José mostró aquí su experiencia y conocimiento del terreno. Cada tarde de domingo él y yo salíamos con el Volkswagen azul al Cementerio Americano, en que están enterrados miles de soldados fallecidos en la segunda guerra mundial, a la Luneta, al Embalse de La Mesa Dam y a otros parques públicos, y allí recogíamos semillas caídas de los grandes árboles, que José depositaba cuidadosamente en botes metálicos de conservas rescatados de cubos de basura. Se trajeron de las *Mountain Provinces* plantas de pinos de Benguet, de las que solamente una cuajó, y de otros lugares acarreó plantones de acacias que, al crecer, fueron heridas mortalmente por los tifones. Tampoco los 400 plantones de cocoteros que nos regaló la Señora Villegas pudieron resistir la furia de los vientos. José perseveró, adaptando cualquier especie nativa del

país que caía en sus manos y, en una isla situada en la bahía de Batangas, recogió arbustos salvajes de olivas y pitojos, que hoy causan admiración al visitante. Una *palmera* desechada de un jardín se convirtió en la madre de centenares de ellas, y las narras plantadas de semillas son hoy de tal envergadura que es posible pasear por la extensa finca bajo sombra. A veces comentamos en broma que tememos que un día declaren la propiedad como reserva biológica. En un lugar especial, hay un árbol Amugis (*Koordersiodendron Pinnatum*), una variedad forestal de madera dura autóctona de Filipinas, plantado por el beato Álvaro del Portillo en 1987, y más arriba se construyó una piadosa ermita dedicada a la Virgen de Guadalupe. Cuando alguien me pregunta cómo encontramos una propiedad con una vegetación así, les digo que José Rivera tomó del suelo hace cuarenta y pocos años semillas, una a una, y plantó con amor lo que hoy son árboles gigantescos. Es fácil recordar la canción que gustaba a san Josemaría: «Fruto de su mirada y mis amores el árbol crece, crece entre mis manos. Nunca premie su sombra mis sudores, sirva para albergar otros hermanos».

La primera fase del proyecto

Con nuestra escasez de recursos, la aventura de construir la fase inicial del edificio, unos 2000 metros cuadrados, nos llevó tres años. Gracias a la intervención de Enrique Zobel, primo de José, el Banco de las Islas Filipinas nos concedió un crédito de un millón de pesos, entonces unos 250 000 dólares americanos. En instalaciones, amueblado y equipo, gastamos alrededor de 500 pesos por metro cuadrado.

La fase consistió en veinte habitaciones de fachada del edificio principal, el patio grande con su fuente montada sobre una piedra de molino, la sala de estar y lo que en el futuro iba a ser zona de directores y huéspedes, temporalmente utilizada como vivienda de la Administración del centro, llevada por las mujeres de la Obra; lo que sería el comedor definitivo lo dividimos en dos partes iguales, una de las cuales se convirtió en oratorio provisional y es hoy sala de conferencias.

Queríamos sustentar el tejado con estructura metálica para evitar que los insectos se comieran la madera; nos la construyó el señor Ronquillo, otro amigo leal, más tarde supernumerario. La madera, puertas y celosías las fabricaron en Taytay, un pueblo especializado en carpintería de construcción, y las piezas delicadas salieron del taller de nuestro amigo Ortoll. El parqué de las habitaciones, de roble americano, se importó por otro buen amigo a un precio razonable.

Para los pisos de los corredores queríamos usar mármol, fácil de limpiar. Alguien nos presentó a un productor de mármol de la isla de Romblón, llamado Macario Villegas. Tenía una notable tendencia a embellecer la realidad y para él, la isla de Romblón, de unos 5000 kilómetros cuadrados, se

iba a convertir en un nuevo Carrara; hay mármol en Romblón pero no es compacto, lleva venas y fracturas de caliza y no se puede utilizar ni escultura ni tampoco en solerías. Había traído al puerto de Manila grandes piezas que cortaba en placas y vendía a 100 pesos el metro cuadrado, cantidad que no podíamos pagar, pero él quiso regalarnos los rechazos del corte de las placas, que quizás nos fueran de alguna utilidad. Fr. Joe le propuso cortar ese material irregular en plaquetas de pequeñas dimensiones y él se ofreció a cargarnos tan solo el gasto de cortarlas; y así, gracias a su generosidad, el pavimento de mármol gris con placas rectangulares en zigzag, está allí todavía lustroso, bello y fácil de limpiar; nos salió a 12 pesos por metro cuadrado, algo así como 0,2 euros a los precios actuales.

Fr. Joe, el arquitecto Mañosa y yo viajábamos cada miércoles a *Makiling* para visitar las obras, un viaje largo por una carretera que bordeaba la Laguna de Bay. Y una vez pasado el pueblo de Biñan, salía por el de Cabuyao a la carretera nacional. La mayoría de las viviendas construidas al borde de la carretera eran *bahay kubo,* modestas casas de madera, bambú y techo de pajiza; una autopista nos lleva hoy hasta las puertas de *Makiling*.

Terminada la inspección de obras nos íbamos a comer juntos a un restaurante chino, cuyo menú, barato y agradable, describía en una pizarra de madera platos como "sopas con nido", "camarón rebozado" y "huevos fritos con longaniza", un recuerdo de la pasada historia filipina. Así lo hicimos semana tras semana por más de tres años: una vez más quiero manifestar aquí mi gratitud a Manoling Mañosa, un arquitecto de valía, un hombre bueno y un amigo leal.

El árbol crece, crece entre mis manos

A partir del segundo semestre de 1967, tres años después de nuestra llegada a Filipinas, el veterano *Maynilad* y el reciente *Banahaw*, así como la incipiente labor personal del CRC se hallaban en pleno rendimiento apostólico, produciendo uno tras otro frutos maduros; de algún modo podía ya decirse que por la gracia de Dios habíamos remontado los comienzos. A partir de aquel momento los acontecimientos se entrecruzan y escapan a mi memoria, y pienso que describirlos es tarea de historiador. Así que, en adelante, me detendré tan solo en narraciones de sucesos, tareas y personas que dejaron en mí un recuerdo especial, acciones de la gracia de Dios y empujones apostólicos, situaciones y tareas que se grabaron en mi alma, hasta que tenga que decir: mi historia personal y mi memoria no pertenecen ya a las Islas Filipinas sino a la expansión en el Sudeste Asiático con filipinos y desde Filipinas.

El nuevo *Banahaw Cultural Center*, 125 N. Domingo St., Cubao, estaba bien comunicado, pero no cercano a ninguna universidad. Se había destinado a la labor con profesionales y a las tareas de gobierno, y sólo unos pocos

numerarios podían dedicarse a la labor con estudiantes. Pero pronto comenzaron a pedir la admisión bastantes numerarios, la mayoría procedentes de la *University of the Philippines*. Hacia 1967 llegó Buddy Magturo, graduado en matemáticas, que más tarde obtuvo un grado máster en economía en el CRC. Trabajó apostólicamente en Australia y en Hong Kong, es un experto en relaciones públicas y lleva muchos años como director de centros de la Obra. En 1968 llegó Hernan Reyes, un profesional inmerso en su trabajo que se nos fue al cielo hace ya muchos años. Su prematura muerte en un accidente le convirtió en un particular intercesor. Era hijo de una mujer china que enviudó pronto, llena de coraje maternal y sentido práctico. Sacó adelante a sus hijos, que se pasaban el día tomándose el pelo unos a otros. Hernan era el segundo, y era mayor que la mayoría de los chicos que venían por el centro, a los que divertía con su agudo sentido del humor. Volveremos a él más adelante.

Por aquel entonces, recibimos un especial encargo de san Josemaría. En varias ocasiones nos había repetido que el Señor confiaba a Filipinas la expansión de la Obra en China y en el Asia Sudoriental. Nos decía que teníamos que hacer el Opus Dei «en Filipinas y desde Filipinas», que «habéis sido católicos por cuatrocientos años, habéis recibido mucho y tenéis que dar mucho»; que «con vuestros rostros asiáticos seréis bien recibidos en todas las naciones circundantes»; y añadía que «tenéis que rodear la inmensa China con una guirnalda de fundaciones, hasta que se derrumben las murallas que cercan el país».

Lo que no éramos capaces de imaginar es que nos embarcara en esa aventura en una etapa temprana de la Obra en el país. Pienso que fue en 1968 cuando nos pidió que hiciéramos un viaje exploratorio con el fin de identificar el lugar más adecuado para comenzar, primero como punto de ignición y después con una presencia estable. Fr. Joe y Jess Estanislao visitaron Singapur, Hong Kong, Macao y Taipéi, y concluyeron que ninguno de aquellos lugares ofrecía las condiciones para comenzar la labor apostólica: Fr. Joe pidió a san Josemaría un tiempo de preparación que permitiera nuestro crecimiento, una mayor madurez de las personas, y la estabilización política y económica de aquellos territorios; y san Josemaría aceptó su sugerencia.

Por aquel tiempo había ya una docena de supernumerarios, y por primera vez organizamos para ellos una convivencia de unos días de formación. Nos prestaron una casa asentada en un rancho de pastizales, en el municipio de San Miguel, el pueblo más septentrional de la provincia de Bulacán. La pequeña villa era agradable, la comida buena y hasta disponíamos de una pequeña piscina. El paisaje daba paz, cubierto de hierba alta y, como telón de fondo, las montañas de *Biyak na Bato*, famosas en la historia filipina. Bernie y yo compartimos aquellos días con Plácido, León, Javier, Francis, Ramón, Jake, Joe, Tony y Doy. Los recuerdo con profunda alegría: la Obra iba adquiriendo madurez en Filipinas.

A pesar de la tensión que existía en el ambiente universitario, el año 1968

trajo varias vocaciones: Rudy Ocol y Rudi Nonato, hoy en Canadá, y Nandi Umali, hoy en Estados Unidos, fueron los primeros supernumerarios jóvenes; y entre los numerarios, Jimmy Liao fue el primero de pura sangre china que pidió la admisión en Filipinas. «Chino por los cuatro costados», como san Josemaría le dijo en más de una ocasión. Su familia, procedente del Fujian, había instalado un par de tiendas en el distrito turístico de Ermita. Jimmy era trabajador, leal, práctico, observador de los detalles y dotado de una soberbia memoria: en otras palabras, *chino cien por cien*, y pronto acercó a la labor apostólica a un grupo de amigos, chinos como él.

En el fin de año recibimos la visita de don José Ramón Madurga, consiliario del Japón, de camino hacia Roma, que debió sentir el gozo de ver tantos rostros orientales. Como de costumbre, la noche fue ruidosa, con explosiones de cañones de bambú, disparos de pistolas, tracas y cohetes buscapiés que creaban un penetrante olor a pólvora, con el cielo nocturno cubierto de un denso humo gris. Celebramos en *Maynilad* la Misa de la vigilia del Año Nuevo con la casa repleta de gente joven, alegre y bulliciosa. Por la tarde de ese día nos fuimos en un par de coches a pisar por vez primera el suelo de la futura casa de retiros, y allí nos hicimos unas fotos, en una de la cuales aparece en pie Jimmy, en la cima de una pequeña colina desde la que se abre un panorama de 360 grados: el oeste, dominado por el volcán Makiling, oculto por la niebla y vestido de denso bosque tropical; a sus pies y hacia el norte, la Laguna de Bay extendida a lo largo de medio centenar de kilómetros; al fondo, los picos de la Sierra Madre; hacia el sur, los edificios altos de Makati, el distrito financiero de Manila, y hacia el oeste el verde esmeralda de los campos de caña de azúcar; y más al fondo, separándonos del Pacífico, la altiplanicie de Tagaytay, con las cumbres de los picos Maculot y General González. A la vista de tanta belleza, sale del alma entonar un *Te Deum* de acción de gracias.

Un tifón excepcional

Un buen amigo mío decía que en Filipinas no hay tiempo de aburrirse. Hacia el final de 1969, un tifón de intensidad sin precedentes cruzó el cielo de Manila. A pesar de los avisos de la Oficina Meteorológica, José decidió acercarse a su oficina, mientras que los demás, después del desayuno, preferimos no salir "por si acaso"; de repente, se desató la furia de los vientos, y el teléfono, el agua corriente y la electricidad se sumieron en el silencio de la muerte: habíamos quedado aprisionados, contemplando los efectos del huracán a través de la pared acristalada de la sala de estar de la casa pequeña. Cualquier intento de salir a la calle o de subir a la casa grande era suicida, ya que los árboles maduros de caoba filipina del jardín volaban de un lado a otro arrastrados por el huracán. Nuestro único contacto con el mundo era la radio de transistores que emitía noticias sorprendentes: «El tejado de la casa del

doctor X ha quedado depositado cien metros más allá, en las proximidades del cine Y». Temíamos por José, que, al darse cuenta de la seriedad de la situación, trató de enfrentarse con la tormenta y regresar a casa en su diminuto Mínica. Al atravesar el puente de Guadalupe sobre el río Pasig, vio que un inmenso anuncio de cerveza de unos 100 metros cuadrados de superficie se le venía encima; aceleró el coche, pidió ayuda a su ángel custodio, y la estructura metálica que soportaba el anuncio se dobló, cayendo sobre el puente justamente cuando su coche había alcanzado el otro lado. Al mediodía, el ojo del tifón cruzó sobre nuestras cabezas acompañado de una amenazadora sensación de paz, arropada por un silencio oscuro; aun así, ofreció una insegura oportunidad a algunos de nuestros vecinos de subirse al tejado de sus casas y poner parches a las goteras; un par de horas más tarde volvió el viento y el ruido, girando con furia renovada en el sentido opuesto.

Pasamos una semana más sin agua, combustible, teléfono o electricidad. Nos duchábamos con las gotas que caían del tejado y nos acercábamos hasta el Roxas Boulevard, junto a la bahía, a comer algo en el único restaurante popular abierto en la ciudad. Un barco grande, quizás de unas 5000 toneladas, descansaba sobre la calzada de la gran avenida, cinco o seis metros sobre el nivel de las aguas en reposo, y ni uno solo de los magníficos árboles de goma del paseo permanecían en pie aunque, con gran sorpresa por mi parte, después de permanecer por varios meses con sus raíces al aire, estaban vivos. Fueron replantados en su lugar original y allí siguen: misterios de los trópicos.

Otro hecho histórico, embellecido por la propaganda política de la guerra fría, fue seguido en la televisión en cada rincón del mundo: la llegada del hombre a la Luna. También nosotros nos pasamos horas pegados a la televisión en la sala de estar de la casa pequeña para seguir las peripecias de los astronautas. Cambiábamos de uno a otro canal, para ver las entrevistas con científicos, políticos y personas de interés, hasta el momento en el que el vehículo espacial se asentó en la superficie lunar.

Visitantes

En los días tempranos de *Banahaw* recibimos tres visitas dignas de recuerdo. Uno de ellos fue un supernumerario americano empleado con Del Monte, una multinacional propietaria de una gran plantación de tomate en Mindanao. Vino a Misa con nosotros, le invitamos a desayunar y nos explicó que el objeto de su visita era localizar una persona que, de acuerdo con sus informaciones, estaba utilizando sus botellas de kétchup para envasar una imitación barata de su producto, hecha de pasta de plátano camuflada con un colorante rojo; utilizaban sus botellas, ocultado el nombre registrado. Apenas pudimos contener la risa porque "el criminal" era Hernan Reyes en persona, que vivía en la casa. Se trataba de una pequeña operación organizada por su madre viuda para sacar adelante a su numerosa familia, y que apenas causaba

impacto alguno en el mercado de Del Monte.

Otro visitante muy especial fue Antonio Dalmases, un supernumerario catalán que, en 1937, todavía un muchacho, se había unido a la expedición en la que san Josemaría cruzó los Pirineos hasta Andorra. Se trataba de aquel chico listo del que uno de los numerarios de la expedición escribió con humor que había descubierto una combinación de "pollo y ciempiés", a la vista del número de patas de pollo que llevaba en su fiambrera. Después de la Misa que san Josemaría celebró en el barranco de la Ribalera, aquel chico había dejado escrito en su diario que «nunca he oído misa como hoy, no sé si por las circunstancias o porque el celebrante es un santo». Y lo era.

Le recuerdo narrando su historia personal en la sala de estar de la casa pequeña. Durante muchos años tuvo buenos amigos de la Obra que le invitaban, sin éxito, a acudir a medios de formación espiritual —retiros, cursos de retiro, círculos—. Él alegaba su apretado horario y no iba, aunque mantenía un gran afecto a san Josemaría, al que escribía con cierta regularidad y del que siempre recibía una respuesta. Un buen día, su mejor amigo afrontó el asunto con claridad:

—Antonio, siempre dices que has recibido una carta del Padre y que le escribes, pero nunca aceptas mi invitación: ¿Tienes algo contra la Obra?

—Nada —le respondió.

—Tú eres un católico ferviente, vas a Misa a diario, eres un buen profesional y padre de familia. Pienso que puedes tener vocación, deberías llevarlo a tu oración por si es lo que Dios te pide. ¿Qué te detiene?

—Nadie me lo ha sugerido.

—Pues yo te lo pido.

Y aquel mismo día pidió la admisión sin más demora.

Por aquel tiempo nos visitó también, acompañado de su esposa, el escritor José María Gironella, un novelista de Gerona cuya primera novela, titulada *Los cipreses creen en Dios,* fue traducida a diversos idiomas y le hizo famoso y rico. Años más tarde sufrió algún problema de tipo psicológico del que dejó testimonio en otro de sus libros titulado *Los fantasmas de mi cerebro.* Había sido compañero de oficina de algunos de los primeros fieles de la Obra en aquella noble ciudad catalana y, años más tarde, fue paciente del doctor Joaquín Navarro-Valls, futuro director de la oficina de prensa del Vaticano. Fue él quién nos informó que Gironella, que viajaba con su esposa en preparación de un libro sobre temas asiáticos titulado *En Asia se muere bajo las estrellas,* deseaba pasar unas horas con nosotros. Les invitamos a comer en *Maynilad,* y Fr. Joe y yo pasamos unas horas encantadoras gracias a la amenidad de su conversación. Nos habló del quehacer del escritor, del apoyo prestado por su esposa, y de la necesidad de someterse a un régimen disciplinado de trabajo y enriquecer su propio mundo interior con nuevas experiencias. Bernie los acompañó por la tarde a varios lugares que deseaban

visitar, y lo que hablaron se reflejó en el libro bajo nombres supuestos.

La hacienda de Calauan

Con *Makiling* todavía en construcción, Ramón Cuervo nos informó que la familia Soriano, mayoritaria en San Miguel Corporation, poseía en Calauan una extensa plantación de cocoteros, parte de una herencia de un antepasado de ascendencia china; él pensaba que no sería difícil que nos permitieran utilizar para retiros y convivencias la gran casa de la plantación, habitualmente vacía. Estaba elevada sobre el suelo por postes de madera y construida con materiales nativos, madera, bambú y nipa; su diseño era elegante y la casa era fresca y limpia. José Rivera, que, por entonces trabajaba en *San Miguel Corporation*, solicitó su uso, y le fue concedido inmediatamente.

El lugar era bello y muy tranquilo pero, como dice la sabiduría popular "no todo el monte es orégano". Fr. John Portavella, recién llegado al país, predicó allí su primer curso de retiro y se encontró con que no era fácil hacerse escuchar durante las meditaciones, pues su voz entraba en competencia con las gallinas que cacareaban bajo el suelo de bambú. Además, había pocas habitaciones, eran muy grandes y los chicos charlaban en voz alta. Tampoco era sencillo mantener el equilibrio en una silla sobre el suelo de bambú, pero era lo que había disponible.

En la segunda convivencia del año 1968, durante un partido de balón volea, José Rivera cayó en mala posición, su pierna giró en ángulo recto y hubo que trasladarle urgentemente a un hospital en la Luneta. A Nando también le ocurrió algo y hubo que operarle con urgencia en otro hospital a bastantes kilómetros del otro; yo tuve que quedarme en la ciudad, guardando la casa y corriendo de un hospital a otro, y una noche, agotado del cansancio, me dormí conduciendo a alta velocidad en una gran avenida, por fortuna vacía a aquellas horas: me metí en la acera y mi ángel custodio impidió que me llevara por delante a viandantes, árboles o postes. Volví a la calzada muchos metros más allá, todavía dormido.

Hacia el final de los años sesenta san Josemaría nos pidió que estudiáramos la posibilidad de enviar a Torreciudad dos o tres grandes conchas tropicales de unos setenta centímetros de longitud, para utilizarlas como pilas de agua bendita: nos las proporcionó una señora de Zamboanga, al sur de la Isla de Mindanao. En un viaje que Bernie hizo a Roma mencionó a san Josemaría que a su paso por Torreciudad había visto «las conchas que enviamos desde Filipinas» a lo que él mismo puntualizó con un toque de humor que se trataba de «las conchas que os pedí que nos mandarais desde allí», dejando claro su conocimiento e interés por las cosas de nuestra tierra.

[1] Localizado en Washington, Estados Unidos, *The Heights* es un colegio impulsado por fieles de la Obra y amigos.

7.
1970-1972: DOS AÑOS MÁS

HAY RAZONES PARA SELECCIONAR este par de años como un tiempo de especial importancia ya que cubren la instalación de *Makiling Conference Center,* los dos primeros años del programa Máster del CRC y varios convivencias dignas de mención; y sobre todo porque durante este par de años llegaron muchos a la Obra, tanto numerarios como supernumerarios, fruto del apostolado en la *University of the Philippines* y la labor de dirección espiritual de Fr. Joe con profesionales en *Banahaw*. Esto nos obligó a abrir un nuevo centro, *Lauan*, más próximo al campus de la Universidad. Solo seis años después de la llegada de los primeros, se percibía ya el aroma de una labor madura.

Antes de nada, parece oportuno añadir unas líneas sobre el entorno en el que tuvo lugar este crecimiento apostólico. En el campo político, al final de 1969 Ferdinand Marcos fue reelegido presidente del país, y algún tiempo después declaró la Ley Marcial como respuesta política a la creciente agitación. En la vida de la Iglesia se intensificó la crisis posconciliar; pero ni el activismo político y la inestabilidad social, ni la confusión doctrinal impidieron un crecimiento vigoroso del apostolado.

EL TALLER DE JOSÉ ANTONIO ORTOLL

La instalación de *Makiling*, los edificios del CRC, *Banahaw* y los nuevos centros requerían mobiliario adecuado, por aquel entonces nada fácil de adquirir; en especial los nuevos oratorios exigían perfección en los detalles, por amor de Dios. Resultó providencial la colaboración de José Antonio Ortoll, al que ya presenté páginas atrás. Él realmente valoraba la perfección en el trabajo y apreciaba nuestra sintonía con él. Nos enseñó a estofar y dorar al modo clásico, aplicando hoja de oro real sobre el almagre rojo con un cepillo de pelo de castor, y también nos educó en principios de estilo: el respaldo de

un sillón Luis XIV lleva solo tres rosas talladas. «Algunos piensan que cuantas más mejor», comentaba con sorna. Le encantaba comprar barato y sabía hacerlo. Adquirió antiguos crucifijos de madera e imágenes de Nuestra Señora y de san José oscurecidas por el tiempo, ingenuas pero devotas, que nos regalaba una vez restauradas; y en ocasiones solicitaba de algunas de sus adineradas clientas que nos donaran algunas de las piezas de mobiliario que habían llevado a su taller para un tapizado. Así fue como nos regalaron un enorme sofá redondo que, dividido en dos mitades y con un nuevo tapizado, llena con su agradable curvatura el centro de la sala de estar de la casa de retiros.

José Antonio nos presentó al señor Ronquillo, un herrero de habilidad poco común que fabricó para *Makiling* lámparas de hierro forjado y sólidas rejas de ventana; de José Antonio aprendimos la tradición china del barnizado, que duraba años y años sin rasguños. En una ocasión habíamos comprado en una tienda unos sillones cuyo barniz sufrió pronto deterioro. José Antonio entonces nos llevó al Casino Español para mostrarnos unos sillones que había fabricado veinte años atrás y no mostraban un rasguño. Nos explicó que en su taller se aplicaba el barniz a muñequilla, se removía luego con papel de lija y se aplicaba otra capa de barniz y un nuevo lijado cada vez más fino, y solo cuando no era posible penetrar el barniz, después de siete u ocho barnizados, el trabajo se consideraba terminado: vieja tradición china del perfecto acabado.

Nos presentó a la señora Montenegro, que conocía a los propietarios de las nobles mansiones coloniales de la Villa de Taal, Batangas, que estaban dispuestos a deshacerse de sus vetustos muebles, menospreciados por la modernidad y hoy considerados como valiosas piezas de museo: gallineras, altares y estanterías de maderas duras y color oscuro, de gracioso diseño y notable talento artesanal; también nos llevó a conocer a sus amigos moros de Mindanao que vendían platitos de la dinastía Ming, blancos y azules, a diez pesos por pieza, y planchas chinas de carbón vegetal que en el taller se transformaban en decorativos ceniceros. Y machetes y alfanjes, que daban sabor de época a corredores y vestíbulos. En el distrito de Paco nos llevó a una casa en vías de demolición, en la que adquirimos unas preciosas sillas de bejuco del siglo XIX y un gran armario de madera dura para el despacho del director ,y donde nos regalaron una gran “palmera”, madre de los centenares de palmeras esparcidas por el jardín de la casa de retiros que, según las cuentas de José, pasan hoy de 600.

Nos hizo también valiosas sugerencias, como construir en el gran patio de la casa de retiros falsos arcos que rompieran la monotonía de los paramentos; se empeñó en que las vigas decorativas se hicieran de madera sólida en lugar de utilizar piezas de tablero, incapaces de disfrazar su debilidad, y en que añadiéramos celosías, volutas y barandillas que dieran carácter a distintos ambientes. Por estas, y por muchas otras cosas, conservamos de él una memoria agradecida y pedimos por el reposo de su alma. Fue un gran

cooperador que, como otros muchos, hicieron de *Makiling*, con contribuciones grandes o pequeñas, un milagro de amor de Dios y generosidad; que es para miles de personas ocasión de pasar unos días de paz con el Señor y algo así como un segundo hogar, como nos había pedido san Josemaría.

La construcción del edificio; convivencias y otros medios de formación espiritual

Cincuenta años más tarde, muchas personas que atraviesan las puertas de *Makiling* por primera vez se admiran de la calidad y la paz serena del entorno, del cuidado de los detalles, de la belleza del oratorio, que invita a la piedad, y de los árboles gigantescos del jardín, y nos preguntan: «¿Cómo pudisteis hacer esto hace medio siglo, cuando erais todavía cuatro gatos?». La respuesta es que todo fue el fruto de la confianza en la palabra de san Josemaría y de la ayuda generosa de mucha gente buena.

Durante el periodo de construcción ocurrieron anécdotas pintorescas. En una de nuestras visitas semanales nos encontramos con que el señor Ronquillo nos había entregado dos grandes lámparas de hierro forjado, una de ellas destinada a la sala de estar y la otra a la noble escalera de la zona de dirección y huéspedes; ambas llevaban un buen número de cruces de Malta colgadas del borde de su cilindro principal. Pedimos al capataz que nos las presentara en el lugar donde iban a ser instaladas para que, en nuestra próxima visita, pudiéramos apreciar si su centrado y altura eran correctos; una semana más tarde, las lámparas estaban en su sitio, pero las cruces de Malta colgaban de los cuellos de los peones que trabajaban en las obras, que nos miraban sonrientes en busca de nuestra aprobación; se las dimos, y encargamos nuevas cruces. Otro día nos robaron el vehículo todoterreno que utilizábamos para las necesidades del trabajo; recurrimos a la madre de Bernie, uno de cuyos hermanos disfrutaba de autoridad informal sobre la zona y, en pocas horas, nos devolvieron el vehículo sin neumáticos. Finalmente, los obreros encontraron en una letrina abandonada una boa gigantesca con sus pequeños; la cazaron y tras un buen asado, se la zamparon. Cosas de los trópicos.

La construcción de *Makiling* progresaba lentamente y, mientras tanto, la familia crecía, y se hacía notar cada vez más la necesidad de proporcionar formación espiritual e intelectual a los recién llegados: ya quedaron descritas un par de convivencias y cursos de retiro. A lo largo de aquellos años utilizamos también otros lugares en el campo, gracias a la generosidad de diversos amigos.

Dos retiros para estudiantes tuvieron lugar en Antipolo, un lugar fresco, verde y próximo a Manila, donde se alza un santuario dedicado a la Virgen bajo la advocación de Nuestra Señora de la Paz y Buen Viaje. La devoción a esta Virgen se remonta al siglo XVII y tiene que ver con la protección de la virgencita negra situada en el mascarón de proa del galeón que transportaba

de Manila a Acapulco mercancías de las que dependía la subsistencia de muchos de sus habitantes. Era un trayecto conocido por piratas y otros salteadores, pero no hubo robos y los habitantes de la ciudad invistieron a la Virgen del uniforme de Capitana General con bastón de mando. Después de varias peripecias construyeron en su honor un santuario en las colinas de Antipolo, y allí se quedó hasta ahora, siempre dispuesta a recibir a sus agradecidos visitantes o a los hijos pedigüeños del pueblo filipino. Usamos una bella propiedad que nos prestaron, llena de buganvillas en flor, y más tarde otra, en otro lugar cercano llamado *Nipa Hut.*

Ya he mencionado detalles de cómo solucionamos las primeras convivencias. La de 1971 fue memorable: el número de asistentes era ya muy crecido y Vic Abola había conseguido de su jefe, don Carlos Valdés, permiso para utilizar la espaciosa casa de vacaciones que poseía en Baguio. Hacia la mitad de las tres semanas programadas el propietario nos envió un recado diciendo que necesitaba urgentemente utilizarla. No sabíamos qué hacer, pero Bob Paluzska tuvo una idea luminosa. Él había pertenecido a los *marines,* tropas especiales de asalto de la marina americana, que habían instalado en Baguio un extenso campo de descanso y convalecencia para las tropas que luchaban en Vietnam; era un verdadero paraíso, con campo de golf y otras muchas instalaciones deportivas, confortables barracas para veinte personas, biblioteca, salas de reuniones, y hasta una capilla interconfesional, todo ello dentro de una extensa zona de bosque.

Bob se presentó en el despacho del coronel jefe, le expuso nuestro problema y el coronel accedió a nuestra petición. Nos cedieron una barraca militar, con camas equipadas con los colchones más cómodos que habíamos utilizado desde hacía muchos años, duchas de agua caliente y acceso a las instalaciones deportivas. Como no todo puede ser perfecto, no podíamos utilizar la cantina del campo, por lo que tuvimos que adquirir nuestra comida en un chiringuito estratégicamente situado en la puerta de entrada de la zona militar.

Imágenes y vasos sagrados recuperados para el culto

En los años posteriores al Concilio Vaticano II se difundió la idea peregrina de que ahora todo tenía que ser nuevo, moderno y diferente. Bastantes sacerdotes se estaban deshaciendo de antiguos objetos litúrgicos que podían acabar decorando una sala de estar, o simplemente se fundían para recuperar su valor en plata u oro; también en Filipinas comenzaban a ponerse de manifiesto las consecuencias de este modo de pensar y de actuar. En las etapas iniciales de la cristianización de Filipinas, la corona española a la que la Santa Sede había concedido el derecho de Patronato, acostumbraba a enviar a cada nuevo templo un cáliz y una custodia; también los religiosos venidos de ultramar solían traer consigo imágenes y objetos litúrgicos. Pocas de estas

piezas están documentadas y solo una parte puede ser datada por su estilo; algunas eran verdaderas obras de arte del mejor periodo de la orfebrería española. Con respecto a su origen, algunas venían directamente desde la metrópoli, otras procedían de México, y más tarde, los franciscanos encauzaron el talento local para fabricar piezas ingenuas pero dignas y piadosas. Cuando, en la mitad del siglo XIX, los barcos de vapor acortaron las distancias a Europa, algunas familias adineradas viajaban a Francia, que era la moda de los tiempos, y allí adquirieron también objetos litúrgicos que donaban a sus parroquias respectivas.

El largo uso y las malas condiciones de conservación de muchas de estas piezas habían causado deterioros, y los buenos sacerdotes que atendían las parroquias rurales no eran capaces de hacerlas reparar, por lo que, en el confuso entorno del posconcilio, se deshicieron de ellas por el valor de su peso en plata, sin tener en cuenta la voluntad de los donantes, su carácter sagrado y en algunas ocasiones, su antigüedad y valor artístico. Acabaron en las tiendas de la media docena de anticuarios instalados en los distritos de Ermita y de Malate, frecuentados por personas ricas, dispuestas a adquirir una custodia o un cáliz para adornar una estantería de su sala de estar. Sin duda, sin malicia, pero con falta de sentido sobrenatural. San Josemaría nos animó a que, en la medida en que nos fuera posible, adquiriéramos esos objetos litúrgicos, los restauráramos si fuera necesario y los devolviéramos al culto divino.

Fr. Joe se embarcó en una campaña de simpatía para ganarse la buena voluntad de los anticuarios, y yo solía acompañarle en su callejeo de tienda en tienda. En cada nueva visita a un anticuario descubríamos cálices, copones y custodias de plata, magníficas algunas de ellas, y Fr. Joe conseguía convencer a los dueños de las tiendas de que aquellos objetos que habían conservado el cuerpo del Señor tenían que ser devueltos al culto divino. Les cayó en gracia —debió de rezar mucho—, y ellos se comprometieron a reservarnos cuantas piezas de esta naturaleza cayeran en sus manos, cobrándonos tan sólo el precio pagado por ellas, que solía ser el de su peso en plata. Y cumplieron su promesa. Tras años de zascandileo adquirimos unos 120 cálices, un buen número de copones y unas 70 custodias. El siguiente paso era la restauración: bastantes de esos objetos habían sufrido serios desperfectos, y enviarlos fuera del país para su restauración era tremendamente complicado.

Paseábamos una mañana por las proximidades de la Rotonda de Remedios, y vimos en el escaparate de una tienda una imagen del Santo Niño vestido con un precioso delantal de plata martillada. Era un objeto de nueva fabricación, y el platero que había producido aquel vestido bien podría restaurar nuestros objetos litúrgicos. Fr. Joe le preguntó a la encargada de la tienda el nombre y la dirección del platero, pero ella se resistía a darlo: hubo un forcejeo verbal en el que vencieron la simpatía y las razones de Fr. Joe, y ella le confesó que su resistencia se debía a que aquel orfebre trabajaba casi en exclusiva para la primera dama del país, Imelda Marcos: el platero se llamaba

Cardíng de Jesús, y ella nos dio su dirección.

Fuimos a verle: tenía su taller en la planta baja de una antigua casa de madera, embarrada en la estación de lluvias, situada en el distrito de Binondo. Carding era un verdadero caballero con las manos de un orfebre renacentista, y traía tras sí una larga tradición familiar de buen hacer en el oficio; su padre había fabricado las magníficas coronas de la madre y el hijo utilizadas en la coronación canónica de Nuestra Señora de la Naval, llamada así porque su intercesión salvó a la ciudad del ataque de una flota holandesa.

Nos sorprendió ver colgadas de las vigas del taller unas lámparas de plata y cristal de Bohemia, dignas de un palacio real. Estaban allí en espera de restauración y limpieza. Carding nos explicó que pertenecían a la duquesa de Alba y nos contó la historia: Imelda Marcos había conocido a la duquesa en un viaje oficial a España y hablaron de las lámparas: se quejaba de que «no tengo a nadie que me las restaure», a lo que Imelda contestó: «Mándamelas a Manila». Allí estaban esperando su turno.

Carding pedía precios razonables, y como buen artista que era, no era fácil saber cuándo terminaría su encargo, pero era capaz de devolver el esplendor original a cualquier pieza de plata u oro que pasase por sus manos. Fue para nosotros otro regalo del Señor. Trabajó hasta su jubilación en la restauración de los objetos litúrgicos que fuimos adquiriendo a lo largo del tiempo. Muchos de ellos se utilizaron en nuestros oratorios de Filipinas y otros en los de Australia, Nueva Zelanda, Hong Kong, Macao, Singapur, Taipéi, Seúl, Japón y alguno incluso en los Estados Unidos de América.

Adquirimos también por aquel tiempo varias imágenes valiosas. Cuando estábamos instalando un nuevo centro y buscábamos un crucifijo grande que presidiera el ábside del oratorio, encontramos uno que nos pareció ser exactamente el que necesitábamos; y ocurría, además, que el propietario del almacén era de origen alicantino, como Fr. Joe. Se trataba de una antigua talla de madera ennegrecida por los siglos, románica en estilo, pero ciertamente tallada por un artista chino: el propietario nos pidió ochocientos pesos que, simplemente, no teníamos. Rezamos, Fr. Joe le dio buenas razones, se ablandó su corazón y nos prometió donarlo si aquel día cerraba un buen trato pendiente, cosa que de hecho ocurrió. Fue restaurado en el taller de Ortoll y resultó una imagen del Señor que movía y mueve a la piedad.

Adquirimos más tarde otras imágenes valiosas, entre ellas una preciosa Asunción de Nuestra Señora de gusto rococó, que se instaló en el oratorio de un centro de mujeres de la Obra. Pero sobre todo encontramos la extraordinaria imagen de Nuestra Señora que preside el oratorio principal de *Makiling Conference Center.* Paseaba un día Fr. Joe con el recién llegado Fr. Ramón Dodero, del que hablaré más adelante, por los alrededores de la iglesia de los Remedios, cuando descubrieron una tienda nueva de antigüedades llamada El Galeón. Entraron, y en un rincón oscuro de la trastienda descubrieron una maravillosa imagen de Nuestra Señora con el Hijo en sus brazos, con rostros y manos de marfil y coronas de plata martillada. Al

preguntar por su precio, el dueño contestó que llevaba en el almacén más de quince años y no recordaba lo que había pagado por ella.

Las dimensiones de los cuerpos, así como el movimiento de los ropajes, eran tan perfectos que hubieran podido salir del taller de Martínez Montañés. En un viaje a España en 1976 visité a don Fernando Carrasco, un viejo cooperador de Jerez de la Frontera, experto en la materia. Al mostrarle la fotografía confirmó que mi suposición podía ser correcta. Le dije que habíamos pagado por ella 15 000 pesos y me dijo que habíamos conseguido una ganga. A continuación, se levantó y sacó de un cajón de su despacho un par de largos rosarios de plata con perlas y coralitos, magníficos!, y me los dio diciendo: «Estos rosarios vinieron de Filipinas y es justo que retornen a su tierra»: suelen colocarse en las manos de Nuestra Señora en los días de fiesta.

Finalmente me viene a la memoria algo que ocurrió en una visita a uno de nuestros amigos anticuarios. Nos dijo que quería mostrarnos unas fotografías de un magnífico bajorrelieve en madera que representa a la Inmaculada Concepción rodeada de medallones de atributos marianos, que alguien le había ofrecido. La recordé en el acto; venía de la iglesia de San Gregorio en Majayjay, un pueblecito de montaña en la ladera del volcán Banahaw. El pueblo se sentía orgulloso de aquella magnífica iglesia franciscana, y la talla pertenecía a aquella iglesia. Le aconsejé que no la adquiriera, ya que, fuera quien fuera quien se la ofreciera, solo podía ser fruto del hurto. Me hizo caso.

En los años 90, tuve la oportunidad de volver a Majayjay, y el bello bajorrelieve continuaba colgado de la pared de la nave, protegido por una reja metálica. Un seminarista que se ofreció a acompañarme me explicó que años atrás, un sacerdote decidido a abandonar su sacerdocio había vendido el sagrario y el frontal del altar, ambos de plata, y quiso vender también, sin conseguirlo, el bajorrelieve de Nuestra Señora. Recé por el sacerdote, y di gracias al Señor porque mi amigo el anticuario hubiera escuchado mi consejo. El año 2014 volví por última vez a Majayjay; la iglesia y el bajorrelieve habían sido cuidadosamente restaurados e invitaban a rezar a Nuestra Señora desde su lugar de siempre, y esta vez sin reja protectora.

Un nuevo Maynilad Study Center

En 1969, los señores Katigbak deseaban recuperar la propiedad de la Calle Maria Y. Orosa que nos habían arrendado, y necesitábamos una nueva casa en aquel sector de la ciudad para no perder el contacto con los alumnos de *De la Salle College,* apostolado que había producido tantos frutos... Una vez más, la divina providencia vino en nuestra ayuda: los padres de Fr. Bobby Latorre poseían en la Rotonda de Malate una casa de dos plantas más bien grande, unida a una terraza de cuatro apartamentos también de dos plantas. Habían trasladado su domicilio a una casa de nueva construcción en la urbanización de San Lorenzo, y habían alquilado el complejo de edificios a la Embajada de

la India. Pero el contrato estaba a punto de concluir: la realidad es que la casa no encajaba bien como sede de embajada y los señores Latorre, con gran generosidad, nos ofrecieron el uso. Más tarde, nos cedieron la propiedad misma.

Todo el conjunto necesitaba una seria renovación para adecuarlo a las necesidades de un centro de la Obra, pero la localización era muy buena. Se hicieron los trabajos de remodelado dentro del año 1970, y dirigió las obras el arquitecto Gabino de León, buen amigo y cooperador hasta el fin de su vida: había sido uno de los más importantes innovadores de la arquitectura en el país después de los destrozos de la segunda guerra mundial, e hizo su trabajo *gratis et amore*. Cuidó los detalles y consiguió unificar con poco gasto cinco edificios diferentes. El resultado distaba de ser perfecto, por las dificultades del proyecto y nuestra falta de dinero, pero Gabino proyectó un buen oratorio, una sala de estar en la que los presentes apoyaban su espalda en la pared, una sala de estudio, salitas para círculos y clases, y habitaciones personales para los residentes, además de una zona adecuada para la administración. Gracias a tanta generosidad, el centro sirvió durante años como instrumento eficaz, hasta su traslado a una nueva sede.

En todos aquellos años de comienzos fuimos de acá para allá, con la casa a cuestas, pero el Señor se volcó con su generosidad acostumbrada. Tan solo tres de los recién incorporados comenzaron a vivir en el nuevo centro: Bobby Latorre, Peter Cenzon y Roque Carballo. Hoy dos de ellos son sacerdotes y el tercero profesor universitario; pero pronto llegaron bastantes más: Roy Cimagala, hoy sacerdote y prolífico escritor; René Tanjuakio, también sacerdote hoy, que trabajó en Japón durante varios años, y Cesar Santos, hoy también sacerdote. Durante varios años, Fr. José María de Torre fue el capellán del nuevo *Maynilad*, donde impartió cursos filosóficos sobre el marxismo, tema importante en aquellos tiempos conflictivos.

Apostolado en tiempos de tormenta

Caloy Abola, hoy Fr. Caloy, recuerda haber visitado el centro de la Obra cuando era todavía un chaval de segundo año de bachillerato, según él, en 1967. El recién arrendado edificio necesitaba algunas ligeras modificaciones de distribución, entre ellas desmontar el lavadero para transformarlo en sede de un club de bachilleres. Para hacerlo, Víctor, su hermano mayor solicitó la ayuda de Lito, otro hermano suyo, ingeniero civil, al que el joven Caloy acompañó en su visita. Un año después asistió a un curso de retiro predicado por Fr. John Portavella, y en otra ocasión fue de excursión con otros chicos de su edad a la presa de Montalbán, acompañando a José Rivera, entonces director del centro; probablemente se trataba del primer intento de comenzar un club de bachilleres.

Caloy era el benjamín de una extensa familia cuyo padre era un respetado

profesor de Derecho en la Universidad de Santo Tomás y tenía, además, un bufete propio. La familia Abola mostró siempre una disposición llena de afecto hacia la Obra, especialmente la madre, una piadosa y encantadora mestiza perteneciente a una de las antiguas familias de San Juan del Monte, un pueblo verde con jardines grandes y casas coloniales construido sobre una colina, que en tiempos antiguos recibía al atardecer la brisa del mar. Su apellido de soltera, de origen vasco, era Arteaga; su padre había sido práctico del puerto de Manila al final de la época española, y un hermano suyo fue el primer oficial filipino muerto en la guerra de Corea, por lo que una calle está dedicada a su memoria en su pueblo natal.

En junio de 1970, con dieciséis años, Caloy se matriculó en la *University of the Philippines* para estudiar ingeniería, y comenzó a acudir y asistir con regularidad en *Banahaw* a círculos, meditaciones y a recibir dirección espiritual. Hacia septiembre de aquel mismo año Bob Paluzska, llegado a Filipinas pocos meses antes, se hizo cargo del futuro club de bachilleres, y Caloy fue uno de los tutores junto con Al Onglaw y Paquito Calero; según él, otros "clásicos tutores" fueron Ramoncito Cuervo y Miguel Guerrero, que aparecieron hacia el final de 1971 o el comienzo de 1972.

Al recordar estos y otros nombres me siento movido a dar gracias a Dios Nuestro Señor por el fruto de una labor hecha en fidelidad al espíritu que nos había entregado san Josemaría. Algunos de ellos son hoy numerarios, otros supernumerarios o cooperadores; algunos, que por un tiempo desaparecieron, tienen ahora hijos en la Obra; otros han sufrido duras pruebas llevadas con ejemplar espíritu cristiano, y algunos se han encontrado conmigo o con la Obra en los lugares más insólitos: en Shanghái, Ho Chi Minh, Nigeria, Canadá o España, y muchos en América; otros ya fallecieron, sintiéndose ayudados y queridos por sus viejos amigos. Una simpática chica joven me dijo recientemente que buscaba un novio que fuera como su padre, como uno de aquellos chicos. No acumularé listas de nombres, pero narraré algunas historias singulares que muestran cómo el espíritu de la Obra echó raíces en Filipinas y, como había previsto san Josemaría, se extendió desde allí a muchos otros lugares de los cuatro puntos cardinales.

Contemporáneo de Caloy fue Gary Soria, hoy también sacerdote, que a su vez invitó a Vijie Maliksi, antiguo compañero de clase en un colegio salesiano. Estaba considerando su vocación al Opus Dei cuando sus padres decidieron emigrar a los Estados Unidos. Decidió acompañarlos y estudió y trabajó en Nueva York unos años hasta que decidió volver a su país y seguir la llamada del Señor. A los comienzos de la labor en Taiwán marchó a Taipéi, y allí sigue como un sólido pilar, con su ciudadanía taiwanesa y su trabajo de escritor y editor. Amigo de Caloy y de Gary, y también estudiante de primer año en la *University of the Philippines,* fue Tibo Evalle: quien le conoce sabe que es la simpatía personificada. Pidió pronto la admisión como supernumerario y, al cabo de unos años, junto con su esposa, dedicó muchas horas de su ya larga vida a impulsar cursos de orientación familiar, en Manila

y en todo el archipiélago.

Un día, tras la Misa en el campus de la universidad, Tibo conoció a Joel Martínez Chan y le invitó a ir al centro. Joel era hijo de un matrimonio formado por un médico militar de ascendencia española ya fallecido y una enfermera china. Su pasión era la Física, e incluso antes de terminar su carrera en la Universidad de San Carlos, en la ciudad de Cebú, conocía ya a fondo todo lo que un curso Máster de *University of the Philippines* pudiera ofrecerle; pero necesitaba el título para acceder a un curso doctoral en el *Massachusetts Institute of Technology*, en Boston. Ese era su sueño, aunque no tuviera un peso, ya que la pensión de un médico militar sumado al sueldo de una enfermera con cuatro hijos no daba para mucho. Joel se vino a Manila con poca ropa y menos dinero, a menudo solo hacía una comida al día, estaba en perfecta forma física, iba siempre limpio y elegante y dedicaba a la Física muchas horas diarias: con una notable disposición abierta a la voluntad de Dios, pidió la admisión como numerario.

Hizo un espléndido trabajo con los chavales del club, que le admiraban, y algún tiempo después consiguió algún dinero para viajar a Boston, donde combinó sus estudios con su trabajo y se graduó con honores. Años más tarde, al comienzo de la labor en Singapur, obtuvo una posición de profesor de Física, primero en Naam Young y luego en la *National University*. Ha publicado alrededor de un centenar de artículos científicos en revistas especializadas de prestigio y ha hecho mucho apostolado en la ciudad-estado y en Malasia.

Y finalmente Ramoncito Cuervo —así se le llamaba para distinguirle de su padre Ramón—, el segundo de trece hermanos. Su madre, Montse, también supernumeraria, falleció recientemente. En la familia hay también otro hijo numerario —que ha sido profesor ordinario de economía en la *University of Macao*—. Varias hijas son de la Obra, su hermano es Fernando es supernumerario, y su hermana mayor, Conchitina, junto con su marido, arquitecto, pertenecen al Camino Neocatecumenal. Estos, ya hace muchos años, se fueron a vivir con su extensa familia a una de las Villas Jóvenes de Lima, Perú, en otras palabras, a zonas de chabolas, donde han puesto en marcha ocho parroquias con sus correspondientes iglesias de nueva planta.

Ramón, el papá, era serio y prudente, se ganaba bien la vida y no le faltaba el sentido del humor. Su esposa, Montse, estaba convencida de que, con trece hijos a su cargo, era preferible centrarse en enseñarles a amar a Dios y al prójimo, en tener buen corazón y hacer del hogar una fiesta permanente. En una ocasión me contó Ramón una de las muchas iniciativas de Montse: se acercaba la Navidad y pensó que había que hacer algo para que sus hijos vivieran la caridad con los niños pobres de los alrededores. Recogerían juguetes ya olvidados y los arreglarían; pero, además, convenció a su esposo de que sus hijos tenían que colaborar en ganar algún dinero para adquirir dulces y regalos. Su proyecto consistía en organizar en casa sesiones diarias de cine durante las vacaciones navideñas, a las que sus hijos invitarían a sus

amigos, que pagarían una pequeña cantidad por película. Naturalmente, Ramón tuvo que alquilar un proyector de cine y un montón de películas, y Montse se sintió obligada a preparar meriendas para más de cincuenta criaturas. Al final de los días navideños Ramón echó cuentas, y sin contar las horas que dedicó personalmente al proyecto, el beneficio fue de cincuenta pesos. «El próximo año —le dijo a su esposa— te doy doscientos pesos, y nada de películas».

Ramoncito fue un producto de tales padres. Ramón había creado una importante compañía de evaluación, ventas y alquileres de propiedad inmobiliaria, que a su muerte heredó Ramoncito. Sabía mucho del tema, tenía una fértil imaginación y un gran sentido común. El Señor dispuso que, joven aún, enfermara de lupus, y con su penosa enfermedad a cuestas administró durante muchos años una empresa de prestigio nacional, fue nombrado comisario del tribunal examinador de agentes de la propiedad, impulsó muchos proyectos y al fallecer, hace pocos años, le concedieron la medalla de oro por los servicios prestados a la profesión en el ámbito nacional.

Vienen a mi memoria tantas otras historias entrañables de aquellos años de *Banahaw*. Perdimos de vista a Mariano, un estudiante de Derecho, leal y trabajador, y volví a reencontrarle treinta y dos años más tarde cuando era ya juez del Tribunal Supremo. Con ocasión de una conferencia sobre los fundamentos ontológicos y éticos de la ley civil vino acompañado de su esposa, antigua decana de Derecho de una universidad. Al final del primer día ella me dijo: «Padre, le dejo con mi esposo por unas horas; tiene mucho que hablar con usted». Tuvimos una conversación larga y emotiva hasta bien entrada la noche, en la que puso de manifiesto su agradecimiento por la formación que había recibido en aquellos años de *Banahaw*, me habló con lágrimas en los ojos de esas equivocaciones que todos cometemos y mostró una profunda gratitud por las muchas cosas buenas que había recibido a través del espíritu de la Obra. Fue el reencuentro con un amigo entrañable. Asistí años más tarde a la ceremonia de su jubilación: discursos, regalos, publicaciones y a final, ruegos y preguntas. Una entre ellas: «*Your honor*, ¿tiene planes para su futuro?». A lo que contestó con un tono de humor: «Prepararme para el cielo».

Y finalmente unas líneas dedicadas a otro chico joven que también venía por *Banahaw*: le llamaré simplemente Ike. Su historia puede servir de ejemplo de lo que ocurría aquellos días en los campus universitarios. Su padre había sido un hombre de importancia, ligado a la política, cuyos avatares acabaron en la ruina. No sé si Ike vive todavía, pero espero que si lee estas líneas no encuentre en ellas nada que no se corresponda con los acontecimientos que tuvieron lugar en su distante juventud. Le tenía gran afecto y él era un hombre bueno; la ruina familiar le había dejado inseguro en el ambiente universitario, y se unió a un grupo comunista camuflado, donde encontró camaradería y simpatía en su rechazo de una sociedad que le parecía injusta. Un amigo le trajo por *Banahaw* y él apreció la comprensión y el respeto que encontró entre

nosotros, e incluso comenzó a acudir a medios de formación y a charlar con el sacerdote. Una tarde llegó, lleno de excitación, pidiéndome una bendición, ya que tenía que partir urgentemente para una peligrosa misión en las montañas de Zambales: extraña combinación de fe y marxismo.

Cuando el presidente Marcos declaró al Ley Marcial en septiembre de 1972, el alto mando del partido comunista decidió separar de la organización a los "compañeros de viaje" que juzgaban no dignos de confianza, e Ike fue una de las víctimas. En varias ocasiones, al encontrarse con uno de sus viejos camaradas entrañables, este se portaba como si nunca lo hubiera conocido. Tal traición afectó su débil equilibrio emocional y tuvo que abandonar sus estudios y ser tratado por un psiquiatra. Pero él continuó viniendo por el centro, donde se le acogía sin reparos, incluso cuando, una vez curado, se graduó en periodismo y comenzó su vida profesional.

Como es lógico, también la policía intentó infiltrar a sus agentes entre los estudiantes que frecuentaban el centro. Joseph, un estudiante de ingeniería que pertenecía a una organización paramilitar, nos informó lealmente que le habían asignado aquel encargo, pero en el centro no había nada que ocultar: en nuestros centros no se hablaba de política, se aceptaba a quien viniera con buena voluntad, se le ayudaba a sentirse hijo de Dios y de la Iglesia, y a prepararse con un estudio serio a santificar su trabajo y convertirlo en instrumento de una futura tarea de servicio, al país y al mundo entero, y en especial a los más necesitados, como nos había enseñado san Josemaría.

KULYAWAN, UN CLUB DE CHICOS DE BACHILLERATO

Como dije, desde hacía tiempo nos venía rondando en la cabeza la idea de un club de bachilleres, hijos en su mayoría del ya numeroso grupo de supernumerarios y cooperadores. *Banahaw* ofrecía buenas posibilidades, con un jardín de 3000 metros cuadrados, con árboles maduros y un enorme tanque de agua elevado, al que se ascendía por una escalera de mano; y además disponíamos del antiguo lavadero con entrada desde el jardín. La idea se hizo realidad cuando llegó Bob Paluszka, hombre duro que, como dijimos, se había alistado a los *marines*, americano de origen polaco y notable cultura. Nuestros chavales eran muy majos, divertidos y tenían corazón, pero necesitaban endurecerse. Gente que iba al colegio en coche. La mayoría nunca había visto una vaca o un caballo. Carecían de hábitos de cultura. Eran los frutos primerizos de la cultura de la imagen. Sus nombres y sus imágenes están muy dentro de mi alma: Guigo Heredia y sus primos, los Abreus, Charlie Mari; los hermanos Tan, los Buencamino; Fico, Luis y Fernando Cuervo; Tonyboy Toledo; los Sison; Jake Nepomuceno; Dino y Carlo de León… Un total de unos veinte, siempre dispuestos a gastar sus sábados y domingos haciendo travesuras, bajo una cierta supervisión de Caloy, Ramoncito, Paquito Calero y Miguel Guerrero.

Solo hace unos pocos días oficié el funeral de Luis Cuervo en la ciudad de Lipa, donde murió de cáncer. Le había visitado unas semanas antes, y me dijo que se sentía tranquilo en las manos de su Padre Dios. Una hijita pequeña encantadora se le echaba al cuello llena de alegría cubriéndole de besos. Al funeral acudió muchísima gente que le quería bien, todos sus hijos mayores esparcidos por el mundo; y vino también Dino de León, el gran amigo de la infancia, el más travieso del grupo, que le había acompañado en su larga enfermedad con la lealtad cristiana de un amigo fiel.

El afán de divertirse de aquella pandilla de bandidos de trece años estaba controlado por la mano férrea de Bob, pero cuando las circunstancias les eran favorables, en ocasiones le ganaban la batalla. Una tarde de domingo se proyectaba una película para los "mayores" en el cuarto del antiguo lavadero convertido en una amable sala de estar, y Bob estaba dentro. La habitación tenía dos puertas, que podían cerrarse por su parte exterior. Una daba al jardín y la otra a la casa, una rara consecuencia de su antiguo uso, que los chavales habían descubierto. Encerraron dentro de la sala a todos los residentes del centro que descansaban viendo la película. ¡No podían salir! Todos los que "mandaban" en el centro estaban apresados, e imitando el acento americano de Bob y su expresión favorita, los chicos gritaban desde el exterior: «¡Esto es fantástico!». Por fin, se aburrieron de su juego y les dejaron salir.

Actividades habituales eran subir y bajar del depósito de agua, pasar rastreando a través de neumáticos de coches reciclados, etc. El método favorito de Bob para controlar la masa levantisca era obligarles a leer un capítulo de *The Hobbit,* seguido de un examen que tenían que pasar antes de participar en los juegos y acceder a las meriendas que generosamente preparaban sus mamás. En las excursiones domingueras Bob les cansaba hasta la muerte antes de permitirles un mordisco al bocadillo o un trago de su refresco. En una ocasión los llevó a montar un campamento dentro de la finca de Latag, en el que debían cocinar su propia comida, lavar su ropa y pasar un duro examen de *The Hobbit,* antes de permitirles de que se bañaran en la diminuta piscina, algo que varios no consiguieron por la corta duración del campamento.

Me pidieron un día que fuera a visitarles, les predicara una pequeña plática y confesara a los que desearan. Fui a Latag bien de mañana, pero la noche anterior había sido ruidosa y Bob, como castigo, les hizo correr un par de kilómetros hasta la catedral de la ciudad y vuelta, en la más absoluta oscuridad. Les encontré cansados, sucios, somnolientos y hambrientos, pero llenos de energía y alegría. Todos ellos se sentían orgullosos de su club y adoraban a Bob. Y, así lo espero, mejoraron su vida cristiana, su hombría y su gusto por la lectura. Varios de ellos son hoy numerarios, supernumerarios o cooperadores.

El club se llamaba *Kulyawan*, el nombre del pajarillo multicolor propio de estas tierras. Años más tarde, cuando llegó a Manila Fr. Joseph Durán, el primero de los nuevos sacerdotes enviados por beato Álvaro, trasladó a

Kulyawan su experiencia en el Club Alaiz de Pamplona, del que había sido director. Alquilamos una casa amplia en *Little Baguio*, en la calle Don Miguel, en la que se instaló un club de bachilleres de verdad, bajo la dirección de Joel Martínez.

El Club, nos decía Fr. Joseph, no puede ser ocasión de una pérdida de tiempo; ha de ser una escuela fuera del tiempo escolar, en la que los chicos se encuentren inmersos en actividades formativas que les resulten atractivas: pintura, construcción de modelos, judo, esgrima, excursiones de montaña, etc.; y junto a ellas, charlas de formación humana y doctrinal, y la presencia del sacerdote dispuesto a escuchar una confidencia o una confesión.

El club de la calle Don Miguel fue un éxito total, con un centenar de chicos divididos en tres grupos de edades, que llenaban la casa cada tarde de los días laborables: los fines de semana eran para la familia. Joel sabía mantener la atención de los chicos, exigir perfección en el trabajo, y orden en el material utilizado en las diversas actividades; así fue hasta su marcha a Estados Unidos para cursar en MIT un doctorado en Física. Luego se montó un club de más envergadura, situado en la calle Alfonso XII, que heredó el nombre de *Kulyawan*. Más tarde surgieron nuevos clubes y colegios y cursos de orientación familiar por toda la geografía del país, pero todo esto pertenece a la historia de la labor apostólica del Opus Dei en Filipinas. A mí solo me toca dejar constancia de los gozosos comienzos que nos había encomendado san Josemaría. Además, he mezclado fechas y he dejado a medio construir la casa de retiros. Debo volver a los años 70.

8.
MAKILING CONFERENCE, SACERDOTES, Y *LAUAN*

HACIA EL FINAL DE 1971 llegó al país Carlos Belmonte con el fin de echarnos una mano. Ingeniero industrial y luego sacerdote, hombre de mucho talento y experiencia en proyectos de obras corporativas. Contribuyó a dar los últimos toques de la primera fase del proyecto de la casa de convivencias y retiros *Makiling*; uno de ellos fue añadir una romántica escalera que conducía del patio central del edificio al despacho del director, a la que llamábamos en broma "la escalera de Romeo y Julieta".

El proyecto avanzaba paso a paso, siempre cortos de dinero y sin perder la paz, haciendo y rehaciendo presupuestos porque había que pagar puntualmente a los trabajadores y proveedores, y abonar los intereses y la amortización. Nos mantenía en la esperanza el recuerdo de san Josemaría y del beato Álvaro durante las obras de Villa Tevere, y nunca tuvimos que parar las obras. El hermano mayor de Fr. Joe nos enviaba cada año una buena suma de dinero, que dependía de los resultados de la campaña navideña de la empresa familiar de turrones. Vivíamos pendientes de los resultados de la campaña anual, y cuando andábamos cortos de dinero, Fr. Joe comentaba que aquel agujero lo íbamos a cubrir «con el dinero de los turrones», olvidándose con frecuencia de que ya lo habíamos asignado de antemano a cubrir otras necesidades urgentes.

La fase inicial de la construcción del *Makiling Conference Center* se inauguró en abril de 1972 con una convivencia de numerarias, que dedicaron su tiempo libre a confeccionar un enorme repostero, lleno de color, bajo el que descansa un largo sofá de la sala de estar. El arquitecto Gabino de León nos había regalado un calendario en color que recogía escenas filipinas graciosamente interpretadas por un conocido pintor. De entre ellas escogieron una escena de una fiesta rural, que reprodujeron con retazos de tejidos de colores, montados sobre una tela fuerte. La procesión, la banda de música, el barquillero, la gallina, y la serenata a una chica sentada al pie de su ventana, el

carabao y un revoltijo pintoresco de niñas jugando al Chingo siguen allí medio siglo más tarde, haciendo las delicias de los visitantes. A aquella convivencia la siguió otra de varones. En nuestra escasa fe, dudábamos de nuestra capacidad de tener ocupado el edificio a tiempo completo, tanto por la limitada extensión de nuestro apostolado como por la inestabilidad política del momento: las veinte habitaciones iniciales nos parecían demasiadas, y así, consideramos la oportunidad de añadir al programa de actividades de formación cristiana otras de carácter profesional, que pusieran de manifiesto la secularidad del Opus Dei.

El CRC organizó una convivencia para una compañía eléctrica, que tuvo éxito, pero que fue la primera y la última de su clase, porque pronto el edificio se mostró insuficiente para albergar las actividades. Las aproximadamente 120 habitaciones, hoy en los distintos sectores del centro, la casa principal completa, la zona de directores y huéspedes, el ala occidental, y el *study camp* están de ordinario siempre llenos. Hubo que completar una segunda fase que duplicara la capacidad inicial del edificio principal; y luego otra, que la duplicara de nuevo, y el pabellón para la gente joven, y una escuela profesional de hostelería, y naturalmente nuevas cocinas... Se había hecho realidad el «Soñad y os quedareis cortos» que nos había anticipado san Josemaría. Y ahora la región dispone además de varias casas más de retiros y de convivencias, esparcidas por el archipiélago.

Comienzo de la labor con sacerdotes diocesanos: un gran amigo

Desde los mismos comienzos nos unió una buena amistad con varios sacerdotes diocesanos. Voy a seleccionar un detalle de la historia personal de uno de ellos, gran sacerdote y amigo.

Joven entonces, noblote, franco y trabajador, tenía talento para supervisar los trabajos de construcción, algo escaso en la diócesis, y era por ello apreciado en un momento de expansión a consecuencia del crecimiento demográfico y de la inmigración a la ciudad. Cuando acabaron las obras de su parroquia, fue enviado a supervisar la construcción de una nueva iglesia, y después de otra, y otra más..., hasta siete. A buen seguro que los encargados de estas materias en la curia no eran conscientes de que tales encargos llevan consigo polvo, suciedad, e incomodidad en el alojamiento temporal, a menudo invadido por obreros, dejando al buen pastor "sin lugar donde reclinar su cabeza". Siempre dijo que sí. Tanto Fr. Joe como yo mantuvimos contacto con él en su peregrinar de una parroquia a otra ,y él agradecía nuestras visitas y nuestra amistad. Mientras tanto se iba haciendo mayor y soñaba, sin duda, con una parroquia estable donde pudiera ocuparse exclusivamente de su trabajo pastoral. Después de un buen número de años y traslados, la diócesis le envió a supervisar la construcción de la parroquia de San Andrés Apóstol, situada en Belair, una de las urbanizaciones elegantes de Makati. La nueva

iglesia era un noble edificio diseñado por uno de los más destacados arquitectos del país, y a ella se añadía una buena casa rectoral y oficinas anejas. Los edificios estaban ya en fase avanzada cuando un día decidí ir a visitarle. Me lo encontré con el rostro abatido, sentado en los escalones de acceso de la vivienda parroquial en construcción. Después de responder a mi saludo me dijo secamente: «Abandono el sacerdocio». Y me pasó un impreso de la curia en el que se decía simplemente: «Ha sido asignado a reconstruir la iglesia y la casa parroquial de Teresa, Rizal», sin una explicación, un saludo o una expresión agradecida por la tarea en la que había ocupado su juventud y la madurez de su vida sacerdotal. No había malicia en el despacho, sino pura ignorancia burocrática acerca del corazón de un hombre que había dado su vida al servicio de la Iglesia.

Teresa era una de las parroquias más pobres de la archidiócesis, y es posible que, de edad media y cansado, habría alimentado la ilusión de que la recompensa por su buena labor hubiera sido un trabajo exclusivamente pastoral, sencillo y en una buena parroquia bien establecida: quizás en San Andrés. Debió ser mi ángel de la guarda o el suyo quien me movió a ir a visitarle aquella mañana. Me senté en los peldaños de la escalera y hablamos como amigos, de corazón a corazón, y rezamos juntos. Él recuperó su visión sobrenatural y se fue a Teresa, donde hizo, como siempre, un buen trabajo, tanto como supervisor de la construcción como pastor de almas. Yo me acordaba de san Josemaría subiendo a los andamios de Villa Tevere con su vieja pero limpia sotana llena de remiendos. Una vez terminado su trabajo en Teresa fue asignado a Taytay, población grande y próspera, con el encargo de reconstruir una magnífica iglesia parroquial. Allí hizo, como de costumbre, un gran trabajo como pastor y constructor, y fue honrado con el título honorífico de monseñor. Murió allí, años más tarde, muy querido de sus feligreses. He introducido esta pequeña historia para resaltar la necesidad de vivir bien la fraternidad sacerdotal, especialmente entre el clero diocesano que, con frecuencia, en tierras como las nuestras son llamados a vivir como francotiradores al servicio del pueblo de Dios.

El primer curso de retiro espiritual para sacerdotes

Tan pronto como *Makiling* estuvo preparado para recibirles, Fr. John Portavella organizó un curso de retiro para sacerdotes, diciéndoles que lo iba a predicar un notable teólogo venido de Inglaterra, Fr. Joseph de Torre, que realmente encajaba en la descripción que hizo de él. Pero se puso enfermo, y los buenos sacerdotes se encontraron con el autor de estas líneas, al que el apelativo de notable teólogo no le encajaba bien; como siempre, el Señor suplió mis deficiencias. Doy gracias a Dios al recordar que dos de los asistentes, venidos de Lipa, fueron más tarde consagrado obispos. Un tercero, siempre mi buen amigo, fue más tarde el cardenal arzobispo de Manila, su

eminencia Gaudencio Rosales.

Hacia final de mayo, la casa estaba llena hasta los topes con sacerdotes de Batangas, Laguna y hasta de la más alejada diócesis de Lucena. Las obras de la segunda fase de construcción, con el nuevo oratorio y la galería de altares, estaban concluidas, y la gracia de Dios hizo fructificar la semilla caída en buena tierra.

Un sacerdote de Laguna recibió la vocación como supernumerario de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, y llegó a centenario al pie del cañón; hablaré de él más adelante; y otro, que también pidió la admisión como supernumerario, fue párroco de la nueva catedral; y por fin otro más, monseñor Poblete, fue vicario general de la diócesis y asistió asiduamente a los retiros mensuales para sacerdotes organizados en la casa de retiros. A través de ellos Fr. John se puso en contacto con varios sacerdotes jóvenes, de entre los que surgió un plantel de vocaciones para la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz.

Estos contactos con sacerdotes diocesanos me hicieron descubrir el heroísmo y la fidelidad de muchos de ellos, ya mayores, que habían servido a la fe del pueblo filipino, a veces en condiciones muy difíciles. Fueron los años del cambio de soberanía, los de la ocupación japonesa y los de la reconstrucción del país. Dejaré aquí constancia de algunos de estos recuerdos edificantes, sin mencionar los nombres de los protagonistas.

Uno de ellos era un sacerdote muy anciano, a cargo —sin ayuda alguna— de una extensa parroquia que incluía muchas aldeas a las que acudía de día o de noche, con sol o con lluvia, a atender a sus enfermos. Cuando era joven, apenas ordenado sacerdote, su primer destino había sido Casiguran, un puerto de la costa del Pacífico, solo accesible por mar en aquel tiempo: tomó el tren, que le dejó en Tayabas, entonces capital de la actual Provincia de Quezón, desde donde una carreta le llevó a Lucena, un puerto de mar en la costa occidental de Luzón. Bordeando luego todo el sur de la isla, un barco le llevó hasta el Pacífico, en la costa oriental, donde el vapor enfiló por el norte hasta Casiguran, en un total de cinco días de viaje. Pasó en aquel pueblo un año sin tener la oportunidad de hacer su confesión sacramental y decidió que, además de cumplir el precepto pascual, el hacerlo era una necesidad para su alma. Rehízo el viaje, otra semana, para encontrarse con el arzobispo administrador apostólico de Manila, monseñor Doherty. «Excelencia, es mucho tiempo para mí sin confesión. ¿Puede encontrarme un sustituto?». «Hijo mío, veré si puedo hacer algo por ti. Vuelve dentro de tres días». Cuando volvió a palacio, el arzobispo le dijo: «No tengo a nadie. ¿Te importaría volver a Casiguran por seis meses?». «Volveré, Excelencia». Y así lo hizo.

Otro de los sacerdotes que asistieron al curso de retiro era de edad madura y refinada educación. Su primer encargo pastoral había sido una gran aldea, sin iglesia ni vivienda parroquial. Su misión era construirlas, sin recibir un peso de la diócesis, que posiblemente tampoco tenía demasiados. «Durante tres años mi habitación fue un garaje, y mi comedor la sombra de un árbol de

manga». Otro, enfermo y ya mayor, se sentía incapaz de permanecer en pie durante la misa dominical, pero eran los tiempos del Concilio Vaticano II y tanto su obispo como su vicario general estaban en Roma. ¿Qué hacer? Pensó que el Santo Sacrificio del Altar era más importante que una rúbrica secundaria y, aun sin estar seguro de que lo que hacía era legítimo, dijo las misas de domingo sentado en una silla. «Mis parroquianos estaban muy contentos, y pensaban que la misa debía ser muy importante si el cura, viejo y enfermo, se tomaba tanto trabajo para que no les faltara».

Estaba allí también otro sacerdote que, movido por la necesidad de dedicar el tiempo necesario a escuchar confesiones, me hizo una confidencia: «En mi parroquia tengo más de cien mil almas, y estoy solo; para oír sus confesiones una vez al año necesitaría escuchar cuatrocientas cada día. Sé cuál es mi misión: contribuir a la construcción de un seminario y fomentar las vocaciones sacerdotales dentro de mi territorio». Hoy, la diócesis de San Pablo tiene un floreciente seminario, y dentro de los límites de su antigua parroquia ha conseguido que se creen ocho nuevas parroquias, también con la ayuda del clero religioso. Sentía la necesidad de disponer de más catequistas para enseñar doctrina en las aldeas, y me contaba que aprovechaba cualquier oportunidad que se le presentaba para dar doctrina. «Una mañana se presentó en la parroquia una joven pareja procedente de una aldea lejana, dispuestos a preparar su matrimonio. Como de costumbre les hice algunas preguntas sobre la fe. "¿Sabéis cuántas personas hay en la Santísima Trinidad?". La chica bajó los ojos, avergonzada, pero el mozo se levantó decidido y caminó hasta la iglesia, contó el número de imágenes de santos del retablo, y a su vuelta me respondió con aire triunfal: "Siete"».

En el retiro para sacerdotes hubo también algunas escenas pintorescas. Basta un botón de muestra. Fr. John Portavella, en una charla, había insistido en la importancia de preparar con cuidado la homilía de la misa. A la mañana siguiente un sacerdote mayor que decía su misa en un altar portátil ayudado por Fr. John le espetó una homilía privada de un cuarto de hora. Era un buen sacerdote, que por años había estado solo en una parroquia rural y había desarrollado hábitos peculiares, debidos quizás a su aislamiento: uno de ellos era vestir como Dios le daba a entender. Fr. John le animó a que llevara, cuando menos, un signo de su identidad sacerdotal, y al día siguiente apareció con el crucifijo de su rosario colgado del bolsillo de su camisa.

Aquel inolvidable curso de retiro para sacerdotes fue el punto de arranque de la extensión de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz en el país, que hoy está presente en un buen número de diócesis.

Unos días romanos

No estoy muy seguro de que sea correcto hablar de experiencias personales en un libro dedicado a describir recuerdos de la expansión del Opus Dei en

Filipinas y en otros países del Lejano Oriente. Pero el episodio al que ahora hago referencia refleja vivamente el amor de san Josemaría por la Iglesia, por sus hijos, y por la región de Filipinas, aun siendo intensamente personal.

El comienzo de la administración del presidente Marcos movió a un número considerable de profesionales filipinos que habían hecho su carrera en los Estados Unidos a retornar al país, con el deseo de contribuir a su progreso. Uno de ellos fue el doctor Añing Vicente, un supernumerario experto en trasplantes de riñón, una técnica nueva en el país, que con la ayuda del Gobierno estableció un Kidney Center en la planta alta del Medical City Hospital.

Fui a verle para un chequeo de rutina y al mirar mi placa torácica de rayos X reaccionó con gesto preocupado, diciéndome con voz calma que había descubierto algo que requería mayor atención. Me remitió entonces al St. Luke's Hospital, que disponía del equipo necesario y donde concluyeron que mi caja torácica estaba invadida por un tumor. Todo el mundo me decía que no me preocupara y, la verdad, estaba lleno de paz, aunque intuía que se aproximaba la caricia de una muerte prematura. Después de consultarlo con el Consejo general de la Obra decidieron enviarme a la Clínica de la Universidad de Navarra para ser operado, y en mi viaje hacia España pude pasar por Roma.

Apenas llegado a Villa Tevere, me pidieron que me vistiera mi sotana y subiera a encontrarme con san Josemaría, que me estaba esperando. Como, por razones obvias, las sotanas negras de lana no se usan en el trópico, yo solo tenía una que me había hecho casi diez años antes para mi ordenación sacerdotal; y en el proceso, con la ayuda del arroz, había ganado peso. Mientras subía en el ascensor pensé que el Padre me diría unas palabras de aliento sobrenatural para prepararme a bien morir. Pero... ¡no!, después de un saludo cargado de afecto paternal, al verme enfundado en mi sotana como si fuera una salchicha, me dijo alegremente: «Hijo mío, no puedes ir por el mundo con esa facha». Pidió a don José Luis Illanes que me prestara una sotana suya, pasó la mía a la administración, y en unas pocas horas salió perfectamente ensanchada, cuello incluido —aun no sé cómo lo hicieron— limpia al vapor y planchada como si estuviera recién salida de la sastrería.

Sin sentimentalismos, tan ajenos a su personalidad, el Padre me hizo sentir querido como un hijo, y en casa. Me invitó a comer con el Consejo general y acudir a sus tertulias después del almuerzo, que en aquel entonces se tenían en el *Fumo,* la pequeña sala de estar en lo alto del edificio, desde la que se admiraba una bellísima vista de la Ciudad Eterna. El lugar estaba amueblado con sencillez, y para que cupieran todos había que añadirle unas pocas sillas traídas de otra parte.

El Padre me preguntó delante de los presentes si en el centro de la Comisión regional teníamos un dormitorio para cada uno, y yo tuve que decirle la verdad: que en el centro de *Banahaw* estábamos mucho mejor que en el centro anterior, pero que no disponíamos de habitaciones individuales. Y

entonces se levantó y le dijo en voz alta a don Fernando Valenciano: «Fernando, toma nota». Le dijo que enviara una comunicación a la Comisión regional de Filipinas, diciéndoles que construyeran dos casas de nueva planta, adyacentes, pero con entradas abiertas a calles diferentes, una para la Comisión y otra para la Asesoría, el centro de dirección para las mujeres de la Obra, con habitaciones individuales y una administración ordinaria común. Y dijo también que «si no tienen dinero, que me lo digan y yo me iré por las naciones de Europa pidiendo dinero para ellos». Sus palabras me dejaron una huella tan profunda que lo escrito no puede distar mucho de lo dicho. Conmovido, di gracias al Padre y él me respondió: «Dáselas a Dios. Gracias a mí, ¿de qué? Es mi deber de padre».

Ocurría esto en los últimos días de junio de 1972, siete años y medio después de la llegada de los primeros al país. Y aquellas palabras de san Josemaría fueron el punto de arranque de un programa ambicioso para albergar con dignidad las sedes de la dirección de la Obra en Filipinas, establecer los centros de estudios de ambas secciones, y empezar a construir la sede definitiva del CRC y la fase final de *Makiling*: en otras palabras, aquellas palabras de san Josemaría fueron el comienzo de la madurez de nuestra región. Con su permiso no seguimos al pie de la letra algunas indicaciones que nos dio en aquel entonces, pero cuarenta años más tarde comprendimos la sabiduría que encerraban.

Lauan Study Center, un nuevo centro

Los directores de *Banahaw* llevaban años pidiendo a Fr. Joe un nuevo centro para hacer labor con estudiantes. La *University of the Philippines* ofrecía grandes oportunidades apostólicas, pero la distancia entre su campus y *Banahaw* constituía una considerable desventaja. Además, nuestros estudiantes apenas sobrevivían en el sótano de un edificio que albergaba la Comisión regional y un abundante trabajo con profesionales. Los empanelados paramentos y los altos techos resultaban demasiado solemnes para ellos, y tenían solamente un limitado acceso al oratorio y al despacho del sacerdote.

Repetía Fr. Joe que no teníamos un sacerdote disponible, ni numerarios que pudieran dedicarse a tiempo completo a esta labor. Comprendíamos que tenía su punto de razón, pero le comentábamos que las oportunidades apostólicas que ofrecía la universidad eran magníficas: tenía entonces 15 000 estudiantes, y todo lo que necesitábamos era un lugar sencillo, barato y accesible. El sacerdote que ahora atendía esa labor podía seguir ocupándose de ella en el nuevo centro, haciéndola compatible con sus responsabilidades en *Banahaw*. Finalmente, la Comisión regional dio el visto bueno, y el pequeño grupo de los interesados se lanzaron con entusiasmo a buscar un lugar adecuado.

No era tarea fácil. El campus de la universidad era muy extenso y estaba rodeado de tierras de labor excepto por su zona sur, que bordeaba con una urbanización llamada UP Village en la que solo se permitían viviendas unifamiliares. Al final, Fr. Joe mismo encontró la solución. Una persona que le visitaba regularmente le habló de una casa en renta que acabó siendo durante años el instrumento de una nueva etapa en el trabajo apostólico con gente joven.

En el distrito de Diliman, a cierta distancia de la *University of the Philippines* pero muy bien comunicada con ella, la *Philippine American Insurance Company* había construido una urbanización al estilo americano en el lado opuesto del *Highway 54*, la gran avenida de circunvalación. Ocupaba una extensa zona de césped siempre verde, salpicado de maduras acacias y viviendas unifamiliares de una planta, un centro social, una iglesia de dudoso valor arquitectónico e instalaciones deportivas que incluían un campo de futbol.

La calidad de construcción era más bien pobre, con paredes de bloque de cemento sin revoque pintadas de blanco, tejados de hierro galvanizado, puertas y particiones de tablero contrachapado, y cuartos de baño antediluvianos; pero teniendo en cuenta las limitaciones de la Manila de la posguerra, la urbanización resultaba atractiva para la creciente clase media. Por fortuna, la vivienda disponible tenía acceso desde el exterior de la urbanización propiamente dicha, y su propietaria, Mrs. Teodoro, le había añadido varias habitaciones que le permitían encajar en nuestras necesidades. Carlos Belmonte, con su acostumbrado ingenio, se ocupó del mínimo remodelado que nuestros ligeros recursos permitían; el garaje, con piso de cemento pintado de rojo, se convirtió en sala de estudio; la habitación de matrimonio permitía acomodar tres sofás cama de ratán, y se usaba además para clases y círculos. Y la diminuta cocina se transformó en despacho del sacerdote. Un par de habitaciones con literas proporcionaba un espacio vital suficiente para varios residentes, y la antigua sala de estar que la dueña de la casa había ampliado con generosidad proporcionó el espacio para albergar un oratorio digno, con techos inclinados, vigas falsas, y un retablo ingenuo pero piadoso, que realizó un amigo de Carlos. Había también una veranda cerrada con puertas de lebrillos, rodeada de tela mosquitera abierta durante el día al pequeño jardín, que le daba un amable ambiente tropical. Y como habíamos agotado el espacio disponible, no teníamos ni cocina, ni lavadero, ni planchero, pero la propietaria nos permitió construir en el césped de la entrada de la calle una estructura de madera de dos plantas... que tardamos año y medio en terminar.

En diciembre de 1972 celebramos una fiesta de Navidad para dar a conocer el nuevo centro a nuestros amigos, pero no nos trasladamos a vivir allí hasta febrero del siguiente año. Además de José Rivera, que fue el primer director, vivían en él Johnny Ramos, Hernan Reyes, Oliver Rojales, Joel

Martínez, Ben Mondejar y quizás alguno más que no recuerdo. Había además un grupo de jóvenes numerarios que vivían todavía en el hogar paterno, entre ellos Gary Soria, Caloy Abola, y Ramoncito Cuervo, frutos primerizos de *Banahaw*, al que el 15 de febrero se unió Marnie Sagles, que había pedido la admisión en *Maynilad*. Y había además algunos supernumerarios jóvenes. Llegaron pronto nuevas vocaciones de numerarios y supernumerarios —si no recuerdo mal, 16 aquel año— de los que algunos se han ido ya a la casa del cielo, otros son sacerdotes con muchos años de trabajo pastoral en sus espaldas y otros por fin profesionales de prestigio, que han contribuido a sacar adelante muchas cosas buenas. Cuarenta años más tarde, aunque se me escapan algunos nombres, recuerdo a todos con profundo cariño y gratitud por su fidelidad.

Como los sacerdotes eran en aquel momento pocos, yo tuve que añadir a mi trabajo de gobierno en *Banahaw* y a la atención de un par de centros de mujeres, la atención sacerdotal de *Lauan* durante un año y medio. Lo recuerdo como un tiempo feliz. En 1975 me sustituyó Fr. Fernand Cruz, el primer sacerdote filipino, ordenado meses antes. Hacíamos las comidas entre semana en el *The Elegant,* un restaurante próximo al centro. Solían ser reuniones de familia llenas de buen humor, especialmente cuando los propietarios del establecimiento nos añadían un plato gratis: habíamos asignado cinco pesos por comida y persona, y ni que decir tiene que perdimos unos kilos cada uno; así continuamos hasta el verano de 1974, cuando la zona de administración de la casa estuvo ya construida.

The Philippine Science High School

En el primer año de funcionamiento de *Lauan* pidieron la admisión dos numerarios; uno de ellos, Miguel Guerrero, que entonces estudiaba Arquitectura y hoy es un profesional brillante, había colaborado desde sus años de bachillerato con el club de chavales. Y el otro, Jimmy Achacoso, antiguo alumno de la *Philippines Science High School,* cursó Ciencias Químicas en la *University of the Philippines* y es hoy sacerdote numerario y respetado canonista. No recuerdo si también Ernie Dawson, estudiante de Medicina en la Universidad de Santo Tomás lo hizo entonces.

En el verano de aquel año, la divina providencia nos abrió inesperados horizontes apostólicos. Habíamos alentado a Minch Fabio, con tradición familiar de educador, a que ampliara estudios en Australia, y a su regreso solicitó una plaza de docente en la *Philippines Science High School,* que le fue concedida. Se trata de una prestigiosa institución gubernamental que ofrece educación científica avanzada a estudiantes de bachillerato con buen expediente académico procedentes de todas las regiones del país, que estaba situada sólo a unos cientos de metros de *Lauan*. Muchos de sus alumnos eran hijos de profesionales, doctores, maestros, jueces, etc., inteligentes y de

talante abierto, disciplinados, apasionados por la ciencia y abiertos a aceptar retos y sugerencias, materia prima que el Señor nos había preparado a través del inesperado nombramiento de Minch.

El colegio no ofrecía enseñanza religiosa, y los chicos eran tan entusiastas en sus estudios como en su afán de mejorar su conocimiento y la práctica de su fe católica. Gregarios por naturaleza, les encantaba escaparse de su aislamiento y venirse caminando hasta *Lauan*: uno, dos, tres, cuatro…; muy pronto una verdadera multitud.

Lauan era un lugar más bien pequeño, pensado en principio para estudiantes universitarios a los que no les gusta que les mezclen con chicos de bachillerato. Tuvimos que establecer, por tanto, un plan estratégico: permitimos que vinieran regularmente al centro solo estudiantes de los dos cursos superiores, capaces de portarse, como de hecho lo hacían, como si fueran estudiantes universitarios; en otras palabras, que vinieran a estudiar en serio, a rezar, y a participar en los medios de formación. Ya en *Banahaw* habíamos aprendido que los alumnos de bachillerato procedentes de familias acomodadas, rodeados habitualmente de sirvientas, jardineros y chóferes, eran en general más bien inmaduros para su edad. Habían crecido excesivamente protegidos, todo les era dado y casi todo les estaba prohibido; los temores maternos, quizás justificados, les impedían tomar transportes públicos, y no estaban todavía preparados para afrontar el sacrificio y la entrega a los demás.

Por fortuna los chicos de la *Philippine Science* respondían admirablemente a que se les tratara y exigiera no como niños sino como jóvenes adultos, disposición que facilitaba la tarea formativa; varios de ellos comenzaron pronto a hacer oración mental, acudir a la Santa Misa a horas más bien tempranas y, en los siguientes tres años, aquella selección humana produjo cuatro sólidas vocaciones de numerarios: Ces, Vic y Dan, hoy sacerdotes, y Amado, vicepresidente de la *University of Asia and the Pacific*; otro de los asiduos, Philip, emigró con su familia a Australia, donde pidió la admisión como supernumerario; a continuación vinieron muchos más.

Permitíamos a los más jóvenes que vinieran al centro solo una tarde por semana, y a veces se encontraban allí más de un centenar; pequeños, llenos de vida y simpatía, todos con sus camisetas y pantalones blancos, y en su mayoría permanentemente hambrientos. Los que estaban en el colegio recibían una paga mensual para comida que ellos mismos debían administrar, y bastantes llegaban al fin de mes comiendo exclusivamente "pan de sal", algo así como bollitos de leche; pero los chicos crecen, y cuando los mayores entran en la universidad, los más jóvenes, ya en su tercer o cuarto curso de bachillerato, siguieron su camino; es una historia que excede los límites de este libro, toda ella una historia de Gracia.

UNA GRAN IDEA

A los chavales hay que tenerlos en movimiento continuo, y Hernan Reyes estaba especialmente dotado para inventar aventuras sencillas, divertidas: las que uno aprende cuando, como él, se crece entre muchos hermanos "de la piel del diablo".

Una de sus iniciativas hizo historia. Le gustaba llevar a los chicos a los altos de Tagaytay, subir a la cumbre del monte General González, con su espectacular vista panorámica de trescientos sesenta grados, y bajar luego a Talisay, al pie del Lago Taal, atravesando unas cascadas donde podían refrescarse. Próxima a la cumbre de la montaña sobresalía del terreno una gran roca, y Hernan pensó que en ella podía incrustarse una imagen de Nuestra Señora que fuera punto de destino de romerías de mayo; pronto y bien mandado, se hizo con una estampa de Nuestra Señora del Amor Hermoso que san Josemaría había regalado a la Universidad de Navarra. Se acercó Hernan a un vendedor callejero de imágenes en cemento blanco y le encargó una réplica en bajorrelieve a escala más pequeña, por la que el artista pidió 500 pesos. Hernan los sacó nadie sabe de dónde. El resultado, aun sin ser una obra de arte, inspiraba devoción. Hernan deseaba inscribir en su base la jaculatoria *Santa Maria Stella Orientis,* que san Josemaría amaba, pero se equivocó y escribió "Perla del Oriente". Después de muchos preparativos y reuniones, con los chicos mayores de la *Philippines Science* consiguieron un todoterreno, ascendieron con la imagen y los sacos de cemento por la pista de tierra que llevaba casi hasta la cumbre, fijaron la imagen en la roca y rezaron el Rosario en aquel bello lugar, raramente pisado por la gente.

Pero luego ocurrió lo inesperado. Hacia el comienzo de los años ochenta la primera dama del país, Imelda Marcos, escogió precisamente aquella cumbre para construir en ella un *"Palace in the Sky*" o sea, un Palacio en el Cielo, un pabellón destinado a albergar a dignatarios extranjeros en visitas oficiales, lejos de las probables manifestaciones de hostilidad frecuentes en Manila en aquellos días: los personajes se desplazarían al Palacio Presidencial de Malacañang en helicóptero; el primer dignatario cuya visita se esperaba era nada menos que el presidente de los Estados Unidos, Ronald Reagan.

El proyecto exigía carreteras, agua, electricidad, etc., y la nivelación de una porción considerable de la cumbre. Se planeó en ella un gran jardín para el que se anticipaba volar con dinamita la gran roca en la que estaba instalada la imagen de Nuestra Señora. Los obreros de la construcción, gente de fe como la mayoría del pueblo filipino, tenían sus dudas. Pero tenían que obedecer las instrucciones dadas por los superiores. Sin embargo, hubo un par de intentos fallidos de detonar los explosivos para volar la roca, lo que les llevó a concluir que Nuestra Señora deseaba permanecer en el lugar, y después de hacer las consultas adecuadas, se modificó el proyecto del jardín para incluir en él la roca con la imagen.

Cuando el proyecto de construcción estaba todavía en marcha, un movimiento popular, el histórico *People Power*, derrocó el régimen de Marcos. La nueva administración de la nación pensó en preservar el palacio

inacabado como un testimonio de las extravagantes inversiones del régimen anterior. La imagen de la Virgen, sin embargo, tocó los corazones del pueblo, que comenzó a preguntarse de dónde había salido. Algunas buenas almas, dijeron que la instaló un grupo de seminaristas, mientras que otras, bien intencionadas pero inclinadas a milagros, especulaban que quizá había sido traída por los ángeles.

Varias personas de la Obra que conocían los hechos los explicaron, decoraron la imagen, y el municipio de Tagaytay y la Provincia de Cavite decidieron construir alrededor de la roca una pequeña capilla, ajardinar la zona y dotarla de escaleras de acceso; finalmente la bendijo el obispo de la diócesis. Dos placas en bronce explican su presencia y su providencial supervivencia. Hernan lleva ya muchos años en el cielo y varios de aquellos chicos son hoy destacados profesionales y sacerdotes, y la ermita es un lugar de peregrinación muy frecuentado, siempre con flores frescas que honran a nuestra Madre.

Más historias de Hernan

Como otros filipinos de ascendencia china, Hernan andaba siempre cavilando cómo ganarse un peso más. Años antes —como ya he relatado a cuento de la visita que nos hizo el empleado de la multinacional americana de kétchup— alguien de su familia había inventado la fórmula de un sustituto de la salsa de tomate hecha de pasta de plátano, camuflada con un colorante rojo orgánico, producto obviamente más barato en Filipinas que la original salsa de tomate.

Su imaginación creadora no conocía el desánimo y pronto lanzó un nuevo producto con una inversión mínima: vinagre "Suka" producido con la savia de la nipa, una palmera tropical que crece espontánea en terrenos pantanosos. Tradicionalmente, el vinagre de nipa lo ofrecían vendedores ambulantes que lo portaban en depósitos de lata balanceados en ambos lados de una larga caña de bambú, voceándolo al atardecer al grito de "Suka, Suka". Más barato que los vinagres comerciales, era el favorito de las madres de recursos modestos, que enseñaban a sus hijos que sabía mejor. Y como todo el mundo sabe, lo que enseña una madre se graba para el resto de la vida.

Nadie había pensado en embotellarlo y venderlo bajo marca, que es lo que Hernan hizo con el nombre de "Datu Puti", un mítico personaje filipino. Su campaña promocional en los periódicos ofrecía un viaje para dos personas a Tombuctú, en el África Central, del que nadie hizo uso, y unos miles de pesos al rostro más contorsionado retratado después de beberse una cucharada de Datu Puti, con la posibilidad de verse retratado en los periódicos, algo que resulta divertido a los ojos del sentido del humor local. La campaña tuvo éxito, porque Hernan visitó personalmente uno a uno a los vendedores de los pequeños puestos del mercado, ofreciéndoles descuentos; en poco tiempo, Datu Puti se vendió en todo el país.

En *Lauan* escuchábamos las historias de Hernan, procurábamos que adaptase su creatividad oriental a los modernos imperativos fiscales, y le ayudábamos como probadores de los nuevos sabores que inventaba y vendía bajo nombres ya populares y no registrados. Lanzó, por ejemplo, un nuevo producto con el nombre *Mother's Best* —lo mejor de la madre—, apoyándose en una gran campaña de televisión que había lanzado un producto totalmente diferente con el eslogan "Mamá sabe más"; así obtuvo ayuda publicitaria gratis. Ocurrió lo mismo con una salsa de lechón, cochinillo asado, plato indispensable en cualquier comida seria en Filipinas, al que llamó *Mang Tomas*, el nombre del restaurante especializado en prepararlo, etc.

Hernan estaba siempre alegre, era muy generoso y se divertía gastando bromas inocentes a los chavales de bachillerato, que disfrutaban de lo lindo con ellas. Pretendía hablar por teléfono con el presidente de la nación; o bien permanecía escondido en una esquina para ganar así una carrera organizada por los chicos en los jardines de *Philam Life*, naturalmente sin correrla. Amaba los animales y las frutas, y por Navidad traía como regalo patos, culebras o conejos; e, incluso, en una ocasión, nos trajo un par de diminutos cocodrilos recién nacidos, que mordían con rabia nuestros bolígrafos. Un buen día se lo llevó el Señor en un accidente de carretera, pero queda su memoria; un testimonio de lo que nos había enseñado san Josemaría: «Os dejo, como herencia, en lo humano, el amor a la libertad y el buen humor».

9.
ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

ORGANIZAMOS VARIOS GRUPOS de estudiantes para enseñar el catecismo en colegios públicos, barriadas pobres y parroquias. Pronto aprendimos que faltaba doctrina casi en todas partes; muchas veces era simple ignorancia, pero en otras ocasiones era el fruto de la confusión doctrinal que llegó a su zenit en los comienzos de los años setenta.

En medio de la confusión, la fe seguía viva. Cuando tenía tiempo disponible me iba a oír confesiones en la capilla de la *University of the Philippines*, una notable estructura inspirada en un sombrero campesino, abierta a los cuatro vientos. Los confesionarios consistían en simples pantallas apoyadas en la hierba del campus. Me sentaba en uno de ellos y venía un estudiante o un profesor: «Mi última confesión... fue hace diez años». «¿Y por qué vienes ahora?». Y la respuesta: «Vi a un sacerdote confesando y pensé que esa era la oportunidad». La fe seguía viva.

Movilizamos siete u ocho grupos de universitarios que enseñaran catecismo a unos 400 o más chavales de zonas de barracas o de colegios del gobierno donde no se enseñaba religión, y los domingos por la tarde nos reuníamos en una casa de las afueras para tener clases de formación, recordar pasadas experiencias y por supuesto cantar con la guitarra y jugar al baloncesto. Eran jóvenes, buenos estudiantes, limpios y generosos. Me viene ahora a la memoria la pregunta de un estudiante de medicina: «Uno de los chicos de suburbios me ha preguntado si los ángeles son chicos o chicas». «¿Qué le respondiste?». «Que unos eran chicos y otras chicas». Le expliqué que los ángeles eran seres espirituales; aquel estudiante es hoy un respetado doctor en Medicina y supernumerario.

También recuerdo a Boy, el mayor de una familia numerosa, que se ganaba la vida vendiendo plantas y flores en un solar anejo a nuestra casa, donde convivía con diecisiete hermanos y hermanas en una pequeña casa donde no resultaba fácil estudiar. Boy se quedaba hasta las 10 de la noche en

nuestra rudimentaria sala de estudio y sacaba también tiempo para hacer su oración en el oratorio. Con los años llegó a ser un respetado ingeniero y también pidió la admisión como supernumerario.

Luego llegaron Allan, Lito, Frankie, Roger, y otros muchos que han sido profesionales de prestigio y padres de familia cristianos, fieles de la Prelatura, algunos jubilados y otros ya en la casa del cielo; a partir de *Lauan* resulta ya imposible hablar de los comienzos. Entre los numerarios he citado a Ernie Dawson, una de esas mezclas de sangre fruto del amor humano, como bellamente las describía san Josemaría. Su abuelo, del que le viene su apellido, vino con los primeros americanos que llegaron a Filipinas y acabó aposentándose en uno de los más remotos lugares del país, la isla de Palawan, donde se casó con una hija de familia principal; puso en marcha una larga plantación de cocoteros en la adyacente isla de Araceli, donde Ernie creció trepando árboles, nadando, remando, caminando, y alimentando el sueño de llegar un día a ser doctor en medicina. El viaje hasta Manila, sede de la Universidad de Santo Tomás, no era sencillo. Una lancha le llevaba primero hasta la isla principal, en la que un autobús, después de horas y cientos de kilómetros de malas pistas de tierra apelmazada, le acercaba hasta la capital de la isla, hoy un aclamado centro de atracción turística; y allí tomaba un barco que cruzaba la casi totalidad del archipiélago y le depositaba en la capital de la nación. Esa clase de vida que hace a un hombre decidido y optimista; y así, gracias a Dios, sigue siendo hasta ahora.

Edificios y terrenos

El crecimiento de la labor apostólica exigía terrenos y edificios porque, como nos había indicado san Josemaría en 1972, los centros de gobierno de ambas secciones necesitaban habitaciones individuales y espacios adecuados de oficinas. Fr. Joe pensó en ofrecer la primera oportunidad a las mujeres de la Obra. Era un deber hacerlo, construyendo un complejo edificio que albergaría la sede de la Asesoría regional, el centro de estudios de las numerarias, una administración ordinaria común y, a ser posible, una escuela de formación de administradoras de los centros de la Obra. El programa era de gran envergadura y su coste estaba por encima de nuestras posibilidades, por lo que la construcción de la sede definitiva de la Comisión regional tuvo que posponerse. San Josemaría nos envió a Ed Hernández, un arquitecto norteamericano de origen mexicano, que había trabajado en Kenia, para encargarse por unos meses largos del proyecto. Ed se ocupó hasta que llegó al país Fr. Ramón Dodero en 1976, y a partir de entonces, la responsabilidad de este y de otros muchos proyectos recayó sobre sus espaldas.

La puesta en marcha de *Lauan* ofreció un respiro al trabajo de la Comisión: el semisótano de *Banahaw,* dedicado hasta entonces a la labor con estudiantes, se subdividió en locales de oficinas. Como ya he mencionado, Fr.

Fernand Cruz se ocupó del que había sido mi trabajo en *Lauan* y yo retorné a *Banahaw* y a mi labor sacerdotal en centros de mujeres, cuyo número iba también creciendo. Muchas de las soluciones eran evidentemente provisionales y subsistía un buen número de problemas que exigían solución: la construcción del centro definitivo de la Comisión regional y la del centro de estudios de varones, completar el programa de *Makiling* —que había llegado ya a su saturación—, y la sede definitiva del CRC.

El 26 de junio de 1975

Inesperadamente, en la mañana del 27 de junio sonó con insistencia el teléfono del semisótano de *Banahaw* instalado al pie de la escalera de acceso al piso alto. Descolgó Fr. Joseph de Torre, nos miró con rostro demudado y cubierto de lágrimas: «El Padre murió ayer», había dicho una voz que hablaba desde Roma. «Pronto recibiréis instrucciones detalladas». Y poco más.

En aquel momento José Rivera y yo trabajábamos en las oficinas junto con Fr. Joseph, pero Fr. Joe se encontraba en *Makiling* predicando un curso de retiro; como de costumbre, los tifones habían destrozado las líneas telefónicas, por lo que alguien tuvo que desplazarse urgentemente para llevar el mensaje al consiliario.

Días más tarde se celebró en la catedral de Manila un funeral muy solemne por el alma de san Josemaría. El acceso a la catedral era un río de personas, muchas de las cuales no nos eran conocidas: habían pasado escasamente una decena de años desde nuestra llegada, pero aquellas personas rezaban y lloraban como nosotros. Una niña agarrada a la mano de su padre le preguntaba: «Papá ¿Por qué lloras?». A lo que él respondió: «Porque si no fuera por ese santo sacerdote ni tú ni tus hermanos hubierais venido a este mundo».

La enorme catedral estaba llena hasta los topes. En la primera fila de bancos vi a Rafael Paniagua, un antiguo supernumerario de Cádiz, en el sur de España, a quien conocía desde hacía muchos años. Ingeniero naval de prestigio, se encontraba aquellos días en Calcuta vendiendo barcos —ese era su trabajo a escala asiática— cuando escuchó en la radio la noticia del fallecimiento de san Josemaría. Pensó que en cualquier centro próximo habría un funeral: el más cercano era Manila. Tomó el avión y se fue derecho a la catedral.

Era imposible explicar cómo aquella riada humana había conocido a san Josemaría. Mi oración se concentró, casi obsesiva: «Señor, lo has hecho Tú, gracias a su fidelidad; nosotros sólo hemos sido un estorbo». Dos de los ayudantes eran diáconos de la diócesis de San Pablo y uno de ellos, fruto de las andanzas de Fr. John Portavella, recibió la vocación a la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz y trabajó más tarde y durante años en la curia romana.

Después de aquel primer curso de retiro para sacerdotes en *Makiling*, el obispo de la nueva diócesis de Laguna, con teórica sede en San Pablo —de momento residía en el pueblo de Calauan por falta de una casa adecuada para él—, se enteró de que el bueno de Fr. John había estado visitando sacerdotes de su diócesis. Le llamó entonces para decirle con su acostumbrada franqueza que la nueva diócesis, recientemente segregada de la de Lipa, tenía pocos sacerdotes, no tenía seminario y varios de los sacerdotes eran ancianos: «Espero no perder a los mejores para el Opus Dei». Fr. John dio al señor obispo una detallada explicación de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz: «No los perderá, los ganará». A lo que el obispo respondió: «Si tal es el caso, me alegraría que todos se hagan de la Sociedad Sacerdotal». Le invitó a predicar el retiro mensual de los sacerdotes de la diócesis, algo que hizo durante varios años, hasta que fue sustituido por otros sacerdotes de la Obra.

Fr. John ayudó al señor obispo a montar un seminario menor y a procurarle el claustro de profesores, y unos años después comenzaron a llegar vocaciones a la Sociedad Sacerdotal. Alrededor de diez años más tarde, el Santo Padre san Juan Pablo II visitó Manila por primera vez. Por pura providencia, me encontré en la brillante recepción ofrecida en el palacio presidencial de Malacañang, acompañando al arzobispo cardenal de Sídney. Al final de la ceremonia, el obispo de San Pablo, monseñor Bantigue, se acercó a saludar a su Eminencia y le preguntó: «¿Conoce el Opus Dei?». A lo que respondió: «Sí. Los tengo en mi diócesis y les tengo gran aprecio». Y el buen obispo de Laguna apostilló: «Cuídeles bien. Gracias a ellos los sacerdotes de mi diócesis disfrutan de buena salud espiritual».

Fr. John visitaba también a otros sacerdotes de diócesis vecinas, entre ellas al futuro cardenal Gaudencio Rosales, que por entonces alternaba su trabajo como director espiritual del seminario de Lipa con la pequeña parroquia de Banay-banay, donde vivía. Cuando Fr. John le visitó por vez primera para invitarle al curso de retiro vio que en una pared de su casa había enmarcado una cita de san Josemaría, que expresaba que si alguien pensaba que le sobraba tiempo lo que le sobraba en realidad era tibieza. Fue siempre un buen amigo de varios sacerdotes de la Obra, entre los que me incluyo, y más tarde fue consagrado obispo y elevado al cardenalato; profesor también del seminario de Lipa era monseñor Lat, más tarde obispo auxiliar de Manila. La Obra se extendió así por esa diócesis, de donde salieron buenas y fieles vocaciones, así como de la de Lucena, de la que, a aquel primer curso de retiro acudió monseñor Salvatus junto con otros sacerdotes. Así, poco a poco, la Sociedad Sacerdotal se extendió por las provincias del sur de Luzón. El año 1974 monseñor Obviar, obispo de Lucena, cuyo proceso de beatificación está en curso, le escribió a Fr. John una carta agradeciéndole el buen fruto que los cursos de retiro para sacerdotes habían producido entre los suyos.

El año 1978 pidió la admisión Fr. Quirino Glorioso, que rondaba entonces los 75 años. Durante la segunda guerra mundial había sido párroco de Mauban, un pintoresco pueblo de la costa del Pacífico con una buena ensenada. Se enteró por la radio que una flota japonesa se dirigía hacia el lugar con la intención de abrir un nuevo frente al sur de sus posiciones. Tocó las campanas a voleo, reunió a la población en la plaza frente a la iglesia y les dijo que los invasores eran paganos y se corría el peligro de que se profanara la Sagrada Eucaristía, por lo que les propuso que todos los que estuvieran bien dispuestos recibieran la sagrada comunión. Consumieron así la Eucaristía. Acudió a Roma a la canonización de san Josemaría cuando ya había pasado los cien años y su avanzada edad le hizo objeto de varias entrevistas periodísticas: «¿Por qué ha venido desde Filipinas siendo ya tan mayor?». A lo que respondió extendiendo su mano hacia la multitud: «Mire lo que ha hecho el santo. Si hubiera vivido hoy tendría mis años. Yo, que soy su contemporáneo, no he hecho nada y he venido a aprender».

Aún conserva Fr. John una nota del 26 de junio de 1980 que tuvo en su agenda: «Hoy, el quinto aniversario de la marcha de san Josemaría al cielo, fui a la facultad interdiocesana de Teología situada en la ciudad de Lucena para visitar a varios sacerdotes, y felicité a monseñor Lagdameo, que ha sido designado obispo auxiliar de Cebú. En la conversación me comentó que tenía un ejemplar de la edición de bolsillo de *Camino,* que había adquirido años antes; fue a su habitación y me la trajo diciendo: "Siempre que voy de viaje la pongo en mi bolsillo. Es como mi Kempis, me hace mucho bien"».

Pocos días después, el 4 de agosto de 1980, Fr. John escribió de nuevo en su agenda: «Festividad de san Juan María Vianney. Hoy escribió la carta pidiendo la admisión como supernumerario monseñor Alfredo Reyes, párroco de la urbanización de *Philam Life* en Quezon City. Fr. Joseph de Torre le había tratado durante varios años».

Así, gota a gota, penetró el espíritu del Opus Dei en las provincias filipinas. Habría muchos nombres dignos de ser recordados, pero basta citar a monseñor Madlangbayan, agregado de la Sociedad Sacerdotal, que construyó una basílica imponente en Nasugbu y restauró la catedral de Lipa, así como la basílica de Taal, una ciudad llena de nobles casas ancestrales, de la que se dice que es el mayor templo del Asia oriental; también cabría citar a Fr. Ted Real, y un largo etcétera.

Al año siguiente marchó Fr. John junto con un pequeño grupo de numerarios a la ciudad de Cebú, la segunda del país, a comenzar la labor en el archipiélago de las islas Visayas; y de Cebú saltaron a Iloilo, Bacolod, Davao, Cagayan de Oro...; pero esto es ya historia. Ahora Fr. John no puede seguir siendo caballero andante porque lo impide la artritis de su rodilla.

Los sacerdotes numerarios, jóvenes y maduros, son ya un número respetable, y ejercitan su trabajo pastoral no solo en Filipinas sino también en Hong Kong, Macao, Kuala Lumpur, Singapur, Johor Bahru, Taipéi, Colombo, Surabaya, así como en Roma, España, y los Estados Unidos de América; y

otros viajan regularmente a Shanghái, Beijing, Cantón, Ho Chi Minh, Guam y Hawai: la imagen viva de la parábola del grano de mostaza.

Ladrillos

Al visitar una ciudad comentó muchas veces san Josemaría que no había ido allí a ver jaulas sino pájaros. No le interesaban los edificios, sino las personas; pero las labores apostólicas, insistía, necesitan también ladrillos. Aunque las condiciones de trabajo de la Comisión regional habían mejorado, tanto la vida de los directores como su quehacer exigían aislamiento del trasiego y bullicio de jóvenes y mayores, especialmente en *Banahaw*. La construcción de la sede definitiva de la Comisión regional se había demorado *sine die*, sobre todo por falta de dinero; pero se hacía cada vez más necesario encontrar una solución, al menos provisional, que permitiera disponer de habitaciones y oficinas y, dentro de lo posible, no quedara demasiado lejos de la sede de la Asesoría regional.

La madre de un joven numerario, hoy sacerdote, nos habló de una casa a medio construir que había quedado abandonada, lo que nos permitiría hacer una distribución interna acomodada a nuestras necesidades, condición con la que los propietarios estaban de acuerdo. Estaba situada en un solar de 600 metros cuadrados en una urbanización de buena calidad. Así nació el nuevo centro de *Northwestern*. La nueva casa no era una gran cosa, todo en ella era muy pequeño, pero los directores disponían de habitaciones y cuartos de trabajo personales como lo había dispuesto san Josemaría, si bien de dimensiones mínimas: se trataba sin duda de una solución provisional... que rindió considerables servicios durante cerca de cuarenta años.

También el CRC crecía en número de estudiantes, servicios y prestigio en el ámbito nacional, y necesitaba una sede definitiva, que surgió como de costumbre de mano de la divina providencia. En aquellos retiros para profesionales de habla castellana que habíamos organizado en los comienzos en la casa de la Calle María Y. Orosa habíamos conocido a don Rafael Ortigas, un caballero de porte distinguido y sobrias costumbres que, aunque poseía extensos terrenos urbanizables al borde de la ciudad, vivía con su madre política, doña Julia. Ambos disponían de una casa digna pero sencilla en el barrio de Malate, ya que ella no quería separarse de los lugares familiares de siempre, de la parroquia de Malate y del Bulevar Roxas, con sus puestas de sol multicolores sobre la bahía.

Fr. Joe explicó al señor Ortigas la naturaleza del CRC y él ofreció al instante un terreno de unos 3000 metros cuadrados. Pero cuando Fr. Joe añadió que la institución podría disponer de una amplia capilla abierta al culto público, y que el CRC podría convertirse en universidad, don Rafael acabó donando dos hectáreas en una zona que con el tiempo acabaría siendo de alta calidad, donde ahora se asienta el campus de la *University of Asia and the*

Pacific. En su proximidad hay ahora una calle dedicada a san Josemaría Escrivá, a la que los administradores de la propiedad han añadido "antes beato". La universidad ha crecido, y ya está en marcha otro proyecto de un extenso campus en una bella zona de bosque de montaña.

En cuanto al amplio oratorio, resuelto con admirable buen gusto y dignidad por Fr. Ramón Dodero, se encuentra cada día lleno de gente que reza, se confiesa, o asiste a retiros en una capilla aneja. Poco antes de marcharse al cielo me decía Fr. Joe: «Javier, ese oratorio de la *Stella Orientis* es lo mejor que hemos hecho en esta tierra». Estoy totalmente de acuerdo.

Fr. Ramón Dodero y otros arquitectos

Ya dejé constancia de que algún tiempo antes de junio del 1975 san Josemaría nos había proporcionado una buena ayuda, Fr. Ramón Dodero, que se ordenaría en el verano del 1975 y era un arquitecto con experiencia que había trabajado en los proyectos de las residencias de estudiantes de Londres y Colonia, en Cavabianca, etc. Procedía de una familia culta de alta raigambre mexicana y conocía al dedillo los entresijos del barroco colonial; y como la evangelización de Filipinas se había hecho desde México y las islas formaban una Capitanía General del Virreinato de Nueva España, lo mexicano había dejado una huella manifiesta en la arquitectura religiosa del país.

A su llegada a Manila, en marzo de 1976, Fr. Ramón montó un pequeño estudio de arquitectos y Fr. Joe pensó que era el momento de duplicar la capacidad de *Makiling Conference Center* con dos nuevos oratorios, una galería de altares y una nueva ala de habitaciones. De aquel estudio salieron después nuevos proyectos de centros en muchas islas, y a su lado se formó un grupo de arquitectos jóvenes, hoy ya maduros, que aprendieron a dar a nuestros centros el aire de familia, y a llenar el culto divino de belleza y dignidad. El oratorio principal de *Makiling* despierta la admiración de los asistentes a las diversas actividades y, cuando acuden sacerdotes, suscita también en ellos un noble deseo de emulación.

Además de tres o cuatro numerarios, Fr. Ramón incluyó en su estudio un par de buenos amigos, uno es hoy un arquitecto de renombre y el otro, Joey, supernumerario, ha ejercido una notable influencia en la dignificación de los edificios sagrados de una buena parte del país. Al cabo de unos años de trabajar con Fr. Ramón, aquel supernumerario montó su propio estudio, y una urbanización de alto nivel le encargó una parroquia que le salió tan llena de armonía y favorecedora de la piedad que sirvió de inspiración a muchos obispos y sacerdotes. A ella le siguieron encargos de más de sesenta renovaciones importantes de antiguas iglesias filipinas. Sin temor a exagerar, puede afirmarse que la llegada de Fr. Ramón a Filipinas sirvió de punto de arranque para la renovación de catedrales e iglesias parroquiales y conventuales que habían sufrido las consecuencias de la guerra, los destrozos

de incendios y tifones y los ataques de las termitas. En esa tarea Fr. Ramón no estuvo solo, sino que otros muchos siguieron la tarea, porque el pueblo filipino ama a sus iglesias, que son el centro del pueblo y la casa común de todos sus habitantes.

Al comenzar la labor de la Obra en Hong Kong conocimos también a varios arquitectos, entre ellos a un joven chino filipino, Alex, dotado de natural buen gusto y de amor por los detalles. Descubrió allí la llamada del Señor al sacerdocio e hizo buena parte de sus estudios eclesiásticos en Pamplona. A su retorno a Filipinas se incardinó en la diócesis de Tarlac, en la zona central de la Isla de Luzón, fue ordenado sacerdote y tiempo después pidió la admisión en la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz. Consciente de su valía profesional al servicio del culto divino, su obispo le encargó la renovación de la catedral y, más tarde, la de no pocas iglesias de la diócesis, así como la construcción de nuevas parroquias. Una familia de supernumerarios enraizada en la región pensó en levantar una gran iglesia dedicada a san Josemaría en una zona rural bien comunicada y, de acuerdo con el obispo, encargaron el proyecto a Fr. Alex. Esta generosa familia movilizó los recursos necesarios para llevar a buen término el proyecto. El resultado fue un templo espléndido, con detalles cuidados con amor, que hoy se está convirtiendo en un centro de peregrinación.

Los primeros sacerdotes filipinos del Opus Dei

Como ya quedó escrito, san Josemaría nos había indicado que enviáramos al Colegio Romano de la Santa Cruz a jóvenes alumnos tan pronto como estuvieran preparados. Como ya dijimos también, el primer sacerdote del país fue Fr. Fernand Cruz, que obtuvo un doctorado en el Angélico con una tesis de eclesiología sobre la acción del Espíritu Santo en la Iglesia en el pensamiento del cardenal Manning. Fernand era hijo único queridísimo de un empleado del Banco Central y de una maestra, padres encantadores que apoyaron su vocación sin reservas. Recibió la ordenación sacerdotal en 1975, un poco menos de once años después de la llegada de los primeros a Manila. Y luego le siguieron en 1976 Fr. Marciano Guzmán y Fr. Rolly Santo Domingo. Al mes siguiente de su ordenación, el 20 de septiembre del mismo año, Fr. Rolly murió en Barcelona de un accidente de coche y fue enterrado en el cementerio de Montjuic.

La paternal previsión de san Josemaría dio pronto sus frutos. ¡Qué alegría debieron dar a san Josemaría aquellos primeros sacerdotes filipinos! En 1977 se ordenó Jimmy Liao y Peter Cenzon, a los que luego siguieron otros muchos, «santos, alegres y deportistas», como los había querido san Josemaría. Ellos fueron los primeros de una larga lista de numerarios filipinos que se formaron en Roma, junto a la sede de Pedro, cerca de san Josemaría como él mismo lo quiso, y otros más tarde con sus sucesores. Han sido los

sólidos cimientos ocultos que han soportado el peso del crecimiento de la Obra de Dios en nuestra tierra y en los países circundantes.

Un recuerdo aislado

En mayo de 1976 hice un viaje a España con parada en Roma. Cuando yo era todavía un ingeniero joven me había asociado en Sevilla con otros arquitectos e ingenieros, en una empresa que había puesto en marcha en la región andaluza nuevos edificios y plantas industriales. Estrenaban entonces un magnífico edificio social y me enviaron un billete de avión para que fuera a bendecirlo e hiciera, de paso, una convivencia en Pozoalbero (Jerez de la Frontera).

Hice escala en Roma, con la buena fortuna de poder asistir el 3 de mayo, en la iglesia prelaticia de Santa María de la Paz, a una bendición solemne con la reliquia de la Santa Cruz que se conserva en Villa Tevere. Al terminar la ceremonia, el beato Álvaro descendió con unos pocos acompañantes a la cripta donde se veneraban los restos de san Josemaría. Bajamos luego a rezar ante los restos sagrados de san Josemaría, y entre los presentes descubrí el rostro familiar de Paco Uceda, uno de los primeros agregados de la Obra, al que el Padre había llamado para la ocasión.

Al terminar nuestra oración, alguien nos invitó a Paco y a mí a acompañarle en su coche a Cavabianca; naturalmente asentimos con agrado, ya que ni Paco ni yo habíamos tenido la oportunidad de visitar la sede definitiva del Colegio Romano de la Santa Cruz, de la que nos había hablado san Josemaría una década antes. Aquel día el beato Álvaro iba a consagrar el altar, bendecir la nave y celebrar la santa Misa en la ermita de la Santa Cruz, una pequeña iglesia exenta dotada de un amplio pórtico de entrada y presidida por uno de los dos ejemplares del hermoso crucifijo acabado en bronce y dorado al fuego que san Josemaría había encargado al escultor Sciancalepore; el otro estaba destinado a la capilla del Santísimo Sacramento del santuario de Torreciudad.

Aquella tarde se proyectó en el aula magna de Villa Tevere una de las películas filmadas en las correrías apostólicas de san Josemaría, que son un precioso regalo para sus hijos de todos los tiempos. En el intermedio me llamó el beato Álvaro. Después de explicarme que había llamado a Paco porque en una ocasión san Josemaría había comentado que tenía un hijo suyo que en su primera juventud había sido carterista y «ahora es muy santo», él había querido recordárselo para que fuera santo de verdad. A continuación, me preguntó: «¿Cómo está Pepe?». Pepe era don José Cremades, Fr. Joe, a quien poco antes habían diagnosticado un serio cáncer, por lo que habían tenido que extirparle treinta centímetros de colon. «Muy bien —le contesté—, parece un milagro»; y don Álvaro me dijo: «Ha sido un milagro de san Josemaría». Muchos años después, tras cerca de medio siglo de trabajo alegre y esforzado,

Fr. Joe se fue ya a la casa del cielo.

Tiempo de madurar

Voy terminando. Pido de nuevo disculpas por las idas y venidas. Mis recuerdos de los comienzos de la región filipina comienzan a desvanecerse con los finales del 81, tiempos de un notable crecimiento de las labores apostólicas. *Maynilad*, *Banahaw* y *Lauan* habían sido testigos del regalo divino de un buen número de vocaciones; tanto el CRC como *Makiling* habían ampliado considerablemente nuestras posibilidades apostólicas y el país se iba serenando. La formación doctrinal de nuestra gente joven había mejorado considerablemente gracias al incansable trabajo: clases, publicaciones y conferencias de Fr. De Torre, y la labor de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz se iba extendiendo por las provincias circundantes de Manila.

El beato Álvaro nos impulsaba a mirar al futuro con ojos claros y, en un momento dado, el Consejo general nos pidió que hiciéramos un estudio de nuestras necesidades para los próximos cinco años. Llegamos a la conclusión de que íbamos a necesitar ocho nuevos centros y otros tantos sacerdotes: quizás parecimos excesivamente optimistas, pero de hecho nos quedamos cortos, *Deo omnis gloria*: es el Señor el que saca las cosas adelante.

Sabíamos que el Consejo general quizás nos enviaría algún sacerdote más procedente de otra región, pero san Josemaría nos había dejado bien claro que el fenómeno pastoral del Opus Dei «había de hacerse con la sangre y el dinero del país» y que, desde Filipinas, el Señor nos había encomendado todo el Sudeste Asiático, especialmente la inmensa China. Para cumplir esa misión necesitábamos disponer pronto de un centro de estudios de numerarios, con los correspondientes profesores de filosofía y teología. El CRC iba creciendo y adquiriendo prestigio y necesitaba una nueva sede, y san Josemaría nos había animado a disponer de una iglesia pública.

El beato Álvaro nos envió una comisión de servicio que pudiera adquirir una visión de primera mano de nuestras necesidades y nuestras posibilidades reales. Iba encabezada por un sacerdote bilbaíno, don Iñaki Celaya, hombre de corazón y de carácter y excelente pianista, acompañado de Andrés Rueda, ducho en cuestiones de dinero. A Iñaki le había conocido el año 1951 en la residencia de estudiantes Abando, de Bilbao, cuando preparaba su examen de ingreso en la Escuela Especial de Ingenieros Industriales. Vinieron a Manila el año 1978, tres años después del fallecimiento de san Josemaría, y estuvieron con nosotros un par de semanas. El beato Álvaro nos había pedido que dedicáramos oraciones y sacrificios por el fruto de aquel trabajo de almas, que cuajó, durante aquellos días en un par de centenares de peticiones de admisión en el Opus Dei.

10.
HONG KONG

ENTRE LOS SUPERNUMERARIOS que habían pedido la admisión en la Obra en *Banahaw* había un periodista, René Bas, buen escritor y hombre de extensa cultura, fruto de una mezcla de sangre china, malaya y española, cuya esposa era alemana-americana. Incómodo, como otros profesionales de la prensa, con las restricciones informativas impuestas por la Ley Marcial del presidente Marcos, aprovechó una atractiva propuesta profesional para trasladarse con su familia a Hong Kong.

Un mestizo indonesio, católico, persona importante en el mundo de la información, intuyó que la colonia inglesa ofrecía buenas oportunidades para producir publicaciones en inglés —revistas culturales, encartes de dibujos animados, etc.—, destinadas a las minorías angloparlantes presentes en las ciudades portuarias del Sudeste Asiático. Hong Kong poseía una industria impresora de calidad y, dada su extensa red de transportes marítimos y aéreos, era además un centro natural de distribución.

Aquel indonesio ofreció a René la oportunidad de hacerse cargo de una nueva publicación de carácter cultural asiático de alto nivel —*Horizons*—, una revista familiar destinada también a bibliotecas, centros educativos y hoteles. Por ejemplo, llevaba fotografías en color de porcelanas, acuarelas, edificios clásicos y artesanía de una parte del mundo tan rica y en cierto modo tan poco conocida en el mundo occidental. René aceptó la oferta. Instaló su oficina en la *Elizabethan House*, un gran edificio abierto al puerto de yates, y montó su vivienda en una antigua casa de dos pisos en la cima del Tung San Road, rodeada de bosque, con vistas al mar y con una amplia sala de estar repleta de libros. René estuvo aislado por bastante tiempo, aunque aprovechábamos cualquier viaje a la colonia para visitarle y encender su celo apostólico; durante varios años fue la única referencia acerca del Opus Dei en la ciudad y en China.

No tengo constancia del momento exacto en que el beato Álvaro nos indicó que había llegado el momento de levantar el vuelo, pero sí recuerdo que dejó pasar un tiempo hasta que Fr. Joe estuviera totalmente restablecido de su operación. Si bien nos consta que ya en 1978 había dicho expresamente que el comienzo de la labor en tierras chinas dependía del consiliario y de la comisión de Filipinas.

Poco después, en 1979, la esposa de René pidió la admisión como supernumeraria, y Jimmy Liao, que había recibido la ordenación sacerdotal en 1977, estaba ya rodado en su nuevo ministerio. Todo favorecía el comienzo de la labor estable: con un sacerdote que además de hablar el dialecto del Fukien, había recibido su educación en mandarín. Fr. Joe le encargó que, a su paso por Hong Kong, conectara con la labor que René había preparado en solitario, con un pequeño grupo que se reunía en su oficina para hacer oración. Entre los asistentes habituales estaban Cel José y Jerry Giráldez, ambos arquitectos, que habían obtenido las máximas calificaciones en el examen estatal de Filipinas y habían hecho en Hong Kong obras de importancia; Luis de Rosas era banquero y Joseph Prosper, un indio de Kerala, comerciaba con piedras preciosas; y algunos más, que con el tiempo tendrían protagonismo en los comienzos de la labor del Opus Dei en tierra china.

En julio de 1980, Fr. Jimmy se las arregló para predicar un retiro al grupo de amigos de René y otro a las señoras amigas de su esposa; ambos tuvieron lugar en el *Catholic Center*, un lugar que nos trae entrañables recuerdos de aquellos años de comienzos en la China.

EL CATHOLIC CENTER

La segunda guerra mundial llevó a Hong Kong un gran contingente de refugiados de la China continental que huían de los horrores de la invasión japonesa, y a su final otro gran grupo llegó a la colonia huyendo de la amenaza comunista; llegó también con ellos un contingente de tropas americanas del Pacífico que, dada la importancia estratégica de la colonia inglesa, permaneció en ella por un tiempo hasta que la soberanía británica pudiera restablecerse en sus posesiones del Sudeste Asiático: Hong Kong, Singapur, Malasia, Birmania, etc.

El Padre Maestrini, un admirable sacerdote italiano del PIME (*Il Pontificale Instituto Missioni Estere*), al que la iglesia local de Hong Kong debe muchas cosas buenas, pensó que los soldados americanos católicos necesitaban atención sacerdotal en su propia lengua, y se las arregló para adquirir tres pisos de un antiguo edificio situado en el corazón del centro financiero de la ciudad, en los que instaló una capilla capaz de acomodar un centenar de fieles, varias oficinas y despachos, un salón de actos, una cantina

y, un piso más abajo, una librería religiosa.

Junto con la oficina de René, el *Catholic Center* fue el centro de la actividad de Fr. Jimmy en aquel viaje y en otros sucesivos que hizo desde Manila, en los que varias personas más pidieron la admisión como supernumerarios.

La Iglesia de Hong Kong

Una pequeña isla coronada por el pico que se llamó Victoria y, a sus pies, un poblado de pescadores, fueron toda la recompensa de la victoria militar del imperio británico sobre el imperio chino en la primera guerra del opio. La recompensa pareció tan insignificante a las autoridades londinenses que mereció la destitución del oficial que mandaba la pequeña flota inglesa.

Pero tan pronto como un soldado inglés puso su pie en Hong Kong, la curia romana mostró gran interés por establecer una misión en la nueva colonia británica situada a las puertas de China. El primer sacerdote que apareció por el abigarrado caserío al pie de la montaña, abierto a un puerto natural protegido por un puñado de islas salpicadas en el mar de la China occidental, fue un franciscano español que instaló una capilla y un dispensario médico en el distrito de Wanchai, lugar de pequeñas tiendas, casas de prostitución y templos taoístas. Desde antiguo, la misión evangelizadora en el celeste imperio había sido encomendada a órdenes y congregaciones religiosas que realizaron una tarea formidable: franciscanos, dominicos, jesuitas, lazaristas, los sacerdotes de la Misión de París, los alemanes del Verbo Divino y los oblatos de la Virgen María, entre otros, se esforzaron heroicamente por ganar a China para Cristo. El santo padre Pío XI animó a que todas las fuerzas disponibles arrimaran el hombro a la colosal empresa, y los frutos fueron abundantes.

Hubo, como siempre, sus más y sus menos. Las potencias occidentales, en su afán de ganar nuevos mercados, humillaron en las tres guerras del opio al milenario Imperio Chino, en franca decadencia en aquel momento histórico, imponiéndole injustos tratados que le arrebataban su natural autoridad de administrar y mantener su propia policía y controlar el sistema judicial de las más importantes ciudades portuarias, incluido el control de sus aduanas.

El resultado de estas imposiciones, y la importación del opio como contrapartida de la exportación de té, crearon una resentida xenofobia en la corte y entre los ilustrados del país, en un momento en el que el desorden social, la independencia práctica de los señores de la guerra en las provincias, el hambre, el bandidaje, y el espíritu de rebelión amenazaban con acabar con el orden interior de la nación; y, entonces, las potencias occidentales se constituyeron en protectoras de los misioneros, que quedaron exentos de impuestos y de la jurisdicción local. El consecuente resentimiento antioccidental produjo un rechazo de la Iglesia, a la que se acusaba de que sus

obispos y la mayoría de sus ministros fueran extranjeros, contraponiendo la magnificencia de sus templos y edificios educativos con la pobreza del pueblo. La emperatriz madre viuda convocó a sus luchadores, los boxers, para que asaltaran las comunidades cristianas: muchos de los lectores de estas páginas recordarán aún la famosa película *55 días en Pekín*.

En Hong Kong había paz, y la Santa Sede envió al territorio a los sacerdotes del Instituto Pontificio para las Misiones Extranjeras (PIME) con el encargo expreso de contribuir a edificar en Hong Kong una iglesia genuinamente local. El Instituto, como otras sociedades misioneras semejantes procedentes de diversos países, tenía una misión bien definida: acudir a territorios donde o no existía una jerarquía local o no estaba todavía suficientemente establecida, para trabajar a las órdenes del prelado local en una tarea subsidiaria: crear parroquias, seminarios, cubrir las necesidades de la curia diocesana, fundar colegios, hospitales, etc., y ponerlos más tarde en las manos de la iglesia local.

Envió el PIME a la colonia un plantel de sacerdotes piadosos, de gran formación humana y celo apostólico; yo me honro de la amistad de varios de ellos. Muestra manifiesta de que la Iglesia era china y no colonial fue que, al menos teóricamente, estaba destinada a formar parte en el futuro de la archidiócesis de Cantón.

El gobierno colonial impulsó el establecimiento de instituciones educativas y hospitalarias en el territorio. Los pragmáticos británicos, al igual que los pragmáticos chinos, sabían que tenían que crear *ex nihilo* una estructura educativa y hospitalaria, y no era de esperar que maestros ingleses vinieran a Hong Kong a enseñar a los niños chinos en su lengua. De aquí que invitaran a misioneros católicos, anglicanos, etc., en el fondo, a todos los que pudieran echar una mano en la tarea educativa, con el señuelo de donarles solares propiedad de la corona, construirles los edificios y pagar al profesorado; lo que se esperaba de ellos es que educaran e inculcaran principios morales a la juventud, algo muy de acuerdo con la tradición china. Y así, jesuitas, salesianos, dominicos, los hermanos de la Salle, las canosianas, las monjas canadienses, las hermanas francesas de San Pablo, etc., dispusieron de iglesias y colegios y educaron a un importante sector social abierto al cristianismo. De él surgieron, sin coacción alguna y a su tiempo, muchas y buenas conversiones. Los PIME establecieron una densa red de parroquias y centros de misa dominical, y construyeron un magnífico seminario de arquitectura inspirada en la tradición china, donde esperaban ofrecer formación espiritual, teológica, y humana de primera calidad a las vocaciones sacerdotales procedentes de zonas rurales del interior del país, además de las propias de la diócesis. La iglesia de Hong Kong maduró paso a paso, y se convirtió en una promesa firme de lo que sería la futura Iglesia china.

Los tres primeros obispos de la nueva diócesis fueron sacerdotes italianos del PIME, a los que siguieron dos obispos chinos. Inesperadamente, la

conquista de Beijing en 1949 por las tropas de Mao desató un vendaval. Grandes masas de población de la China meridional, amenazadas por el desorden revolucionario, buscaron refugio en los mil kilómetros cuadrados de la colonia, difícilmente protegidos por la bandera inglesa. Las colinas del territorio se llenaron de chabolas y la población aumentó en varios millones de personas, ejerciendo una intensa presión en la modesta economía colonial. Entre los refugiados, llegó también un grupo de sacerdotes seculares de la China continental, hombres maduros que escapaban del terror rojo. Notables entre ellos fueron los monjes trapenses de Sichuan, a los que el gobierno concedió tierras en los bosques de la isla de Lantao: el monasterio es hoy abadía, y allí siguen los monjes cantando en mandarín las alabanzas del Señor.

Muchos de aquellos sacerdotes refugiados habían experimentado la persecución en su propia carne, pero algunos sacerdotes jóvenes locales, quizá sin comprender del todo el ateísmo radical de la ideología marxista, mostraban una cierta simpatía hacia lo que consideraban ser una esperanza de rejuvenecimiento de la madre patria; y la diócesis de Hong Kong se sentía dividida...

CONTINUARÁ

Hasta aquí llegan más o menos la mitad de mis recuerdos. Después de los gozosos comienzos en Filipinas —que en buena parte se complementan con los que publicó hace unos años Ana Labrada sobre el comienzo y desarrollo del trabajo de las mujeres del Opus Dei en los mismos territorios— dimos el salto al Sudeste asiático.

Termino ahora este primer libro con la alegría de haber sido testigo agradecido de las maravillas que ha hecho Dios en estas tierras. En y desde este país de Filipinas, tan bendecido por Dios, salieron frutos que se derramaron a los países de alrededor. Queda por escribir la expansión apostólica del Opus Dei en Hong Kong, Macao, Kuala Lumpur, Singapur, Johor Bahru, Taipéi, Colombo, Surabaya, e incluso Shanghái, Beijing, Cantón, Ho Chi Minh, Guam y Hawai.

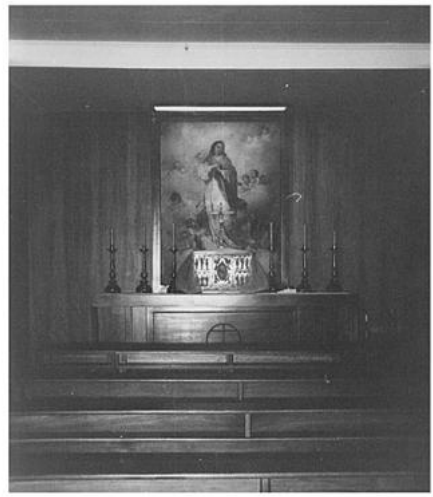
Escudo de Maynilad Study Center.

José Rivera, Jess Estanislao, el autor
y Fr. José Morales, recién llegados
a Filipinas durante la Navidad de 1964.

A la derecha, el padre de Bernie Villegas,
en esas mismas fechas.

José Rivera y Jess Estanislao en la entrada del Centro en la calle C. Ayala, en 1964.

En la foto inferior, el autor en el Centro de Maria Orosa, en 1965.



En la foto superior, el oratorio de Maynilad en María Orosa, en 1968, y el "famoso" Beetle, en esa misma sede.

En la foto superior, Rolly Santo Domingo, Obay Rojales y Jimmy Liao en María Orosa, en 1968.

Sobre estas líneas, Roque Carballo, Peter Cenzon, Rolly Santo Domingo y Pete Dimaculangan, ese mismo año.

En la foto superior, Jess Estanislao y Peter Cenzon en María Orosa, en 1968.

En el centro, durante una tertulia con don José Ramón Madurga, durante las navidades de ese mismo año.

Buddy Magturo en el futuro Latag Study Camp, en 1969.

Durante una tertulia en Maynilad en J. Bocobo, con Peter Dimaculangan y Robert Latorre. De los presentes, algunos pedirían la admisión en el Opus Dei en los años setenta (Deo Rosales y Cayo Estrada).

Bernie Villegas y Rolly Santo Domingo
en los comienzos del CRC en 1967.

Ramón Cuervo y Fr. Joseph
Durán en la nueva sede
de Maynilad a principios
de los setenta.

Bob Paluska en los inicios del club juvenil en el Banahaw Center, en 1972.

A su derecha, Cayo Estrada en una tertulia en el nuevo Mayniload, en los años setenta.

Junto a estas líneas, Fr. Joe Cremades en el despacho del consiliario del Opus Dei, en el nuevo centro Banahaw, en 1970.

Repostero de la sala de estar en la casa de convivencias Makiling, realizado durante el primer curso anual en 1972.

En la imagen inferior, entrada principal de la casa, en la actualidad.

Oratorio de MakiTing, en la actualidad.

La imagen de la Virgen del retablo fue recuperada para el culto en un anticuario.

Ejemplar de la primera edición de Ang Daan (*Camino* en tagalog), dedicado por san Josemaría en 1967.

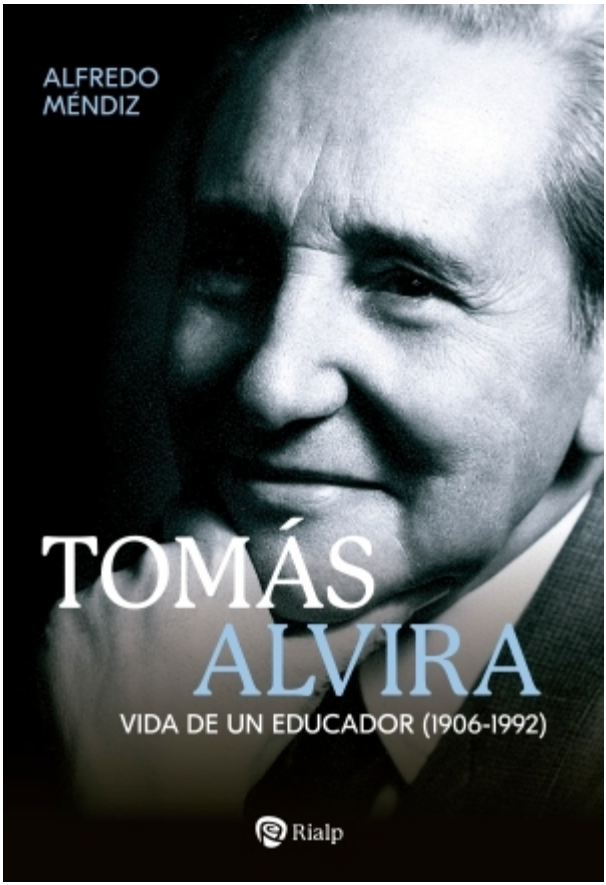
Junto a estas líneas, interior de la ermita de Makiling, en la actualidad.

En la imagen superior, durante la Navidad de 2017, Jess Estanislao, el autor y Bernie Villegas.

En 1964, al llegar a Manila, en la entrada del Centro Maynilad de la calle C. Ayala: José Rivera, Fr. José Morales, Jess Estanislao y el autor.

En la foto inferior, en 2014, durante el 50.º aniversario del inicio de la labor del Opus Dei en Filipinas: José Rivera, Fr. Cayo Estrada (entonces vicario regional), Bernie Villegas y el autor.

JAVIER DE PEDRO es ingeniero industrial, y sacerdote desde 1964. Ese mismo año, san Josemaría le pidió que se trasladara a Filipinas junto con otros miembros del Opus Dei, licenciados en Economía en Harvard, para iniciar allí la labor apostólica de esta institución. Contribuirá más tarde a extender su mensaje por Singapur, Hong Kong, Kuala Lumpur, Shanghai y otros lugares del sudeste asiático.



Tomás Alvira

Méndiz, Alfredo
9788432163012
380 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Tomás Alvira (1906-1992) fue un pedagogo español, padre de nueve hijos y uno de los tres primeros supernumerarios del Opus Dei. Se ha iniciado su proceso de beatificación en la Iglesia católica, y también el de su mujer, Paquita Domínguez. Doctor en Ciencias Químicas, investigador del CSIC, catedrático de Instituto en Ciencias Naturales,

director de colegio y consejero nacional de Educación, Alvira será también uno de los iniciadores de Fomento de Centros de Enseñanza, director de su Escuela Universitaria de Profesorado e iniciador del Club Jara. Esta biografía del historiador Alfredo Méndiz ahonda en el mundo interior de Alvira, asomando al lector a la grandeza de una vida corriente al servicio de la sociedad de su tiempo.

Cómpralo y empieza a leer

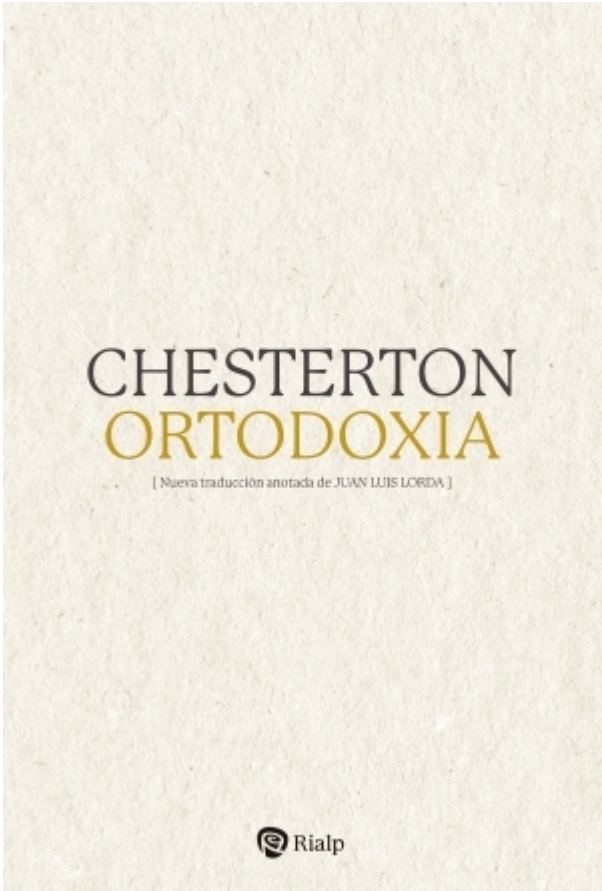
Pedro Casciaro

Fiol Mateos, Rafael
9788432152313
320 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Pedro Casciaro fue uno de los primeros que siguió a san Josemaría en el Opus Dei. Ordenado sacerdote, comenzará el Opus Dei en México, donde impulsará también importantes proyectos de promoción social. El relato de su vida constituye una bella historia de servicio, buen humor y sentido de fidelidad.

Cómpralo y empieza a leer



Ortodoxia

Chesterton, G.K
9788432162589
310 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Esta nueva traducción de la principal obra de Chesterton, sin crítica alguna a las realizadas hasta ahora, ofrece una mayor fluidez al hilo argumental. La edición incluye notas sobre el contexto histórico y literario que clarifican las numerosas referencias y el estilo paradógico del autor. La crítica ha dicho: «Seguramente, nadie ha defendido la fe

cristiana con argumentos tan sorprendentes y ejemplos tan deslumbrantes, como Chesterton lo hizo en Ortodoxia. Una obra maestra de retórica (…), uno de los libros mejor escritos del siglo XX.»Dale Ahlquist. «La literatura es una de las formas de la felicidad: quizá ningún escritor me haya deparado tantas horas felices como Chesterton.»Jorge Luis Borges. «Uno de los escritores más importantes de nuestra época. Fue, sin duda, el más personal e inconfundible de todos.»Fernando Savater.

Cómpralo y empieza a leer

Trabajo ordinario, gracia extraordinaria

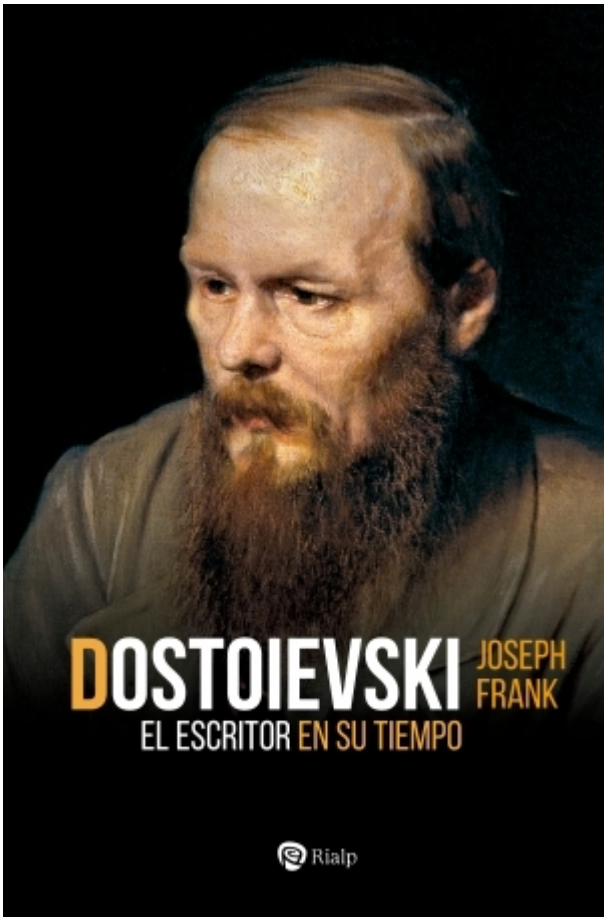
Hahn, Scott
9788432163098
114 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

En este libro, Scott Hahn nos habla sobre el espíritu del Opus Dei; explica el papel que ha tenido en su conversión al catolicismo, y por qué las enseñanzas de san Josemaría Escrivá dan un sentido nuevo a

todos los aspectos de su existencia. Un testimonio iluminador que es a la vez una motivadora historia personal y una inspirada obra de la espiritualidad contemporánea.

Cómpralo y empieza a leer



Dostoievski

Frank, Joseph
9788432162336
1082 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

La biografía de Dostoievski en cinco volúmenes de Joseph Frank es ampliamente reconocida como la más definitiva, y una de las mejores biografías literarias del último medio siglo. Ahora, el monumental trabajo de 2500 páginas de Frank ha sido hábilmente resumido y

condensado en este único volumen de fácil lectura con un nuevo prefacio del autor. Preservando cuidadosamente el aclamado estilo narrativo de la obra original y la combinación de biografía, historia intelectual y crítica literaria, Dostoievski: un escritor en su tiempo ilumina las obras del escritor desde su primera novela, Pobres gentes, hasta Crimen y castigo y Los hermanos Karamazov, situándolos en su contexto personal, histórico y sobre todo ideológico. Más que una biografía en el sentido habitual, se trata de una historia cultural de la Rusia del siglo XIX, que ofrece una rica imagen del mundo en el que vivió Dostoievski y una importante reinterpretación de su vida y obra.

Cómpralo y empieza a leer